

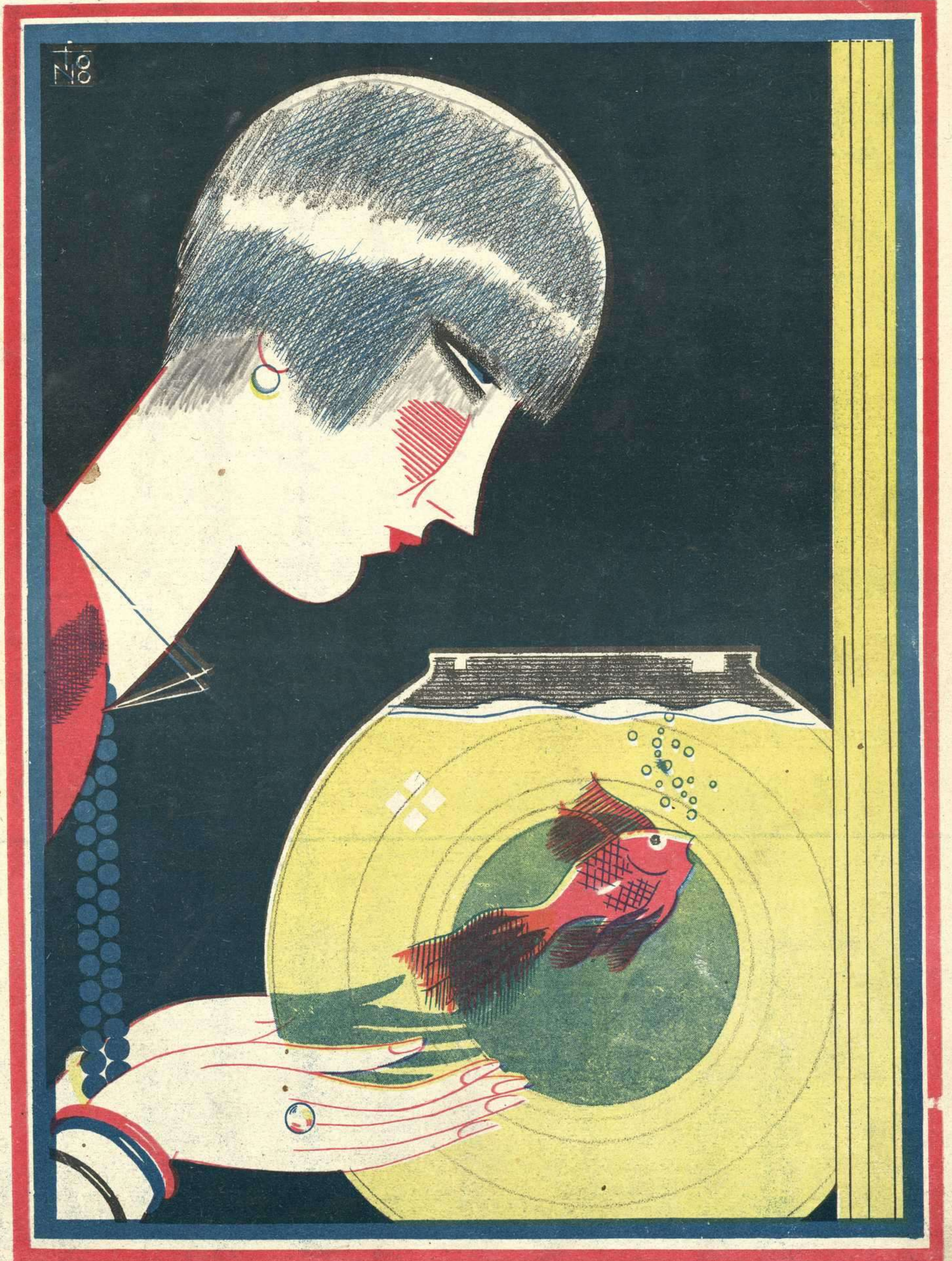
MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

MEMORIO LEGE
MUNICIPAL
MADRID

Núm. 1

50 Céntr.



Acaba de terminarse la monumental

HISTORIA DEL ARTE

EN TODOS LOS TIEMPOS Y PUEBLOS

por

KARL WOERMANN

No es posible dar al público idea, ni siquiera aproximada, de lo que es una obra como nuestra edición de la famosísima HISTORIA DEL ARTE, de Woermann, en unas cuantas palabras que el lector ha de mirar distraídamente, porque confunde en un mismo escepticismo indiferente todos los elogios de cuanto huele a «suelto de contaduría». No dicen ya nada los epítetos encomiásticos, a la vez lustrosos y deslustrados, como prendas mostrencas vestidas y sobadas por cada cual.

Nada podrá sugerir al lector una imagen tan convincente como el hojear uno tras otro los seis volúmenes de nuestra edición, y palpar, ver, sentir la riqueza, el esfuerzo, la utilidad, el encanto que suponen tantos miles de obras de Arte descritas, estudiadas y REPRODUCIDAS en las cinco mil páginas que esta obra formidable contiene.

Por eso no pretendemos que este anuncio sea exposición de méritos con ánimo de convencer a los lectores para que adquieran la obra: deseamos solamente que sea un ruego razonado al público para que busque la obra y la examine. Esto nos basta, porque sabemos lo que sucederá a toda persona cultivada que contemple la edición española de esta obra incomparable.

LA OBRA. A los peritos, nada hay que decirles. Se trata de la HISTORIA DEL ARTE de Woermann. Y ya saben lo que eso significa. A los no especialmente versados les diremos que Woermann es la máxima autoridad en el país de la máxima ciencia.

LA EDICIÓN ESPAÑOLA. Evitemos adjetivos. Enumeremos hechos solamente. Nuestra edición contiene más del doble de las ilustraciones contenidas en la edición alemana.

Damos, pues, ese mismo libro de ciencia, célebre en todo el mundo; ese guía siempre enterado, siempre ordenado, siempre claro y seguro; esa enciclopedia de Arte, arsenal inagotable, archivo copioso y completísimo, donde de cada cuadro de Madrid, de La Haya, de Amberes, de Leningrado; de cada escultura de Atenas, de Munich, de París, de Florencia; de cada monumento de Italia, del Japón, de Rusia, de Inglaterra, de España, de la India, encontrará la nota justa, la apreciación exacta, la referencia cabal. Damos, sí, todo eso que ha sido la razón del éxito y del prestigio de la edición alemana; pero nosotros a todo eso le hemos añadido la fotografía de muchísimos de esos cuadros, de muchísimas de esas esculturas, de muchísimos de esos monumentos, reuniendo un conjunto de asombrosa riqueza no igualado por ninguna otra obra similar del mundo entero. Nuestra edición es un alarde honroso para el país donde se ha hecho; es como síntesis de todos los museos, como guía ilustrada de todos los viajes.

Woermann abarca en su obra todos los aspectos del Arte, incluso los novísimos, y por supuesto los del Arte español, que conoce por visión directa y que le inspira particular entusiasmo. Pero Woermann es alemán, y obedece a la ley invariable que impulsa a los autores a dedicar preferente atención y mayor espacio al arte de su país.

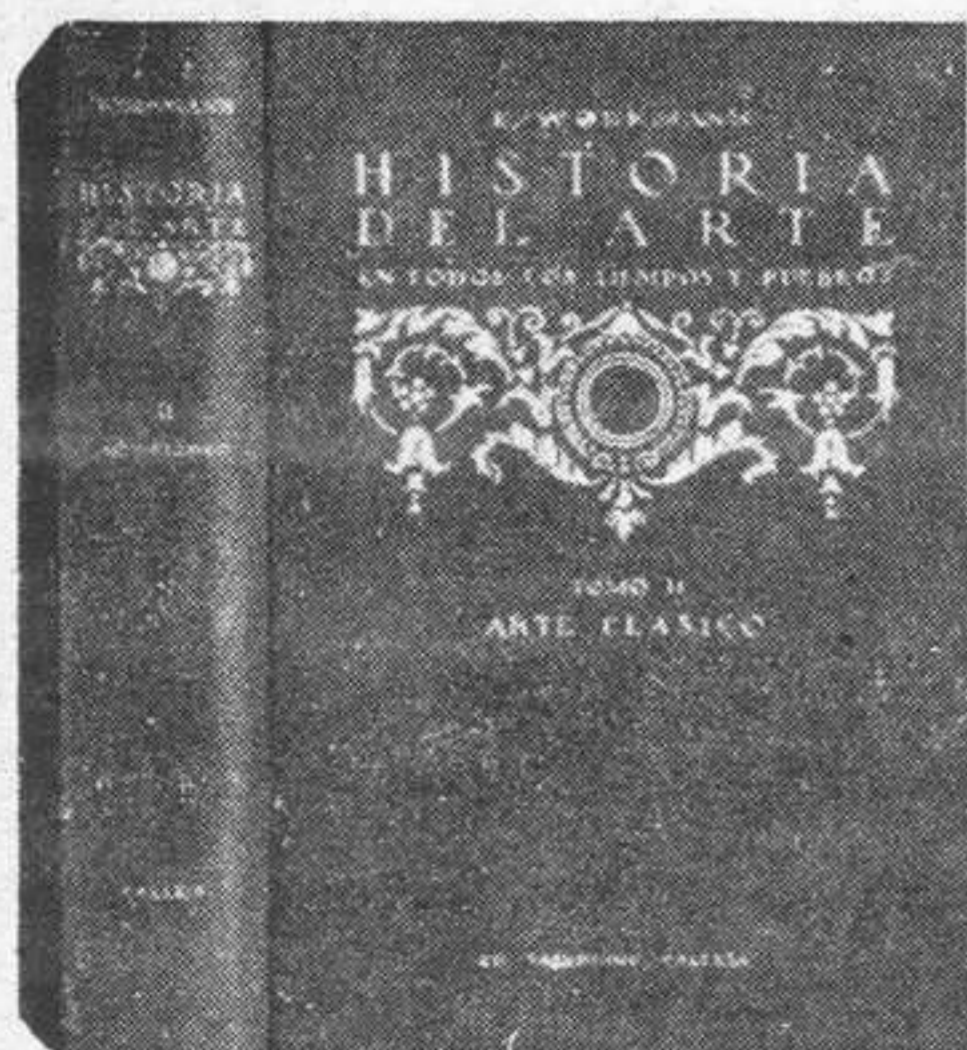
En nuestra edición, el mismo Woermann ha condensado, a ruego nuestro, ciertos estudios relativos principalmente a los aspectos menos interesantes del arte alemán, y nosotros hemos llenado ese espacio —y muchísimo más— con tres capítulos especiales sobre la Arquitectura, la Pintura y la Escultura en España durante el siglo XIX y los años transcurridos del XX. Estos capítulos no sólo son nuevos en la HISTORIA DEL ARTE de Woermann, sino que son el primer estudio de conjunto publicado sobre el Arte español moderno y contemporáneo. Su ilustración en esta parte, más rica que en ninguna otra de la obra, es colección única también, no sólo por la cantidad, sino por la calidad de las obras reproducidas.

Con igual largueza y con no menos esmerada selección hemos añadido todo cuanto más importante y señalado ha producido el arte francés nuevo y novísimo y muestras suficientes de los otros países. No podemos menos de repetir aquí al lector que no se atenga a nuestras palabras: que juzgue por sí mismo examinando la obra. **En todas las librerías importantes puede encontrarla. Desde pueblos donde no la hubiese se nos puede pedir, y nosotros enviaremos con el mayor gusto un tomo de muestra sin compromiso de adquirirla.**

Lo indicado son ejemplos, que no enumeración completa de las mejoras introducidas en nuestra edición. En ella encontrará el lector incesantemente notas aclaratorias, información española complementaria, apéndices especiales, como el que en el tomo I se dedica al *Arte rupestre en España*, o el que en el tomo II se ocupa de la *Arquitectura romano-española*, etc., etc.

LAS ENCUADERNACIONES. La HISTORIA DEL ARTE de Woermann es la obra para todos. Ninguna otra puede más indiscutiblemente blasonar de serlo. Pero entre todos hay gustos dispares y apreciaciones distintas. Por eso hemos hecho de la obra tres distintas encuadernaciones, orientadas hacia sendos grupos de lectores. Todas son finas, selectas, dignas de la obra incomparable que cobijan. Sus precios se acomodan también a una escala gradual; y todos son asequibles a cualquier presupuesto, ya que cualquiera de las tres ediciones se vende a plazos en condiciones cuya comodidad apreciará quien solicite el prospecto especial que remitimos gratis.

ENCUADERNACIÓN
EN TELA INGLESA
CON ESTAMPACIÓN EN ORO



Elegante, sólida, barata,

esta encuadernación en tela es la adecuada para quienes necesitan armonizar su deseo de adquirir obra tan monumental con las exigencias de un presupuesto reducido.

Precio al contado:
PESETAS 250 PESETAS
Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 275 PESETAS

ENCUADERNACIÓN
EN MEDIO CHAGRÍN

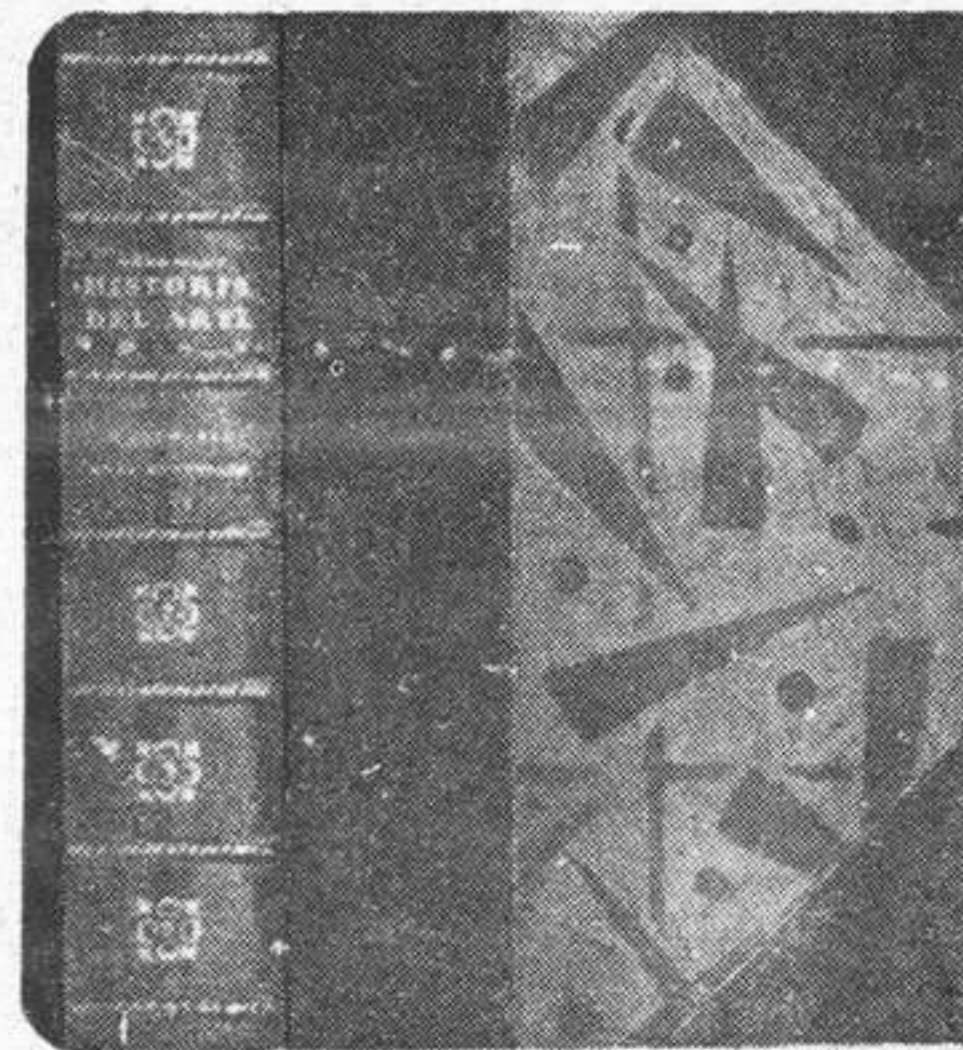


Encuadernación de lujo

con planchas inspiradas en el insuperable arte del libro en el siglo XVIII. Quien adquiera esta encuadernación comprará a la vez la mejor *Historia del Arte* y una rica obra de arte.

Precio al contado:
PESETAS 300 PESETAS
Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 350 PESETAS

ENCUADERNACIÓN
EN CHAGRÍN FINO



La encuadernación de bibliófilo.

Suntuosa y señorial. Ornato de una biblioteca, esta edición da tono y carácter a un despacho como una serie de viejos grabados auténticos o de magníficas porcelanas.

Precio al contado:
PESETAS 350 PESETAS
Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 400 PESETAS

NOVEDADES HIGIÉNICAS

PARA SEÑORA

FAJAS, CORSÉS, SOSTENEDORES,

todo de caucho marca

“MADAME X”

SERVILETA HIGIÉNICA ABSORVENTE,
PROTECTOR Y CINTURILLA DE CAUCHO

(uso mensual)

“MADAME X”

DUCHA VAGINAL “Madame X”

y todos los artículos de señora, maternidad y puericultura, podrá adquirirlos en los siguientes establecimientos “Madame X”, servidos por señoritas:

MADRID

Travesía del Arenal, 2
(Mayor, cerca Puerta del Sol.)

BARCELONA

Paseo de Gracia, 127.

SEVILLA

San Isidoro, 1, entresuelo
(esquina Francos, 21.)

SAN SEBASTIÁN

Garibay, 22.

La correspondencia dirigirla a

“MADAME X”, Travesía del Arenal, 2, MADRID



¿LE GUSTAN A USTED MIS OJOS?

Uso la célebre pasta
NORTEAMERICANA, núm. 55
para embellecer las pestañas.

Nada mejor para embellecer los ojos y dar realce y brillo a la mirada. En forma de pasta muy fluida, su aplicación es fácil y cómoda, no irrita ni pica a los ojos, no ennegrece el lagrimal, no destiñe al frotarse o al reír, no forma grumos.

Riza, ennegrece y alarga las pestañas.

Frasco, ptas. 3,50 en las droguerías.

DEPOSITARIO:

JOSÉ CINTO. — RUIZ, 18. MADRID

VELLO

DESAPARECE
INMEDIATAMENTE
CON EL

DEPILATORIO GVIDOR

INOFENSIVO E INODORO

ESTUCHE, 6 PESETAS

EN DROGUERÍAS Y PERFUMERÍAS

CONCESIONARIO: P. Suñer-Sicilia, 29. Barcelona.

“PRESA”

LA CASA DE LOS SOSTENES

GRAN CORSETERÍA

FUENCARRAL, 72. :: Teléfono M. 48-00

MADRID

Fuera canas



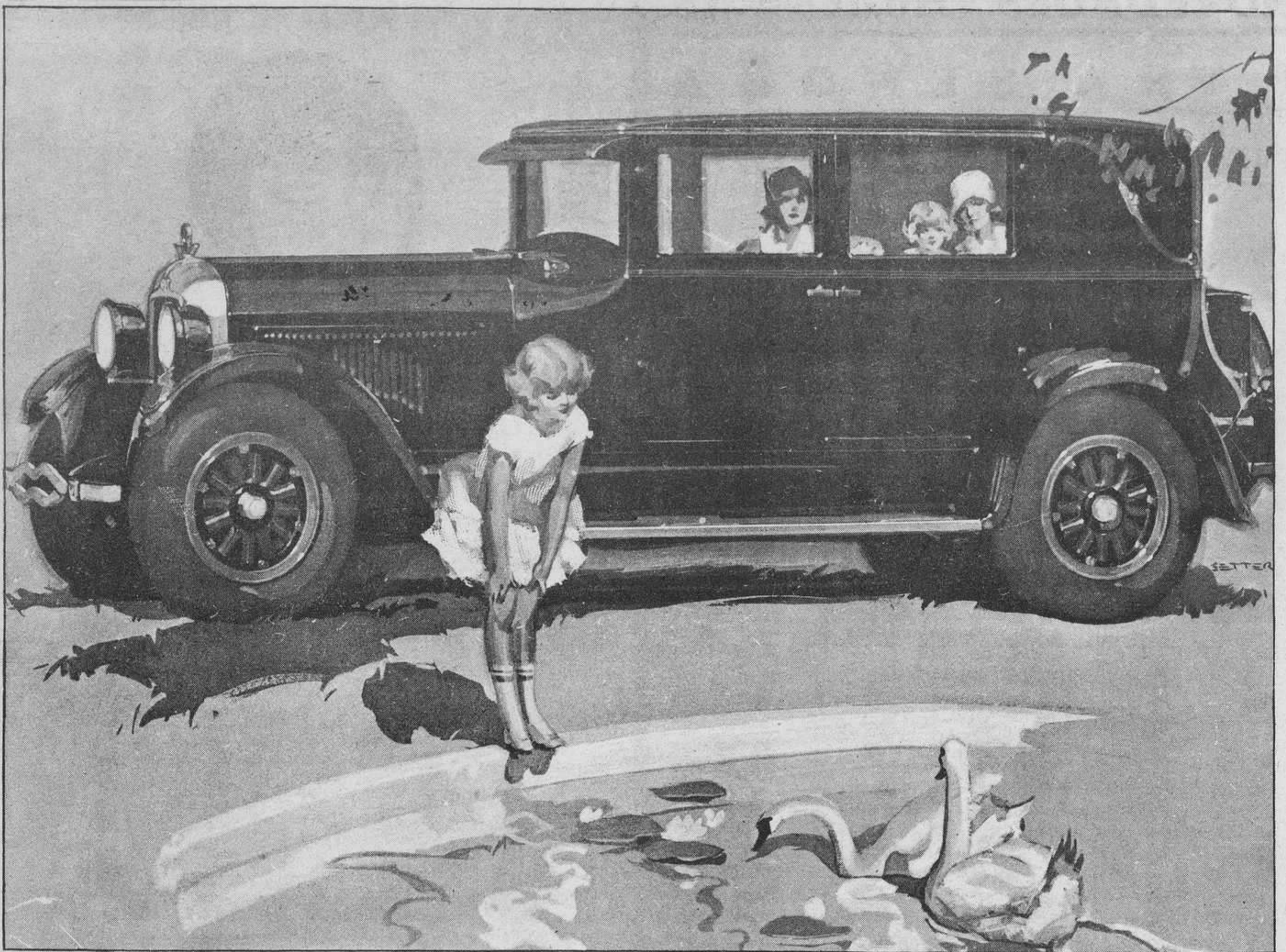
Sin teñirlas
ni arrancarlas

Brillantina

India

(Sin grasa)
Gran invento

Producto antiséptico completamente higiénico, compuesto de raíces indias aromáticas. Único que SIN TEÑIR, y por consiguiente sin manchar ni perjudicar nada en absoluto, devuelve en pocos días a las canas su color primitivo o hace que no salgan si se empieza a usar antes de tenerlas. Por el nuevo procedimiento de proporcionar al cabello el jugo necesario, fortificando su raíz, evitando su caída y devolviéndole el jugo perdido, pues la cana no la motiva otra causa que la falta de dicho jugo, sin el cual se debilita la raíz, haciéndole perder su color y fuerza. Este producto ha sido premiado con medalla de oro y diploma de mérito en el Congreso de Higiene, por haber comprobado que es absolutamente inofensivo y de inmejorables resultados. Exijase en la etiqueta la figura de la india, marca registrada. Precio en España, 5 pesetas frasco. De venta en todas las perfumerías y droguerías. Por mayor, José Barreira, calle Muñoz Torrero, 6, Madrid, y principales almacenes.



STUDEBAKER

AUTOMÓVILES DE 6 CILINDROS
DE LA MÁS ALTA CALIDAD

Modelos 1925

STANDARD-SIX, 27 HP

SPECIAL-SIX, 29 HP

BIG-SIX, 36 HP

Equipados con carrocerías
Duplex-Faetón, Sedan, Roadster, Cupé,
Victoria, Berlina, Coach y Brougham.

Representación General para España

STEVENSON, ROMAGOSA y C^{ia}

VALENCIA, 29 5. BARCELONA

Agencia Región Centro

J. A. DE LANDALUCE

MARQUES DEL RISCAL, 7. MADRID

Agencia Región Sur

VICENTE DE LA ACENA. SEVILLA

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

PUBLICACIÓN SEMANAL
NÚMERO 50 CÉNTIMOS

Año I.—Núm. I

Miércoles 26 Agosto 1925

Administración, cierre y talleres: SAN SEBASTIÁN

Administración, correspondencia y suscripciones: MADRID. APARTADO 447

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A. Calle de Valencia, 28



SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA: Año, 23 pesetas. Semestre, 12 pesetas :-: OTROS PAÍSES: Año, 35 pesetas
CON SUPLEMENTO EN COLORES, 0,25 pesetas más al mes.



L preferir nuestro título MUJER, no hemos querido circunscribir en sus cinco letras el contenido de nuestras páginas: no hemos querido, sobre todo, darles un sexo; mucho menos una orientación social. En vez de decir con una entonación restrictiva esa palabra suprema e inefable, hemos querido, al emplearla, abarcar el dilatado ámbito que comprende.

El concepto *mujer* es, en cierto sentido, inmediato en la expresión y en la amplitud después del de *Dios*. Porque —sin irreverencia— feminidad puede decirse sucedáneo de divinidad, en cuanto, más o menos, todo lo humano procede de la mujer y a la mujer se encamina.

Más concretamente: femenino es cuanto atrae y distrae, cuanto alegra y seduce, cuanto perfuma y cuanto encanta. Y en tal sentido decimos que nuestra revista MUJER cuadrará a su nombre si nuestros esfuerzos logran acercar la obra a los propósitos. Mujer, que no es frivolidad, aunque sea sonrisa y charla amable, y amor de lo diverso y de lo frágil; mujer, que no es inconstancia, aunque pueda ser fobia de lo monótono, afición a lo cambiante y multiforme; ni es ligereza aunque suponga gusto de lo ingravido y tenue, de lo efímero; ni insustancialidad, ni inconsistencia aunque aprecie el sabor de lo instantáneo y lo superfluo, y prefiera lo inútil a lo aburrido; mujer, que es buen humor y no insulsez; mujer, que es firme intransigencia en lo esencial y dócil adaptación a lo mudable y accesorio; mujer, que ni es ignorancia ni pedantería, que ni es número de espectáculo extraescénico ni escuela de tedio permanente; que es huir por igual de la damisela rígida de cuerpo y de espíritu, y de la que reniega de ser mujer por que no lo es en realidad.

Tal vemos a la mujer los que quisiéramos hacer su revista predilecta, de la que, por ser principalmente femenina, llamamos *revista del mundo*, y por no ser exclusivamente femenina, llamamos *revista de la moda*.

MUJER, *Revista del Mundo y de la Moda*, saluda cordialmente a todos sus colegas.





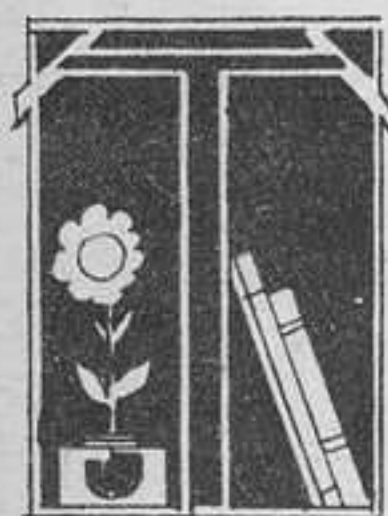
Foto Bullles.

S.S. A.A. R.R. las Serenísimas Señoras Infantas Doña Beatriz y Doña María Cristina, se han dignado conceder a nuestra Revista el alto honor de estos admirables retratos con sus Augustas firmas estampadas expresamente para el número primero de MUJER. A la emoción gozosa de honra tan señalada, se une



la alegría de poder así dar en estas páginas la más perfecta síntesis del ideal que nos inspira, adornándolas con estas bellas fotografías, las más recientes de nuestras dos gentilísimas Infantas, símbolo vivo de la estirpe secular, de la gracia femenina y de las gayas flores del jardín español.

Cristina de Arteaga



AN múltiple y compleja es la personalidad de la señorita de Arteaga, que resulta imposible definirla en pocas palabras.

Aristocráticamente hablando, con recordar que es hija de los duques del Infantado queda dicho todo.

Pero la importancia de su labor literaria ya realizada, y más aún lo que nos permite esperar de sus singulares dotes, es tal que iguala a su abolengo.

Y el feminismo español tiene una de sus más brillantes representantes en esta muchacha, niña aún y ya licenciada en Filosofía y Letras desde hace dos años.

Sin embargo, la más patente cualidad de la hija de los duques del Infantado es la sencillez; nadie hay más desprovisto de pedantería que la exquisita escritora, cuya firma honra estas mismas columnas; y la doctora Cristina de Arteaga, adorablemente bella y graciosa, parece una encarnación viviente de la feminidad.

Tan femenina, tan modesta y tan sencilla es Cristina de Arteaga, que acaso de todos sus títulos el que más aprecie sea el de mujer.

Más que femenina, infantil se me aparece en su suntuosa residencia del paseo del Prado, la figura de Cristina de Arteaga: infantil su cuerpo grácil y airoso; infantil el denso flequillo que profundiza la mirada dulce de sus grandes ojos; infantil su boca que ríe o se entreabre como la de un niño que se esfuerza en meditar muy seriamente sus respuestas. Y en el trato de Cristina de Arteaga, como en su vida, se reflejan y se unen singularmente las tres características de su personalidad: su conversación es de hombre, de hombre de talento, por su espíritu reflexivo y ponderado, por la lógica de sus razonamientos, por las muestras de su extensa cultura, por su carencia total de necia gazmoñería; de mujer, por la agudeza penetrante de sus juicios y por su sensibilidad delicada, y de niña, en fin, por la risa fresca, espontánea, de una alegría contagiosa, que brota en todo momento de su boca.

—Sé —me dice— que tienen ustedes grandes propósitos.

Aprovecho la ocasión para entrar resueltamente en materia.

—Uno de ellos —me apresuro a decir— es el de celebrar con señoritas de la aristocracia madrileña una serie de entrevistas, que usted, honrándonos, inaugura precisamente en este momento.

—Pero eso de las entrevistas —pregunta Cristina maliciosamente—, ¿no es cosa que inventan completamente los entrevistadores?

—No lo crea usted —protesto—. Sobre todo cuando tengo la suerte de dar con un entrevistado como usted, mi papel queda, afortunadamente, reducido a su más mínima expresión.

Y mientras se ríe, empiezo el interrogatorio con la más espinosa de las preguntas:

—Si usted se viese en el caso de tener que ganarse la vida, ¿qué profesión escogería?

—Desde luego —exclama con rapidez— no me haría ni niñera ni institutriz.

—¿No le gustan a usted los niños?

—Sí. Pero cuidar de los ajenos debe de ser muy molesto... y muy triste.

—¿Entonces?...

Casi sin vacilar, pensativamente, sin embargo, dice:

—Las tablas me atraen mucho.

—¿Se haría usted actriz?

—Ya lo he sido. Bueno, claro que de afición. He interpretado *La señorita se aburre*, de Benavente, y en *Doña Clarines* he desempeñado el papel de la criada, esa tan divertida, con sus faldas de tanto vuelo...

Aprovecha el recuerdo para reírse con toda su alma.

—Me ha dado usted una sorpresa —le digo—. Creí que diría usted escritora.

—No —contesta—. Me gusta mucho escribir; pero la literatura no me parece lo más propio para ganarse la vida, a pesar de que las grandes obras hayan sido casi siempre producto del hambre...

—¡Eso era antes!

—Es cierto. Hoy lo mejor es escribir en *amateur*, como yo...

—Como usted; o sea en el caso de que el *amateur* tenga más talento que muchos profesionales. Sé que va usted a publicar un libro de versos, prologado por D. Antonio Maura e ilustrado por Bartolozzi.

—Sí, y me ha costado trabajo decidirme a ello. Al contrario de lo que suele sucedernos a las mujeres, a mí me atrae poco el dar mis escritos a la publicidad.

—¿Qué género literario prefiere?

—Preferencia no tengo ninguna. Escribir me gusta siempre,

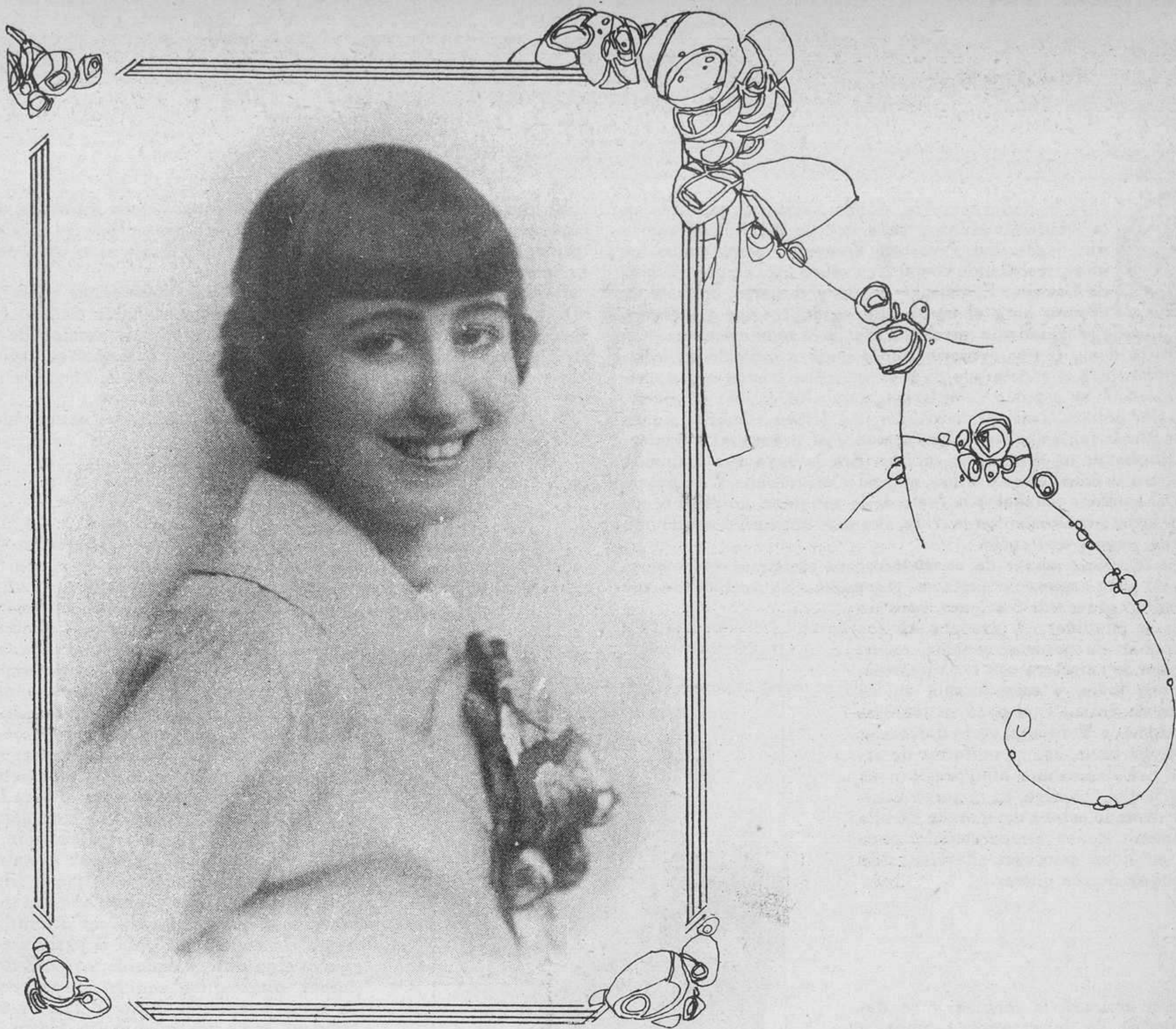


Foto. CALVACHE.

sea como sea; pero acaso sea el verso mi modo de expresión más natural.

Mientras Cristina de Arteaga me despide, la flexibilidad graciosa de sus andares me sugiere, naturalmente, una última pregunta:

- ¿Cuál es su deporte predilecto?
- La equitación.

Al abandonar el palacio de los duques del Infantado me separo con verdadero pesar de la encantadora criatura, cuya inteligencia, comprensiva y tierna, embellece la vida de los que la rodean, y cuya risueña simpatía subyuga y encanta irresistiblemente a cuantos tienen la dicha de tratarla.

CARMEN DE ÁVILA.

¡A LA REINA CRISTINA!

Nos honramos publicando el delicado y admirable poema que la señorita Cristina de Arteaga ha escrito expresamente para el primer número de MUJER.

Está inspirado en un hecho histórico, recientemente ocurrido en el hospital de San Sebastián. Lo visitaba la Reina Cristina cuando supo que acababan de operar a un pobre muchacho en la flor de la vida, que parecía condenado a la ceguera. En uno de sus habituales arranques de caridad, S. M. quiso presenciar el alzamiento de la venda para dulcificar con unas palabras de consuelo la terrible realidad. Al recordar inesperadamente la vista, el soldado halló personificada su felicidad en la figura de la Reina madre.



ra de nuestra tierra,
la llevaba en sus ojos...
¡Se los dejó la guerra
como claveles rojos!
Y las terribles flores
abrían de tal suerte,
que hasta los vencedores

del mal y de la muerte
absortos ante el fuego
sangrante de la herida
clamaban: «¡Será un ciego
para toda la vida!»

¡Uno más...! uno de esos
que van por los caminos
vacilantes, opresos,
solos y peregrinos.
Para quienes el mundo,
con todas sus bellezas,
es un túnel profundo
de palpadas durezas.
¡Estirpe dolorosa!
¡Hijos de la negrura

que anticipa la losa
de nuestra sepultura!
Cuando lo supo Ella,
la que entre tantos males
dejó la dulce huella
de sus manos reales,
sintió en el alma mustia
la desgarrada nota
que exhalaba la angustia
de aquella vida rota.
Y en puro amor deshecho
su corazón, lo dijo:
«Yo velaré ese lecho
como la madre al hijo.»

Yacente en la camilla,
en su dolor sumido,
como un reo en capilla
aguardaba el herido.
Había unas inciertas
actitudes febriles
en las alas abiertas
de las tocas monjiles,

y el silencio vestía
de blanca el momento.
¡Una cruz lo partía
con su trazo sangriento!

El médico, angustiado
por la ansiedad tremenda
de lo desesperado,
desenlazó la venda.
¿Qué había en el horror
de esos huecos abiertos?
¡Máscara de dolor!
¿Eran dos ojos muertos?
Entreabrió en un compás
ante el triste los dedos...
«¿Qué ves?» — dijo no más,
su voz turbia de miedos.
Se levantó el soldado
con la emoción divina
de un ser iluminado
y respondió extasiado:
«¡A la Reina Cristina!»

CRISTINA DE ARTEAGA

EL CASTIGO DE LOS SUEÑOS

Cuento



De la ciudad venerable, donde hacía sus estudios en la Academia Militar, hasta la villa montañesa que le vió nacer, iba Fernando Quevedo, como todos los años, resbalando con el tren sobre los campos adustos de Castilla. El paisaje, ancho y desierto, era sólo un camino para el mozo, una senda enorme y extraña, blanca de sol y entoldada de estrellas... Nunca le sedujo con una evocación ni le atrajo con un misterio, nunca llegó a tentarle su terrible esquivéz. Era el cadete uno de esos espíritus tristes que no saben soñar. Con su aspecto de enfermo, muy alto, pálido el rostro, de singular belleza, tenía el muchacho una férrea voluntad, nunca turbada por la fantasía, esa dulce rebelde. Así avanzaba su adolescencia, probando un firme paso militar. Era la suya una ambición precisa, era su ideal claro y arduo, natural y asequible... Y de acuerdo con el carácter español que, fuera de la religiosa, no suele conocer otra íntima exaltación en la vida, iba a su encuentro con ánimo templado, seguro de vencer.

Ahora mismo, después de unos decorosos ejercicios de examen, en que no puso aspiración excesiva, regresaba a su pueblo de Cantabria sin grandes satisfacciones, pero sin grandes inquietudes. Y pensaba en los días amables de descanso y solaz, en los paseos por la carretera con D. Victorino, el párroco joven y campechano; en las partidas de caza... y un poco en los ojos asombrados de Teresa, al verle descender del auto de línea, con su uniforme de artillería. Era Teresa una niña preciosa en aquella tierra, pródiga en mujeres bonitas, y Fernando estaba enamorado de ella a la manera de su temperamento, poco activo en lides amorosas. Diríase, más bien, que se dejaba querer.

□ □

El tren aminoró la marcha y se detuvo dentro de la estación, amplia y oscura, del pueblo ruin y moderno, nacido junto al cruce de vías férreas en tierras cuya alcurnia antañona proclama todavía un viejo castillo dorado. Empezaba a anochecer.

En el departamento del cadete entraron un señor muy viejo y una señorita muy joven. El anciano sostenía con su mano robusta a la muchacha, que se dejaba llevar, insensible, ausente de espíritu. Rudo contraste hacia aquella recia vejez amparando a aquella frágil juventud.

«Como el castillo y el pueblo», pensó Fernando, haciendo un movimiento para ayudar a los viajeros al mismo tiempo que inquiría solícito:

—¿Está enferma?

—No, señor—contestó el viejo, un poco brusco. Apenas podía vencer su inquietud, y sólo cuando el tren se puso en marcha pareció recobrar la tranquilidad. Entonces sacó una petaca de porcelana y ofreció de fumar a la joven, que puso en sus labios delgados el cigarrillo exótico.

A Fernando, que había viajado por Europa, no dejaron de extrañarle, con la actitud de los viajeros, que eran, sin duda, españoles, aquella pitillera de porcelana de Dresden y aquellos cigarrillos de Bosnia. Por no ser menos, encendió él mismo un habano sustancioso y maduro y volvió a hojear, distraído, su periódico...

□ □

El humo del tabaco levantó su niebla de aromas en la semioscuridad, y Fernando, abstraído, envuelto en aquella atmósfera extraña que los viajeros habían traído consigo, no supo cómo el robusto anciano se durmió profundamente, y la frágil señorita vino, igual que una sombra, a sentarse a su lado. El cadete se quedó inmóvil en la iniciación de un gesto... La sorpresa se trocó en curiosidad, y ésta culminó en placer indecible, en un placer nuevo y absoluto, que le hizo olvidarse de todo lo que no fuera sumergir en él los ojos y el alma. Porque, al acercarse, había separado la joven el triste velo de ausencia que cubría su rostro, y éste apareció iluminado de gracia y encendido de sangre, como un espectro que se materializa. Era un reflujo de vitalidad fuerte, que ponía invencible seducción en el rostro débil, suave, niño, casi seráfico...

Al cabo de un hondo minuto, sus labios se movieron para decir lentamente al mozo:

—Usted puede salvarme...

Fernando quiso responder con una rara exaltación desconocida; pero las palabras se le apagaron, impotentes, como cuando, en sueños, hacemos esfuerzos inútiles por gritar. Perdió la noción de su cuerpo y la tensión de sus nervios; se dobló, vencido por un suave poder, y quedó inmóvil, como en trance, no supo cuánto tiempo. Por sus venas fluyó un calor dulcísimo y estimulante, un calor generoso de brisa estival. Había enmudecido la voz apagada y caliente de la joven. Pero sentía en las mejillas el fulgor de sus ojos... ¿O era la lumbre remota de dos estrellas?...

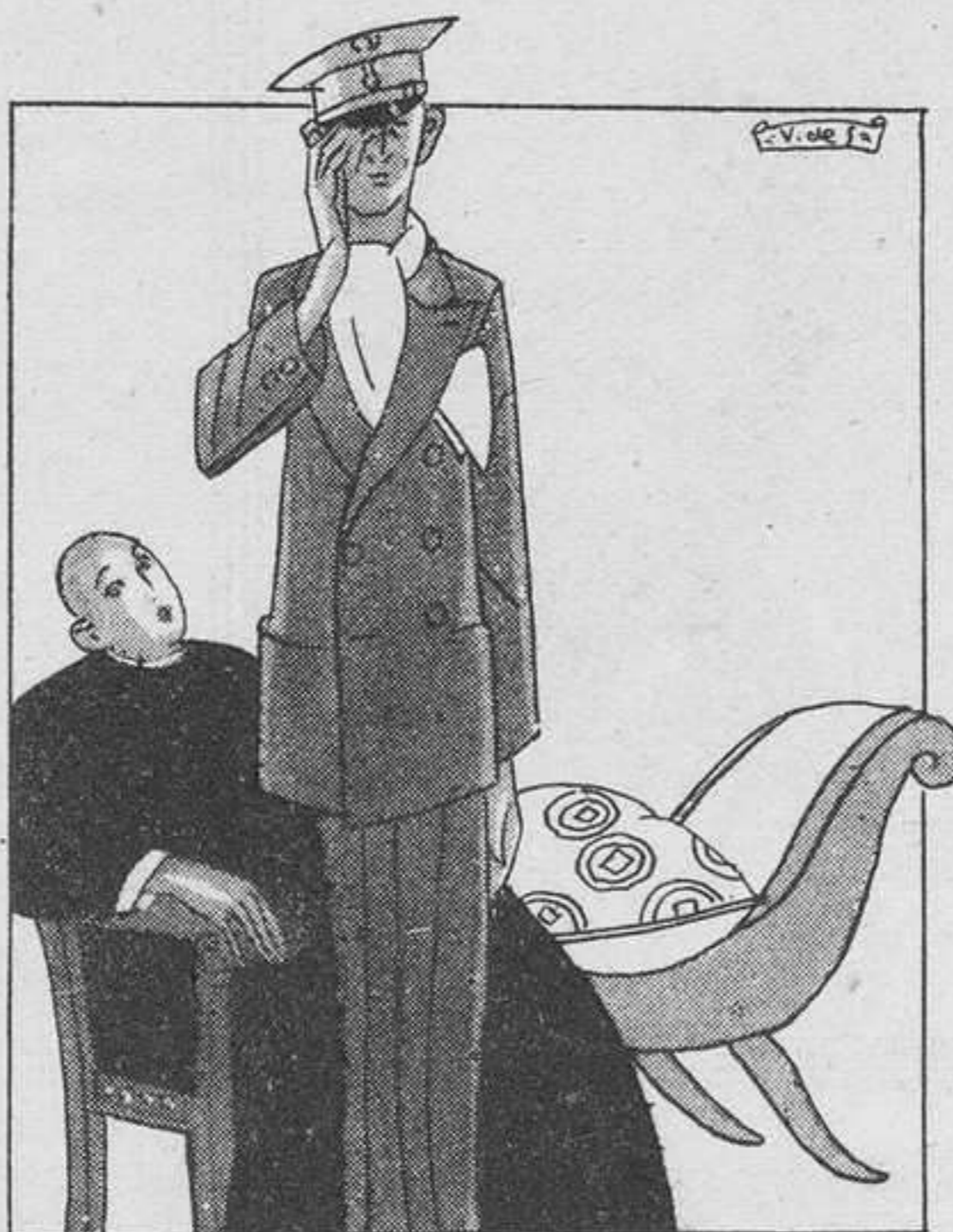
El tren se detuvo y Fernando se incorporó. Estaba solo en su departamento... Pensó que los viajeros habían descendido en una estación, que él se había dormido y... que todo había sido un sueño, como en los cuentos y en las novelas.

Pero pesaba en su espíritu un aluvión extraño de ideas, germinaban en su pecho deseos imprecisos y peregrinos, había en sus ojos un resplandor nupcial. Ya no le pareció que hacía, camino de su pueblo, un prosaico viaje de vacaciones, porque había una turbación nueva en su corazón... Era una invasión lo que sentía, el golpe inquieto de la juventud sobre el postigo de su alma.

Y sobre la confusión de sus instintos de hombre, el oscuro temblor de dos estrellas...

□ □

Dos años bastaron para hacer del mozo con aire de enfermo, del cadete fuerte de espíritu, un hombre sombrío, abúlico y disconforme. Descuidó de manera suicida la tuberculosis incipiente y curable que le roía el pecho y acabó renunciando a todas sus ambiciones. Era como si al abrirse con la juventud el secreto de los sueños se le hubiesen revelado las potencias insignes del espíritu, uno y soberano, omnipotente y... desconocido y negado por la humanidad. Su pesimismo era el de todos los románticos que han dejado de ser niños, que no encuentran en la vida la satisfacción de los pueriles escarceos sobre logradas ambiciones pequeñas y consideran inútil, por estéril, dar un viril empujón al vuelo de su voluntad... Veía con asombro la uniformidad puntual con que la vida fluía en tantas almas y recordaba con melancolía su propia paz, su paz infantil y buena de antaño. La vida le parecía entonces algo claro y definido, con una disciplina establecida, con fronteras como un mapa y capítulos como un libro y estaciones como un calendario. Hasta le atribuía, confundiendo su concepto temporal con el de espacio, una extensión determinada...



Y se consideraba al margen del mundo, como un rebelde o como un caído, contemplándole con una ironía amarga que, a veces, rezumaba compasión. «Los hombres no son malos, son... torpes nada más», solía decirle a D. Victorino en sus charlas largas durante sus paseos cortos y lentos.

□ □

Un día amarillo de octubre no pudo el enfermo dar su paseo cotidiano. Dos semanas después, señalado ya por la Muerte, conversaba, hundido en una butaca, con D. Victorino. Ardía el pueblo en fiestas, la gente se divertía dando gusto a ese instinto elemental que se satisface con el ruido. Cohetes, tamboriles, dulzainas, gritos, cánticos, alaridos...

Desde la ventana contemplaban el sacerdote y el enfermo la ebullición de aquel microcosmos campesino. Había en sus rostros una belleza extrahumana, como tocada de eternidad...

—Me voy a morir, padre, y he de confesaros ante Dios mi alma, tantas veces desnuda ante los hombres—dijo, como ausente, el enfermo.

—La confesión ante Dios—respondió el sacerdote—no sólo es el más dulce consuelo para morir en paz; es también una gracia altísima para vivir con el goce único, duradero y puro de la humildad.

—Yo no he sido humilde, padre.

—No debemos despreciar la vida, hijo mío, y hasta en sus manifestaciones más pequeñas debemos respetarla; y debemos disculpar al torpe, y compadecer al delincuente, y ser generoso con el pobre de espíritu...

Quedó interrumpida la unción de este diálogo por una música marcial. En la cercana Casa de Ayuntamiento tenía lugar una ceremonia que cerraba la banda pueblerina tocando el himno de la patria. Fué aquel momento de un patetismo arrebatador para el pobre enfermo.

El eco misterioso de algo ido para siempre vibró en su corazón... Era la vida, la vida buena y fuerte, humilde y ruda, la que le llamaba con su ronca voz...

Y Fernando Quevedo sintió hervir en sus venas la sangre de la casta, negada tantas veces... Con energía increíble en su cuerpo herido, se incorporó, alcanzó su gorra de cadete, colgada en una vieja panoplia de familia, se la puso, se cuadró y llevó la mano, pálida y firme, a la visera. Era un fantasma que saludaba militarmente...

El sacerdote, que le contemplaba, trémulo, con una compasión infinita, pudo ver el fulgor extraño de sus ojos...

... En las pupilas del enfermo brillaban dos lágrimas de hombre...

CONCHA ESPINA.

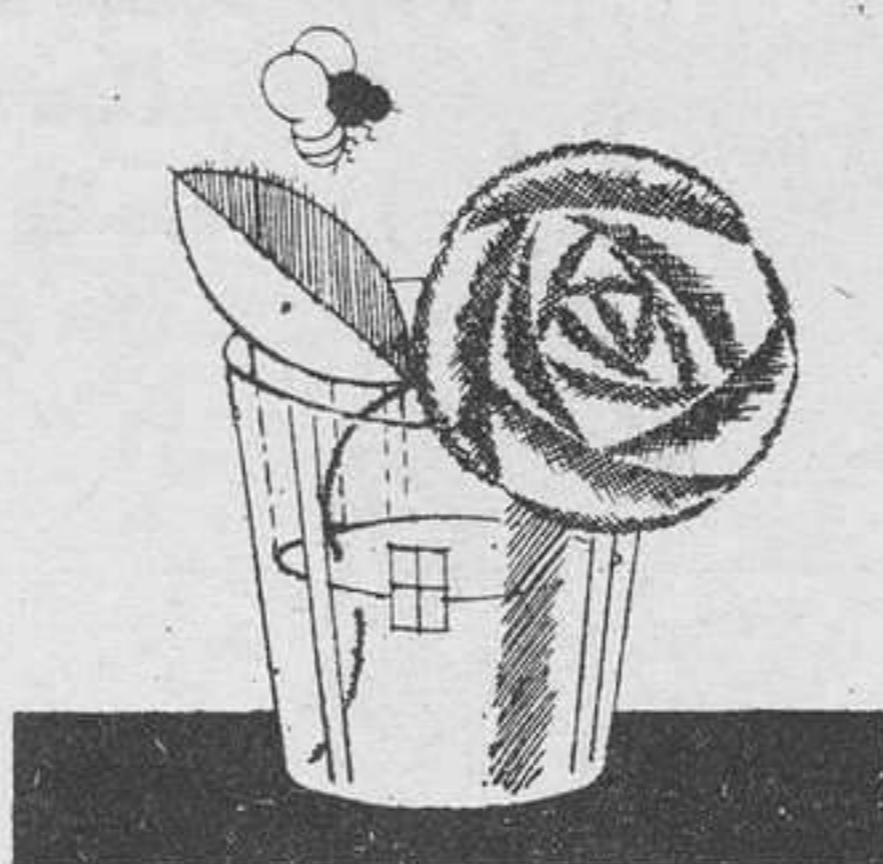


KONO

Sección compuesta y redactada en París bajo la
dirección de Madame Martine Renier
redactora Jefe de la Moda
en FEMINA de
París

Crónica

*Fin del periodo de monotonía.—Los tejidos floridos y las grandes
«capelines».—Las nuevas hechuras.—En la Exposición de Artes de-
corativas.—Los vestidos y abrigos de noche.—Una fiesta en casa de
la duquesa de Rohan.*



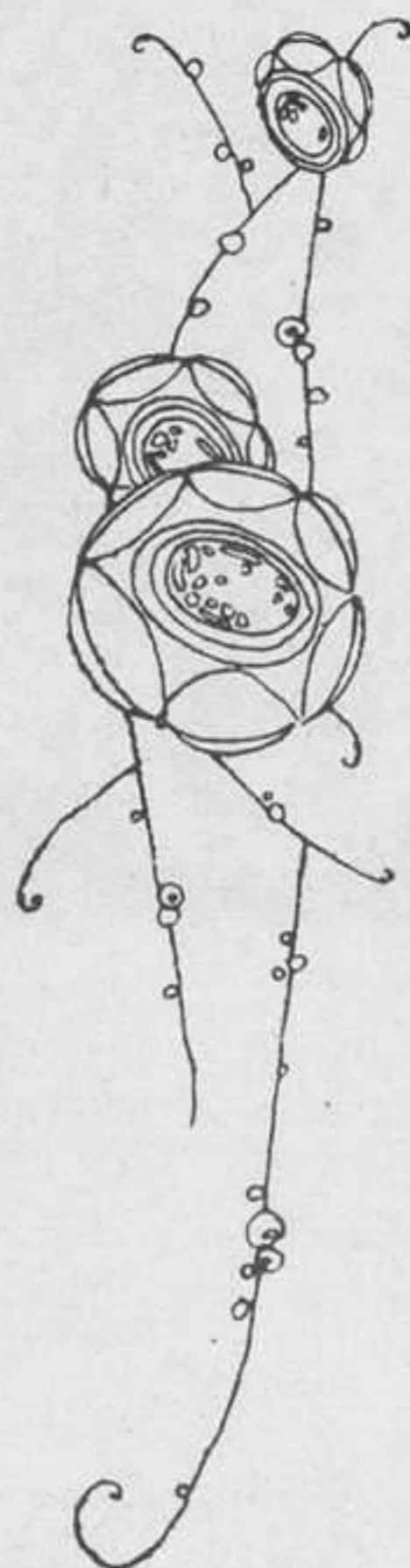
Las jornadas elegantes de la *Grande Saison* parisina han sido este año excepcionalmente interesantes desde el punto de vista de la moda. Han señalado el fin de un largo período de monotonía y han clausurado la era del sombrerito *cloche* y de la levita masculina que duró toda la primavera.

Esta levita había llegado a ser un uniforme, hasta tal punto, que veíamos acercarse el momento en que todas las mujeres llevarían el mismo traje, el mismo sombrero, los mismos zapatos, lo cual era verdaderamente contrario a nuestra coquete-



ría legendaria. ¿Cómo podía una mujer llegar al extremo de vestirse copiando el traje de su amiga íntima? A Dios gracias, el verano lo ha cambiado todo. Se ha producido la reacción; abundan los tejidos ligeros y floridos, los vestidos amplios, las grandes *capelines*, y puede decirse que el traje y el abrigo rectos han recibido definitivamente el golpe de gracia.

La jornada del «Premio de Diana», en Chantilly, ha inaugurado este nuevo reinado. El tiempo era espléndido, y hemos visto, milagrosamente, florecer de una vez



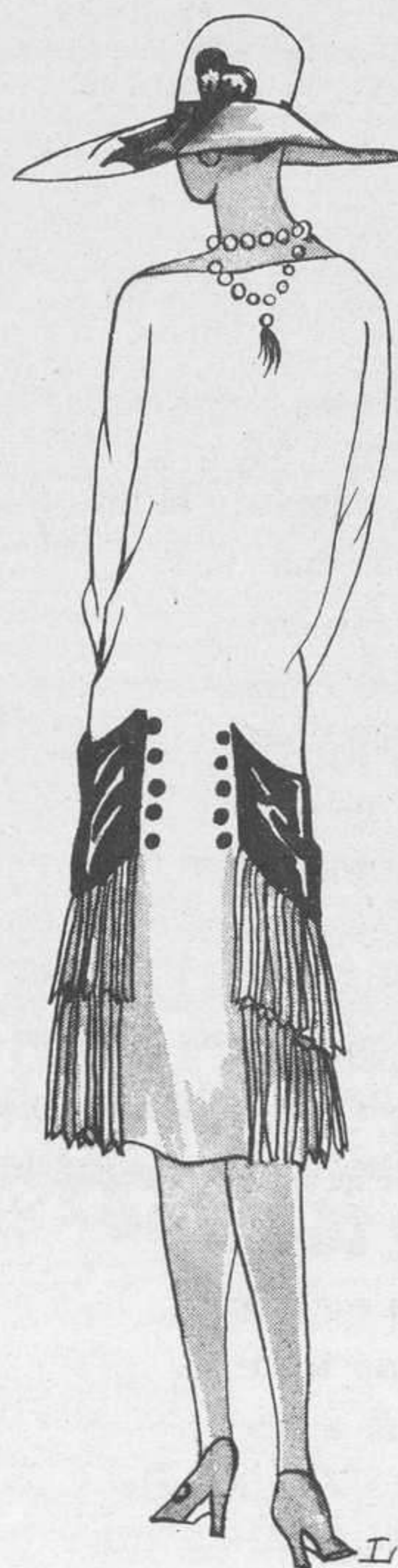
licado. La parte alta del vestido sigue siendo sencilla; a veces se adorna con un ancho cuello, más amplio por un lado que por el otro, y que cae sobre la espalda hasta el talle, formando un efecto de capita breve; otras veces, el escote redondo se bordea con un volante ligeramente «en forma», que ofrece un efecto de pele- rina, y no debe cubrir los brazos hasta el codo. La cin- tura sigue colocándose por debajo del talle, y las fal- das se componen de paneles al bias, volantes con can- elones, o grandes ondas en punta, que ondean al andar con una gracia encantadora. Desde luego, pocos adornos: la cintura, de cinta de terciopelo; a veces, en el escote de la espalda, una o dos lazadas, cu- yas caídas flotantes llegan hasta el borde inferior del vestido. *Goupy*, sin embargo, ha creado algu- nas combinaciones de encaje negro y tiras de mu- selina florida que han logrado un gran éxito.

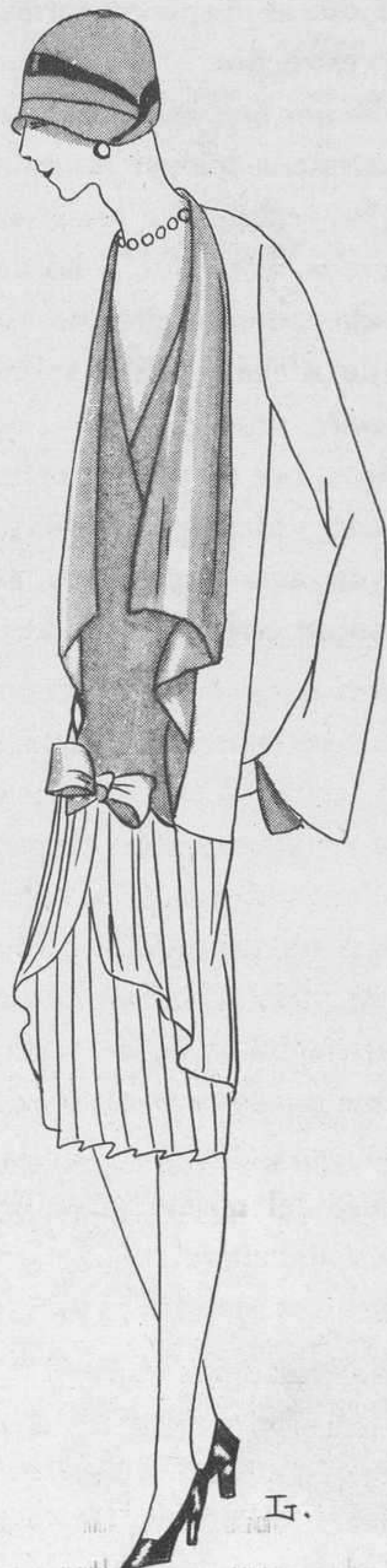
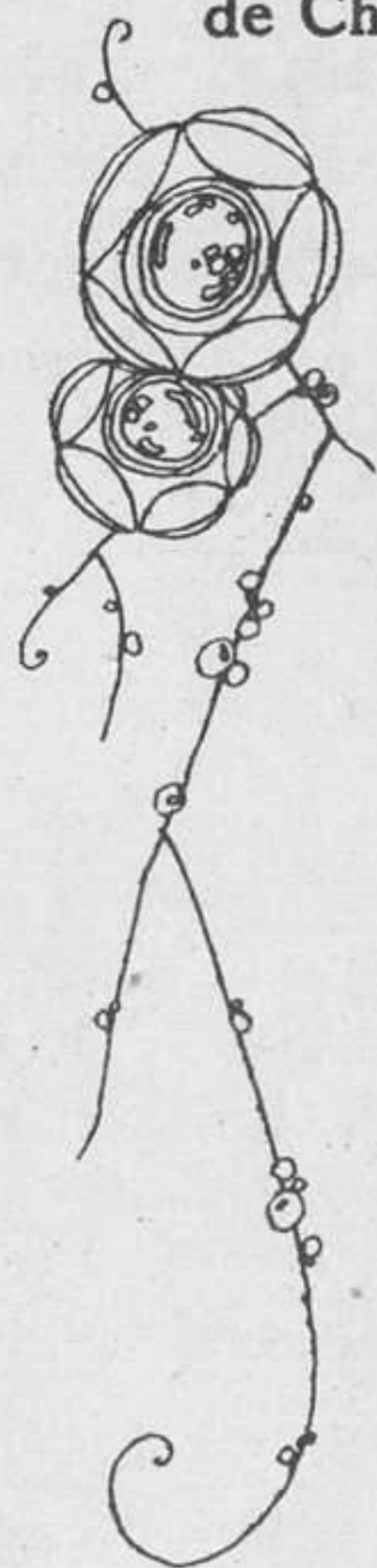
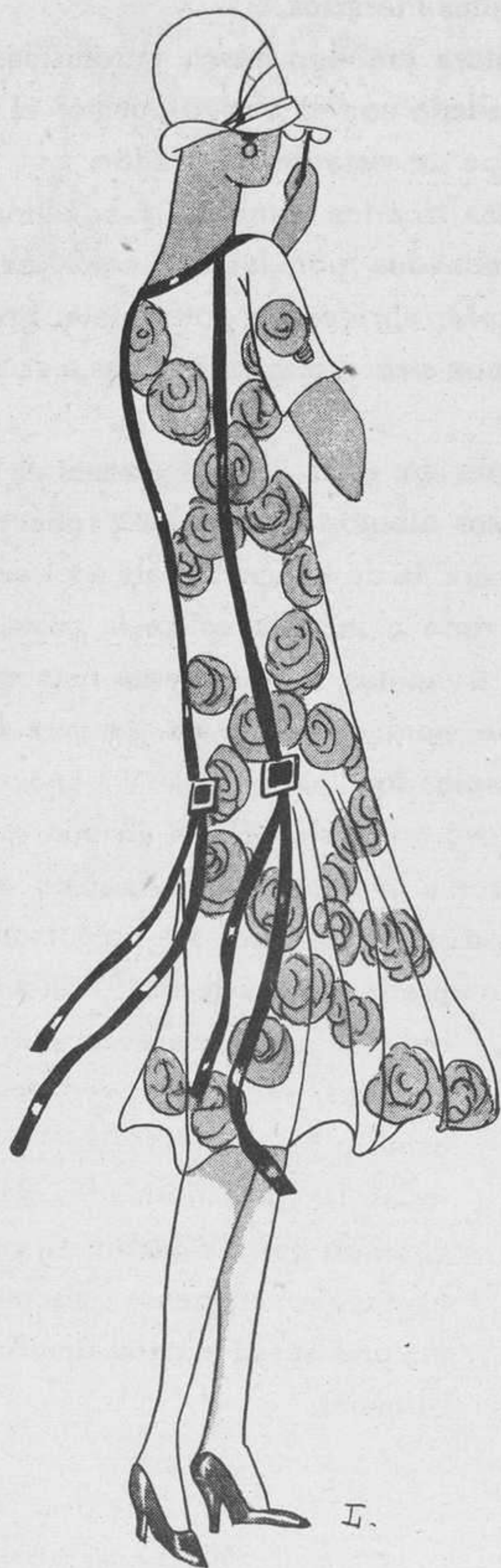
Con estos vestidos se hacen algunos abrigos de *reps* de seda, forrados con la misma muselina.

De pronto hemos visto aparecer el sombrero

todos los vestidos de muselina de seda. Ha sido un es- pectáculo maravilloso; se han inventado dibujos y co- loridos encantadores: muselina negra florecida con an- chas rosas dispuestas en guirnaldas entrecruzadas; mu- selina negra sembrada con flores silvestres multicolor- res; muselina violeta con listas blancas; muselina blanca con grandes lunares negros. A veces se combinan dos muselinas lisas de distintos matices. *Doeillet*, el gran modisto de la plaza *Vendôme*, domina este arte con singular maestría: ha hecho un vestido de muselina de seda *beige* combinada con muselina de seda «tabaco», otro de *crêpe georgette* rojo con paneles de muselina de seda *laquée* del mismo tono. Estos trajes han lo- grado un éxito definitivo.

El corte de estos vestidos es muy complicado, lo cual aumenta los motivos de su éxito. Resultaba realmente demasiado fácil copiar una levita o el vestidito plisado que se ocultaba bajo la misma. Trabajar «en forma» un tejido vaporoso, sobreponer las capas de tela, sin que haya demasiadas, porque resultaría pesado, ni demasia- do pocas, porque parecería pobre, es un problema de-





dos de hoy son francamente cubistas; presentan casi siempre impresiones en *camaïeu* marrón sobre fondo *beige* , azul marino sobre fondo azul *France* , rojo sobre fondo rosa; los dibujos son imprecisos, y más bien parecen sombras, grandes manchones degradados. Diríase un cuadro pintado por un pintor de vanguardia y que un tintorero, torpemente, ha extendido, diluido, sobre un ancho trozo de crespón de China. Y aunque la descripción no sea muy lisonjera..., el efecto es muy bonito.

Premet ha realizado fantasías lindísimas, y realizará bastantes más el próximo invierno. Incluso se nos anuncia la intención de pintar los encajes, lo cual no deja de parecernos inquietante.

Lo cierto es que estamos en plena borrachera de color. ¡Cuántos años hacía que no veíamos a las mujeres elegantes pasear por París con vestidos de crespón de China rosa pálido, azul *pervenche* o *vert d'eau* ! El

grande. Hacía tiempo ya que, por causa de él, las modistas luchaban contra sus parroquianas, empeñadas en no llevar más que la diminuta *cloche* ; tanto es así, que llegábamos a creer que la moda del pelo cortado había matado las *capelines* . Pero se ha demostrado que éstas podían ser tan bonitas como antes; se han visto muchas en crin, en paja «manila», en muselina, siempre adornadas sencillamente con una cinta de terciopelo que rodea la copa, y con la parte posterior del ala vuelta hacia arriba, para seguir ofreciendo sobre la nuca el efecto «breve».

A la Exposición de Artes decorativas, pletórica de ideas ingeniosas y nuevas, le debemos los vestidos pintados. Pero no vayan ustedes a pensar en aquellas guirnaldas de flores sobre fondo negro que se hacían antiguamente y que imitaban, ampliándolas, las pinturas con que unas señoritas bien educadas decoraban unos platos de porcelana. Estas pinturas de los vesti-



negro está olvidado y desdeñado, hasta el punto de que hace pocos días, en el *Polo de Bagatelle*, un precioso vestido de alpaca negra nos ha parecido, de pronto, pasado de moda, arcaico..., casi extraño, y bruscamente he recordado que el año pasado, por esta época, una reunión de mujeres vestidas a la moda daba la impresión de un medio luto general. Decididamente, olvidamos pronto, y nada parece tan vetusto como la moda del año anterior.

Pero hablemos un poco de los vestidos de noche, ya que acabamos de tener una serie de fiestas brillantísimas. La Noche del *Grand Palais* ha reunido en la inmensa sala todo lo que París cuenta de elegancias, y hemos podido ver juntos los más hermosos bordados del mundo. También en esto ha habido que innovar: las cuentas se han vulgarizado y su boga ha terminado por completo; se hacen vestidos de una suntuosidad extraordinaria, bordados con una mezcla de perlas finas y de *strass* que forman unos dibujos acaso algo pesados, pero desde luego muy bellos.

Estos bordados se disponen formando ondas, festones o paneles estrechos.

Se hacen dibujos preciosos, aunque menos fastuosos, con lentejuelas multicolores en los vestidos de muselina de seda encerada, con lentejuelas de acero recortado o con trocitos de espejo, formando anchas cenefas sobre raso o *fulgurante*.

En los abrigos, que se hacen mucho en rosa apagado y blanco, se advierte un derroche de lujo. Hace poco, la duquesa de Rohan ofreció, en el her-

moso jardín de su hotel, una fiesta maravillosa en honor del *Premio Fémina*, que es uno de los más preciados galardones literarios.

La temperatura era algo fresca y todas las mujeres se habían quedado con el abrigo puesto; el conjunto ofrecía un golpe de vista deslumbrador.

Bajo aquellas frondas sombrías y aquellos árboles seculares, iluminados por faroles color naranja, se veían por doquier abrigos de oro y plata, grandes capas bordadas con *strass*, mantones rosas o azules *lamés* en plata.

Algunos parecían estar tejidos en metal; otros ostentaban gruesos dibujos bordados en relieve. A esta riqueza se añadía la de los cuellos de piel de cibelina sobre el oro, o de chinchilla sobre la plata. Algunas amplias capas fruncidas, de terciopelo blanco, adornadas con armiño, ponían su nota de blancura inmaculada en aquel esplendor.

Pero todo esto no es sino el fin de una temporada; pronto llegamos a la nueva moda, puesto que ya en Agosto los modistas presentan sus colecciones de invierno a los compradores forasteros. Y toda suerte de

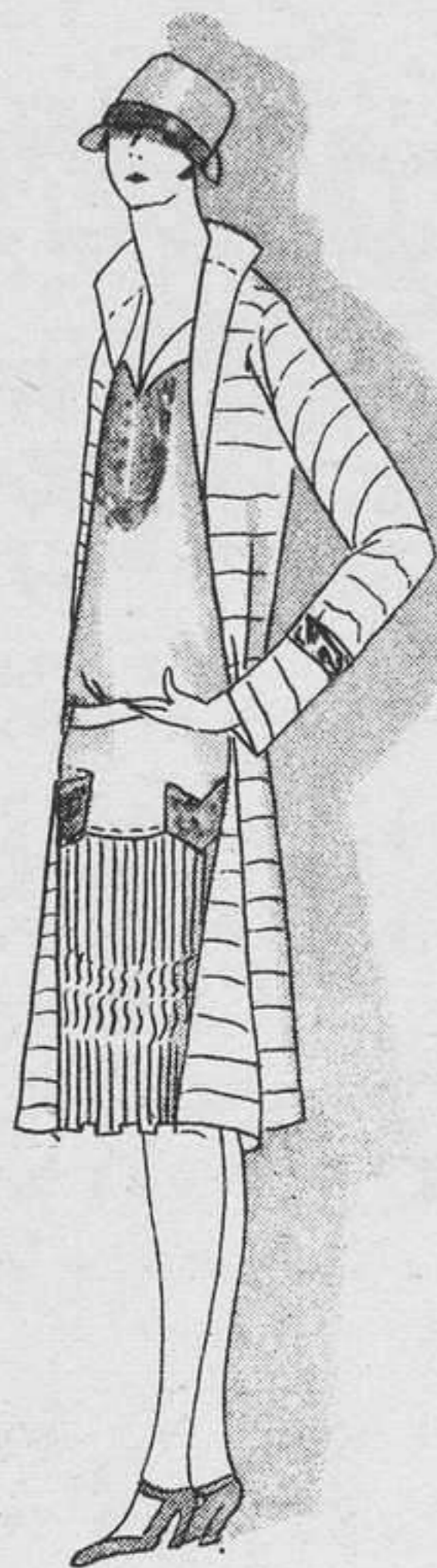
indicios permite prever que habrá novedades, muchas novedades, no un cambio brusco, rotundo, que tendría todas las probabilidades para ser rechazado por las parisinas, pero sí una evolución netamente caracterizada hacia una nueva silueta, una línea transformada.

MARTINE RÉNIER.

Redactora-jefe de la moda de *Fémina*.



Los Grandes Modistas⁽¹⁾



MARTIAL Y ARMAND

He aquí uno de los vestidos de más éxito de «Martial y Armand»: Es de crespón de China barquillo, con chaieco y bolsillos bordados de lentejuelas y galalita roja.

La falda está plisada de una manera especial, según un nuevo método que se denomina el plisado «mosaico», formando dibujos. La capa es de «buravellaine», con listas «beige» y castaño.



DRECOLL

Una «robe de diner» de crespón «marocain» blanco, con un viso de raso negro. Vestido blanco con listas de galones negros «encerados», que forman un alto zócalo. La cintura se anuda a uno de los lados, pero pasa bajo el vestido para dar un efecto de «paneles» rectos. Esta línea es una de las más características de «Drecol».



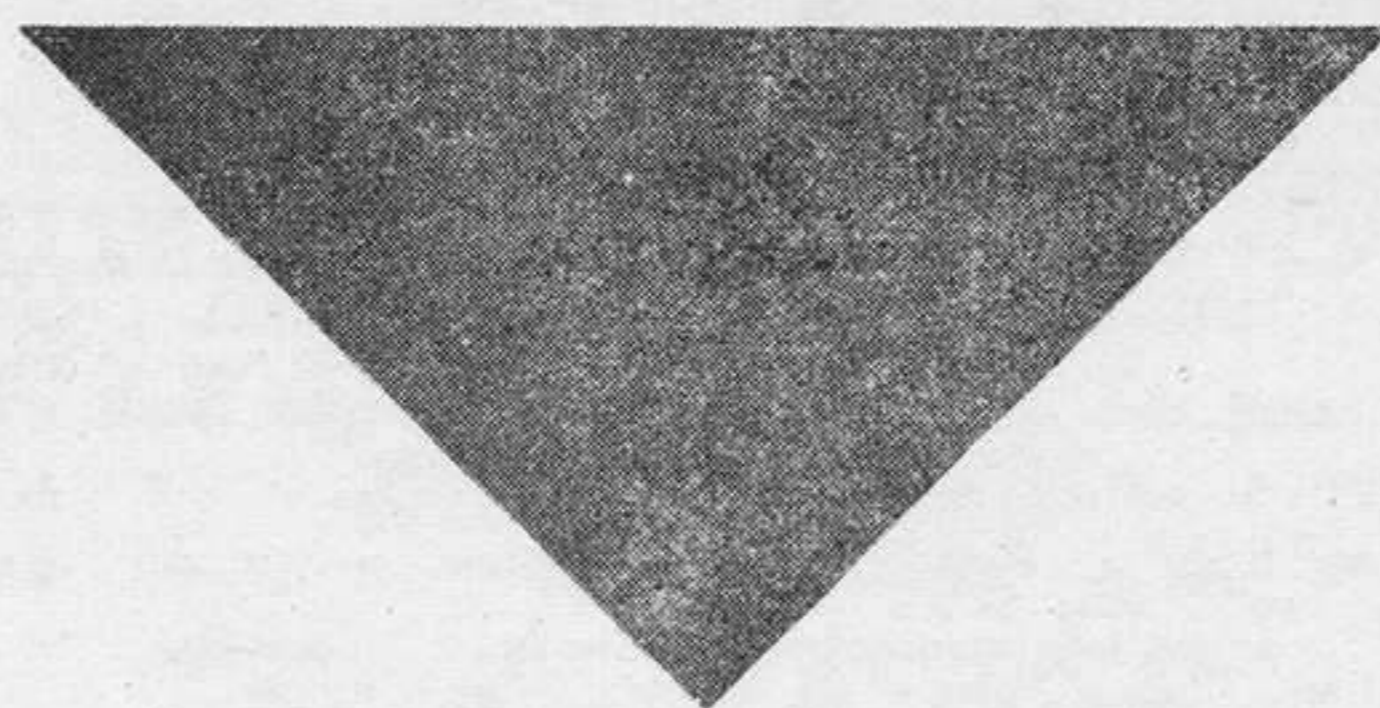
Un vestido de crespón «georgette» blanco, de aspecto vaporoso y suelto. La falda, así como la delantera del cuerpo, está completamente plisada. Entre la falda y el cuerpo, una ancha tira está formada por un encaje de «Milán», incrustada en el crespón «georgette». Sobre uno de los lados, una ancha lazada de cinta «Pompadour». La manga, muy ajustada, lleva una incrustación de encaje.

WORTH



Vestido muy sencillo, pero de un bellissimo efecto de color. Sobre el fondo blanco del crespón de seda se destacan en zig-zags unas listas, cuyos matices pasan del amarillo al marrón. La faja anudada es de vuela de seda marrón. Las mangas están armadas en pico y llegan hasta el escote redondo.

WORTH



(1) Hemos de anticiparnos al reparo de los que encuentren una concordancia vizcaína en este título. No cabe otro término sino *modistas* para traducir el *couturiers* que trais el original recibido de madame Rénier. *Modisto* es un barbarismo grotesco. *Modista* es derivado de *moda*, como *violínista* es derivado de *violín*; *rentista de renta*; *artista de arte*; y ni decir *artista*, *rentista* o *Violinista* supone hablar de una mujer, ni decir *modisto* es menos absurdo que decir *pianista*, *cuentacorrentista* o *radioescucha*.



DRECOLL

Este modelo ofrece la novedad de mezclar el crespón de China con el encaje. El tejido, con grandes dibujos castaño claro sobre fondo «beige». Paneles de encaje ocre, finamente plisados. La manga, de encaje también, va igualmente plisada.



PREMET

Se hacen ahora muchos vestidos rosas para la noche. Este es de raso rosa con grandes incrustaciones de encaje de plata, bordado de «perlas-tubos» de plata. El delantal, muy «en forma», hace numerosos canelones.



LUCIEN LELONG

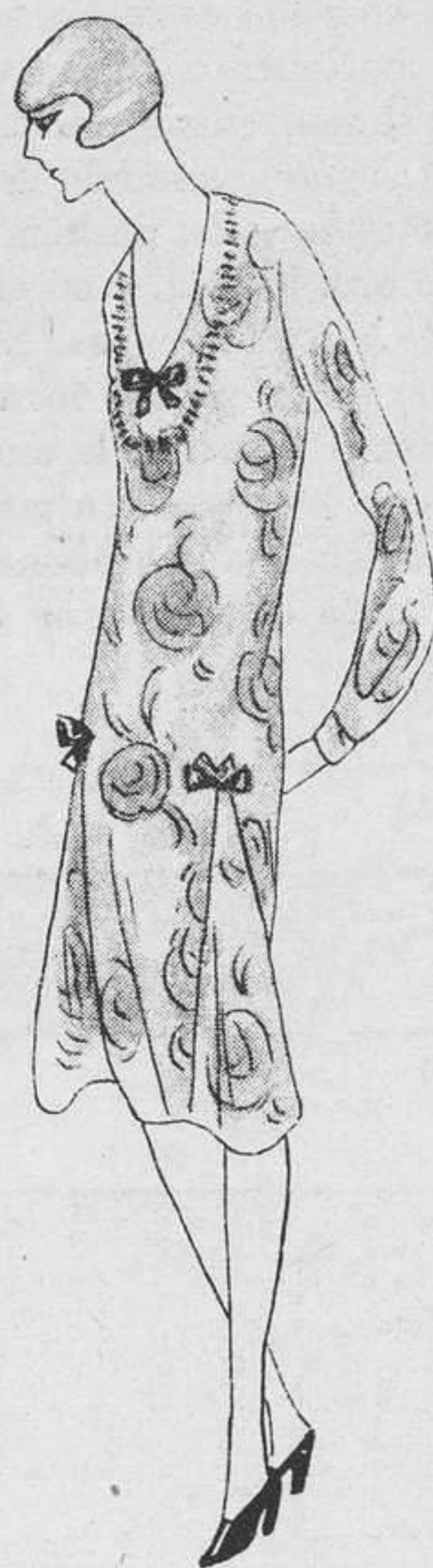
Lucien Lelong» es insuperable en los trabajos de calados y en los vestidos a la vez sencillos y elegantes. Este es de muselina de seda verde oscuro, con una túnica ribeteada de «reps» de seda. El viso es de «reps» de seda, del mismo tono.



REDFERN

He aquí el «vestido tipo» que todas las parisinas han llevado desde hace tres meses. Es de seda negra labrada, compuesto de una falda plisada, sobre la cual se coloca un «jumper», con bolsillos y con chaleco de crespón «georgette» blanco.

Vestidos de muselina fáciles de hacer en Casa



Yo no os aconsejo que hagáis un vestido de muselina de seda si no os gusta el trabajo minucioso. Es preciso, evidentemente, una cierta suma de paciencia para manejar ese tejido ligero que se escapa de los dedos y que se corta con la mayor dificultad. Evitaréis las complicaciones inútiles, las faldas «en forma», los picos (éstos están pasados de moda) y las anchas ondas, de las cuales se ha hecho un uso encantador, pero que exigen una habilidad especial. Los grabados que incluimos representan dos vestidos fáciles de ejecutar que serán deliciosas *toilettes* de Casino o de te. Primeramente tratemos de las generalidades: un vestido de *chiffon* debe poseer bastantes capas del mismo tejido a fin de no presentar un aspecto pobre, lo cual sería, en este caso, un fracaso tremendo. Uno de los principales modistas de París me confesaba que él había buscado durante años los medios de lograr un vestido ligero, y que no conseguía hacerlo por no colocar en el vestido el suficiente vuelo. El ha hecho, este año, maravillosos trajes con canelones colocados bastante alto, pues es este modista el apóstol de colocar el talle en su sitio. Aconseja que coloquéis sobre el viso de crespón de China (nunca de

crêpe satin, os lo ruego, pues sería demasiado brillante) un primer espesor o capa de muselina, sobre la cual colocaréis bien muselina florida, bien muselina lisa. Esta última es más difícil de trabajar porque exige una perfección más grande; sin embargo, si la preferís os diré que se obtiene un admirable efecto eligiendo, para superponerlas luego, dos muselinas de tonos diferentes: gris oscuro y gris muy claro, por ejemplo; o tabaco y *beige* claro o rosa fuerte y *beige*. El color que se obtiene de esta forma es delicado, impreciso, muy «pastel». Es esta la palabra del momento.

Evitaréis, naturalmente, los dobladillos y las costuras vueltas que hacen pesado el vestido sin necesidad. He visto dos maneras de confeccionar los vestidos: ya con una vainica a máquina, lo cual todas sabéis hacer, ya a punto de *bourdon*, tan en boga en la ropa interior en estos momentos. Este es mucho más lento, pero más sólido, y será particularmente apreciado para armar los frunces sobre la parte lisa.

Los dobladillos se substituyen por una vainica a máquina cortada en medio, lo que le da un aspecto de piquillos muy agradable. Y he aquí un pequeño truco, absolutamente des-

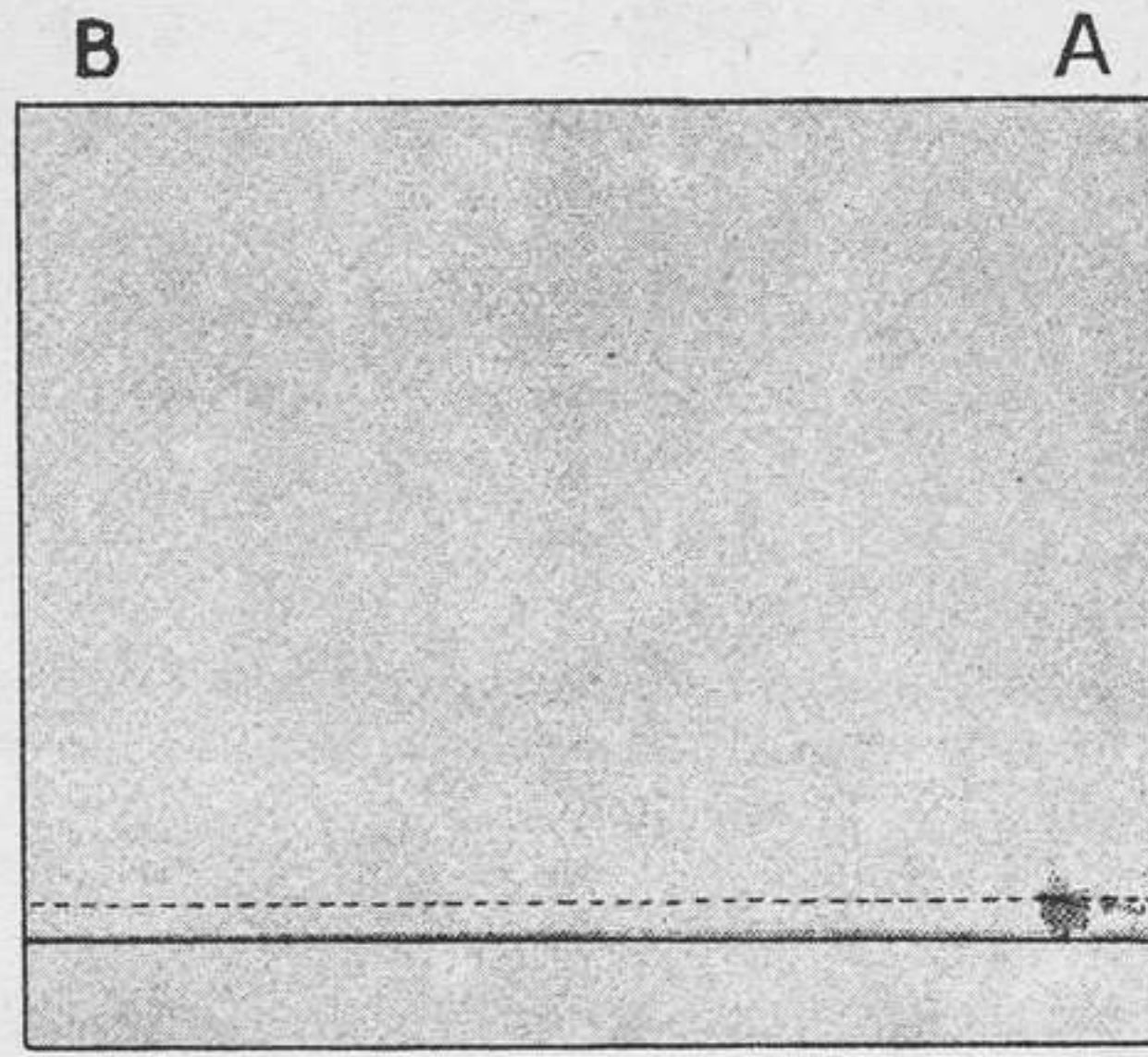
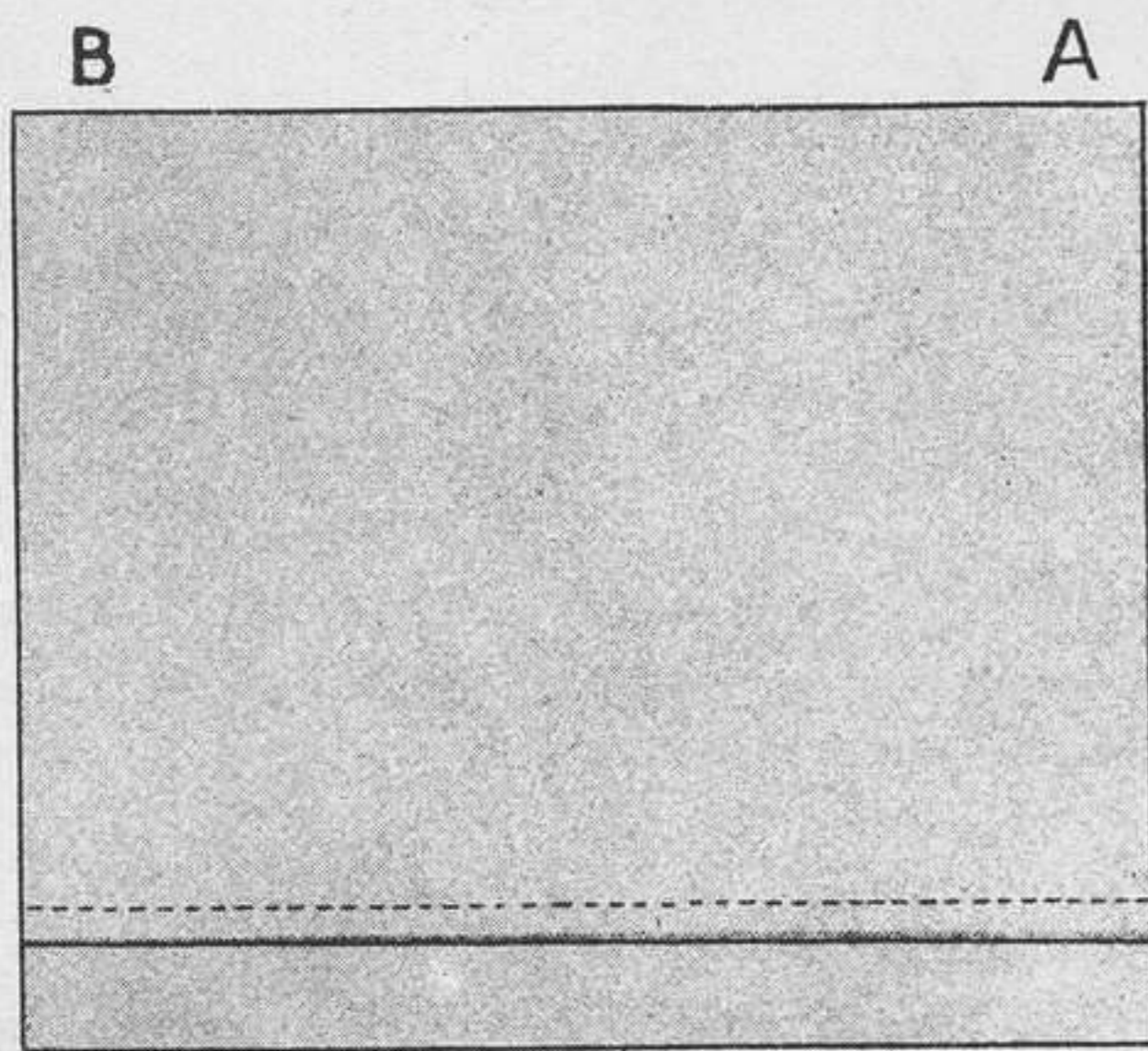
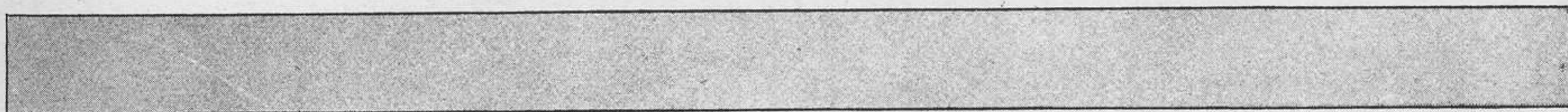


conocido, que he descubierto en casa de un gran modista de la plaza *Vendôme*: para que el vestido sea a la vez de un aspecto suelto e impecable, es indispensable que caiga admirablemente y que vaya bien sujeto a los hombros; todas sabéis que se coloca bajo las costuras de aquéllos una tirita de tela que se desliza bajo la hombrera de la «combinación» y que vuelve a sujetarse al vestido por un automático. Pero eso no es siempre suficiente; el truco consiste en sujetar a la costura de los hombros dos largas tiras muy estrechas de muselina de seda, que concluyen con un plomo. Estas tiras caen bajo el vestido hasta cerca del talle y le dan seguridad. Este es un pequeño secreto de oficio... y el modista que lo ha encontrado me perdonará la indiscreción.

Pasemos a describir los vestidos que os propongo: El primero es de muselina florida, y no olvidaréis en la elección del tejido que están muy en boga los dibujos en rosa y rojo sobre fondo negro. El vestido es recto, y sus dos lados están abiertos para colocar en ellos un canelón, ya «en forma», ya pegado con varias hileras de frunces. Lo primero es mucho más elegante y está más dentro de la moda actual. Para que el cuerpo sea menos liso agregaréis una hilera de calados bordados que forman un canesú redondo. Las mangas son largas y fruncidas sobre un puño estrecho, sujetas por una cinta de terciopelo. La misma cinta forma dos lazadas en el nacimiento de los canelones y parecen fruncir éstas. Quizá la suprimiría debido a mi gusto desenfrenado por la sencillez; pero ello es una coquetería a discreción.

El segundo modelo es aún más sencillo de hacer. Se compone de un «vestido-camisa» de muselina de seda; podréis hacerlo, bien con la manga japonesa, bien con una costura sobre el hombro, lo cual, a mi entender, es preferible, pues permite darle mejor caída al tejido. Éste se coloca en dos capas. En este vestido recto colocaréis una cintura, a la cual se agregan dos paneles plisados que forman un efecto encantador a cada lado. A fin de darle un efecto más personal, ribetearéis la muselina de seda de esos paneles de un dobladillo de otro color añadido con una vainica a máquina. La manga estará guarnecida de lo mismo, y en el escote, en pico, colocaréis una pequeña chorrera «en forma», que completa el conjunto agradablemente.

Y todo el mundo os felicitará por vuestra modista, de la cual os guardaréis de dar las señas.



Faja del vestido plisado. La baaa la cortaréis de un ancho de diez centímetros por dos metros de largo, para poder anudarla delante. A cada lado, colocaréis los paneles, cuyas medidas deben ser de un metro por cincuenta y tres centímetros. Se plisan y cosen de A a B.

El dobladillo, de diferente color y de un ancho de cinco centímetros, debe pegarse antes de plisar los paneles.



Modelos Goupy



Vestido "Yamauna"

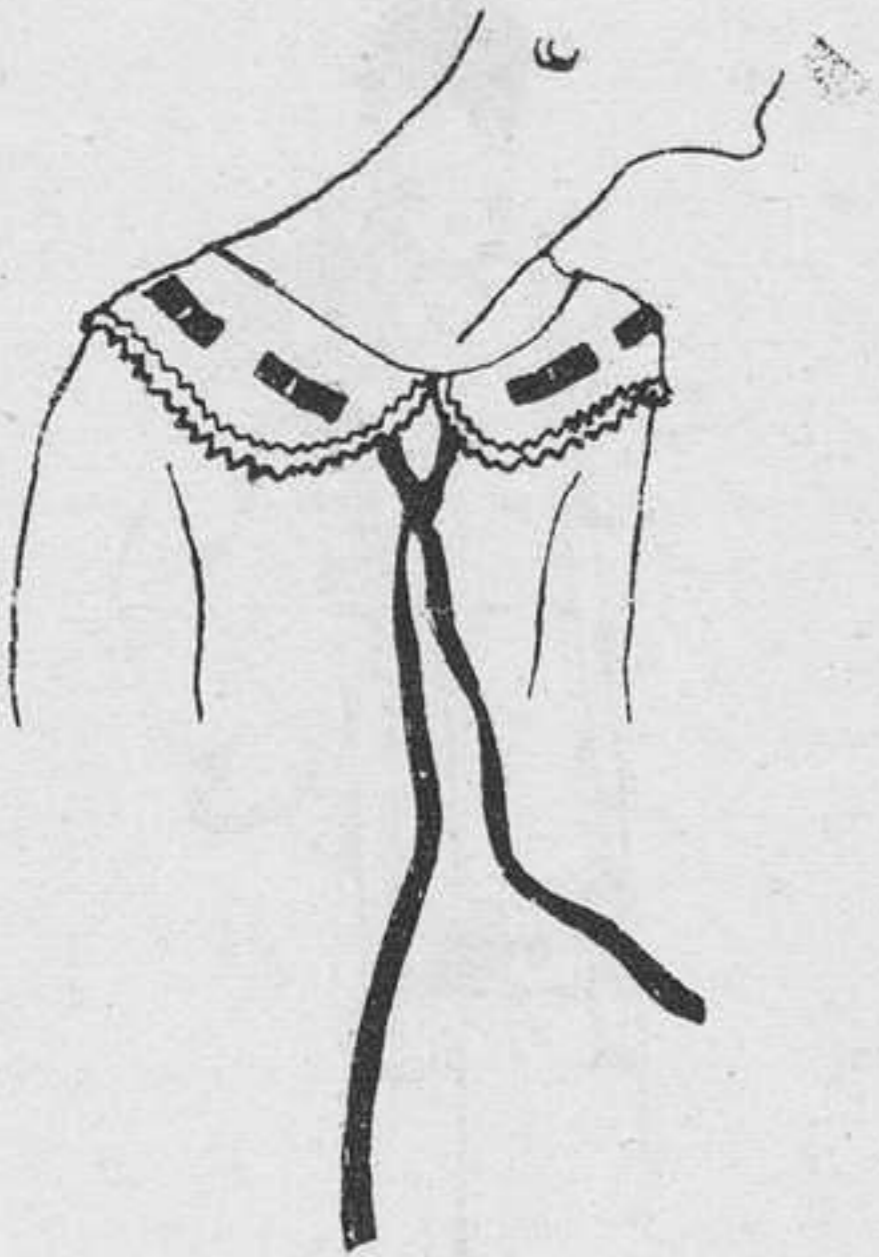
Gasa de seda negra con lunares bordados en oro

Vestido "Dandy"

Crespón romano encarnado; viso encarnado
bordado en oro y azul

Mujer núm.1 — Suplemento en color

Los Cuellos



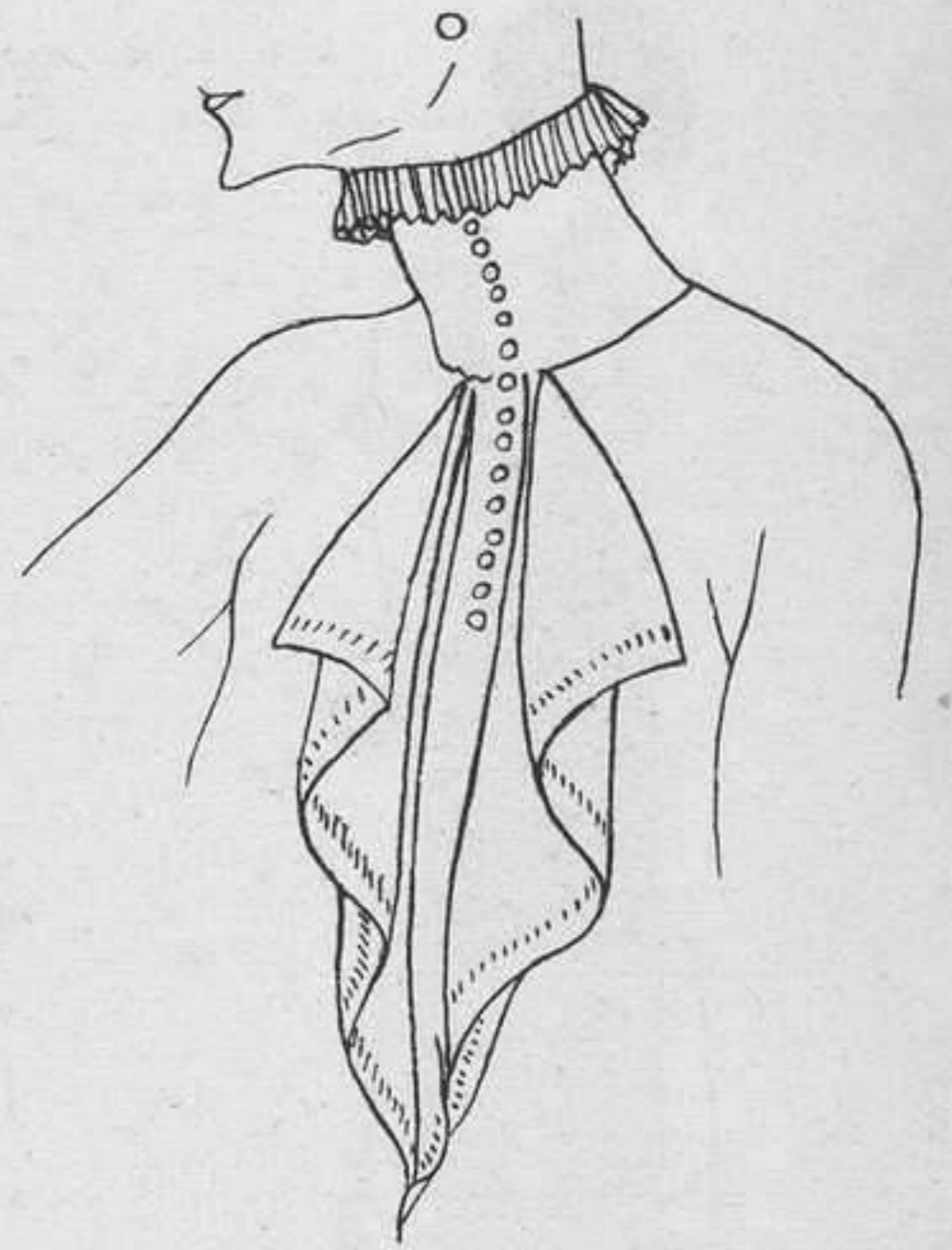
Cuello de verano, de muselina de seda doble, terminado por un piquillo. Una cinta de terciopelo negro pasa por unos ojales y se anuda delante.



Se ha hecho este año un gran número de cuellos diferentes, muchos completamente imprevistos. Con traje de sastre estilo «smoking», lanzadas por ciertos grandes modistas, hemos vuelto a ver las blusas de crespón de China blanco con cuello alto, que nosotros creíamos desterradas definitivamente. Nos hubiera parecido imposible hace años llevar de nuevo estos cuellos asfixiantes; pero la moda de las «écharpes» ha venido para habituarnos. Hemos, pues, aceptado dócilmente esta esclavitud, y nada tendría de particular que el invierno próximo nos traiga nuevamente los cuellos rectos.

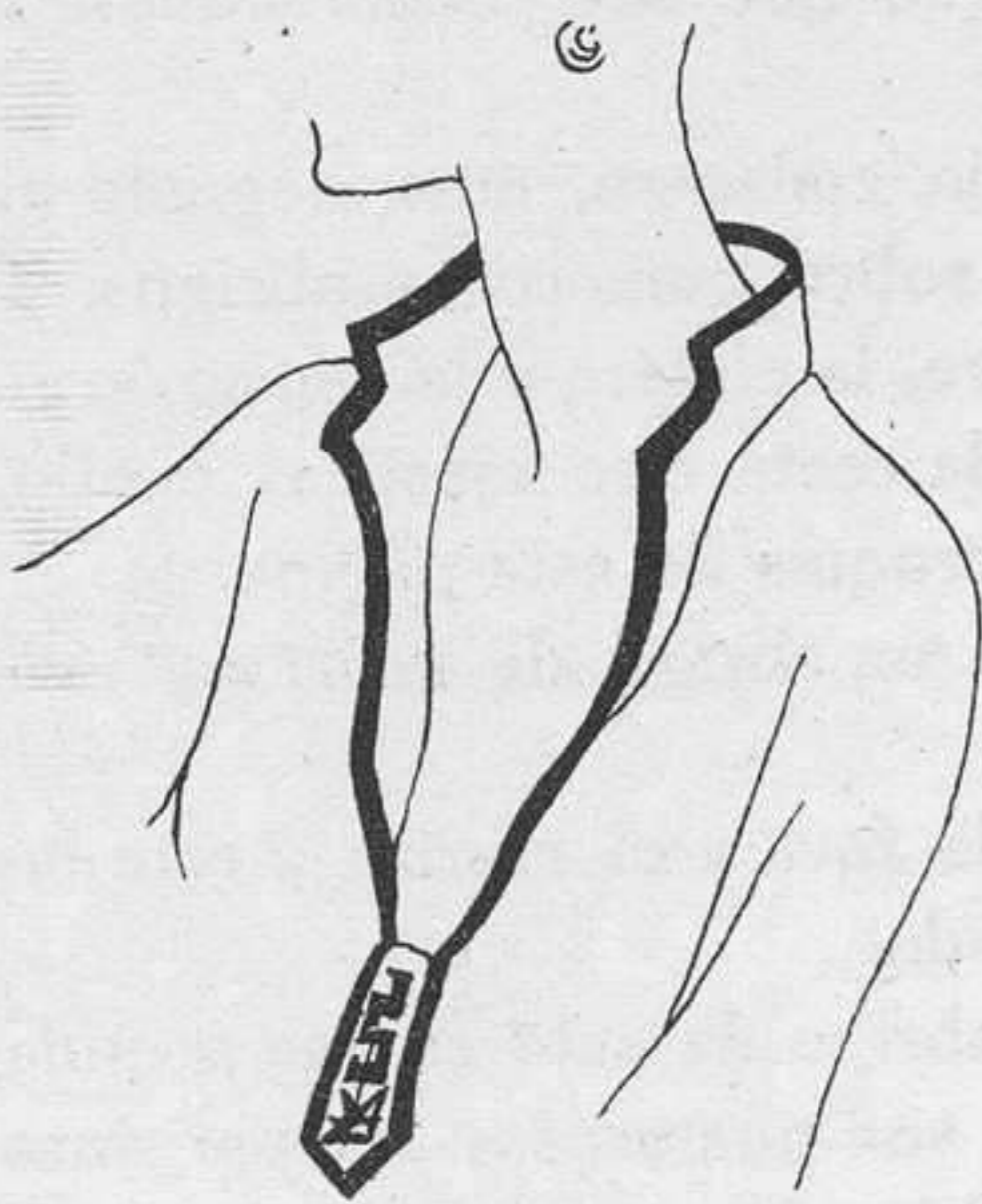
La solución mixta nos ha sido dada por ciertos modistas ingeniosos. Hacen un vestido escotado en redondo y le agregan un cuello recto independiente, formado por una cinta de terciopelo, por ejemplo, ribeteado de un plisado de tul o de una franja de plumas de avestruz de dos tonos. Este cuello se sujeta atrás con automáticos, y se pone y se quita a capricho. En realidad, lo que más se hace es quitarse, pues resulta bastante molesto. De esta manera podréis estar a la moda durante cinco minutos y a vuestro gusto todo el resto del tiempo. Esto, lo confieso, es preferible a aquello.

Mucho más nueva aún es la pequeña tirita recta, ancha, de dos centímetros escasos, que se hace casi siempre de cinta *gros grain*. Se cierra, ya atrás, por un botón de pasamanería, o, para hacerla más elegante, delante, por una lazadita plana. Mme. Charlotte, directora de *Premet*, apasionada de estas fantasías, ha hecho cosas encantadoras para la colección de entretiempo. Esta pequeña cinta no aprieta la garganta, pues forma un cuello más holgado, y su misma rigidez le permite sostenerse derecha. Lo reservamos para el invierno, pues en este momento todas mis preferencias van hacia los cuellos de crespón de China, de lino, de *georgette* o de muselina de seda blanca. Se hacen verdaderas preciosidades. El cuellecito «Claudina», con dos capas de muselina de seda, terminadas por un piquillo, es delicioso, lo mismo en los vestidos negros que en los blancos. Imprime en la *toilette* un sello impecable y pulcro y rejuvenece muchos vestidos del año pasado. Pero, ¡por Dios!, que sea fácil de quitar y... que esté siempre immaculado.

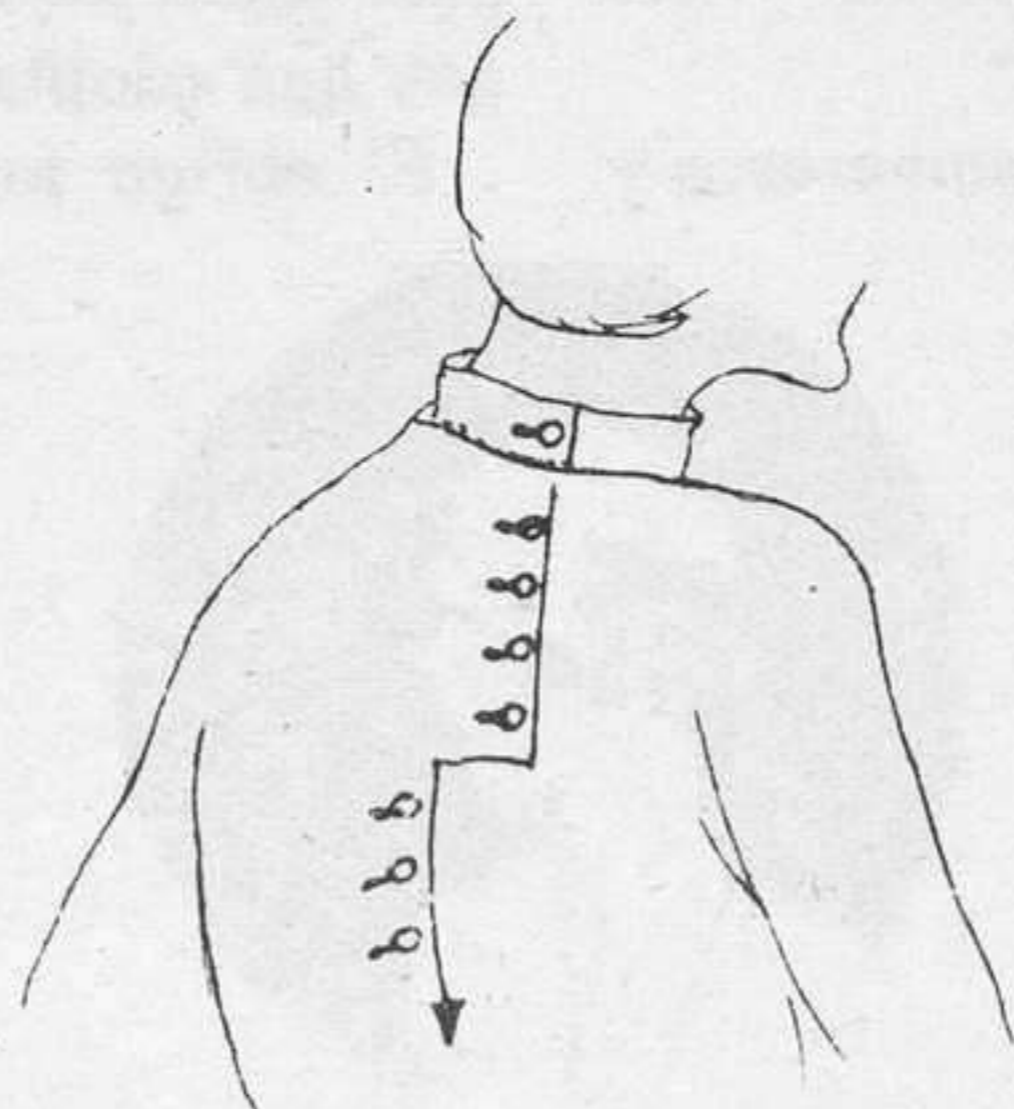


Este cuello es difícil de llevar. Recto por detrás, continúa por delante en una estrecha solapa que termina bajo una tira bordada.

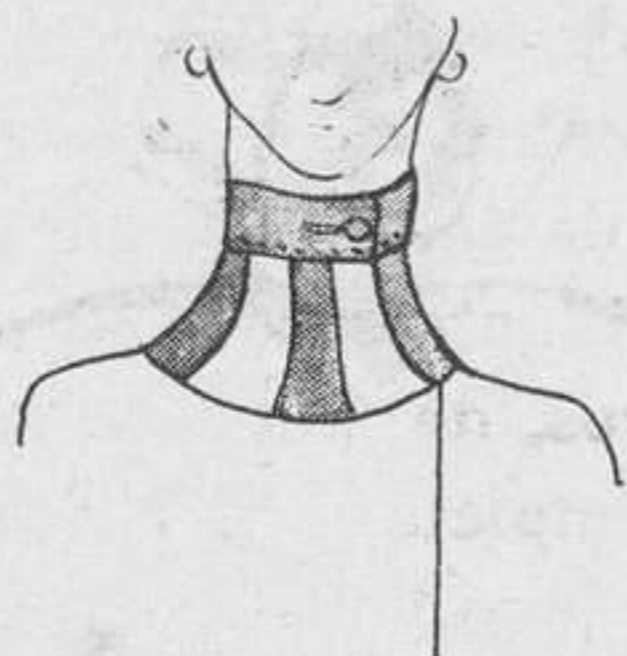
Cuello formado por una cinta de terciopelo negro, ribeteada, ya de una puntillita de «valenciennes» ocre, ya de tul plisado, o bien de plumas de avestruz. Se anuda atrás.



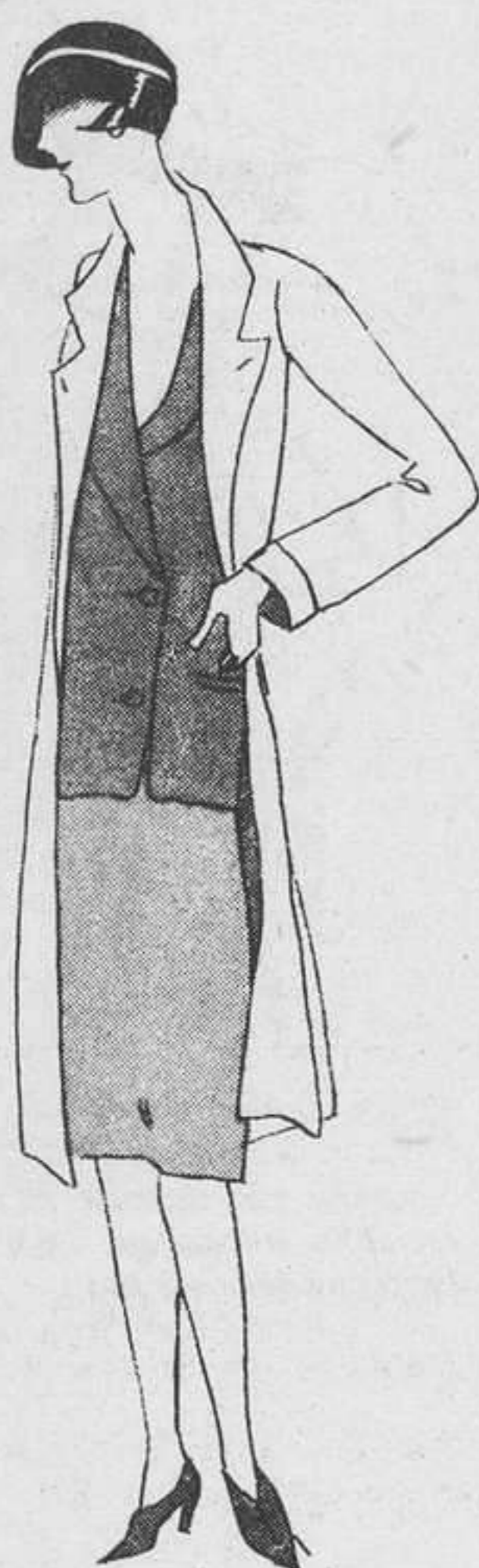
En estos últimos tiempos hemos visto en las casas de modas algunos modelos de cuellos rectos y estrechos. Este cuello completa el cierre original de un vestido de sarga o de paño.



de auto y de viaje



Cuello de «Jenny» en cuero plateado.



Falda de «vellaine» gris oscuro, chaqueta de «drapella» azul.



Es muy difícil encontrar un buen abrigo de auto que sea a la vez elegante y práctico. La forma de esta prenda, forzosamente sencilla, cae pronto en la vulgaridad si un pequeño detalle de corte, un esmero en la elección del tejido no manifiestan que proviene de una buena casa. Desde el primer momento, es preciso desterrar resueltamente la «levita», de la cual estamos cansados, y que, por otra parte, siendo estrecha

en extremo, se deforma muy fácilmente.

El abrigo de *sport* debe ser amplio, sin ser abultado, y por ello, los buenos sastres lo hacen frecuentemente con un canesú, ya en punta, ya cuadrado.

De este canesú parten canelones o tablas muy hondas, sujetas al talle bajo una tirita respunteada, o bajo grandes bolsillos pegados y abotonados.

Los respuntes son del mismo matiz del abrigo, y confieso mi preferencia por el forro igualmente adecuado.

Las solapas escocesas o de tonos distintos dan una impresión algo vulgar porque son de un efecto facilísimo y, además, porque están demasiado vistas en los grandes almacenes de novedades.

Preguntaréis: «¿Y el tejido?» Los hay numerosos y en extremo elegantes.

Patou ha hecho abrigos de auto, de una línea irreprochable, en cuero rojo o *bleu de Roi*, así como también con lanas inglesas, y anuncia que ha de emplear mucho estas últimas en el invierno.

En la casa *Jeanne Lanvin* he visto un gran empleo de *burafyl*, el tejido de *Rodier*, del cual existen múltiples dibujos y que permite mezclas graciosas.

De esta forma un abrigo de *burafyl*

liso que lleva canelones en *burafyl chevronné* resulta de una discreta originalidad.

Jenny ha imaginado forrar un abrigo de «duvetina» marrón en cuero dorado muy flexible, o más bien, en un tejido encerado que imite cuero.

El efecto es encantador, y se ha empleado mucho esta novedad durante algunos meses.

Lucien Lelong ha hecho un traje de deportes guarnecido de piel suntuosísimo, que ha cautivado a algunas mujeres elegantes. No creo que sea recomendable a las mujeres prácticas.

De uso facilísimo y, sin embargo, muy elegante el cuerpo plateado aparece sobre numerosos abrigos. Y en los cuellecitos de sastré, la cintura y las mangas.

Jenny agrega una banda recta que ajusta el cuello, como puede verse en el croquis de esta página.

El forro preferido para un abrigo de *sport* es, evidentemente, de piel.

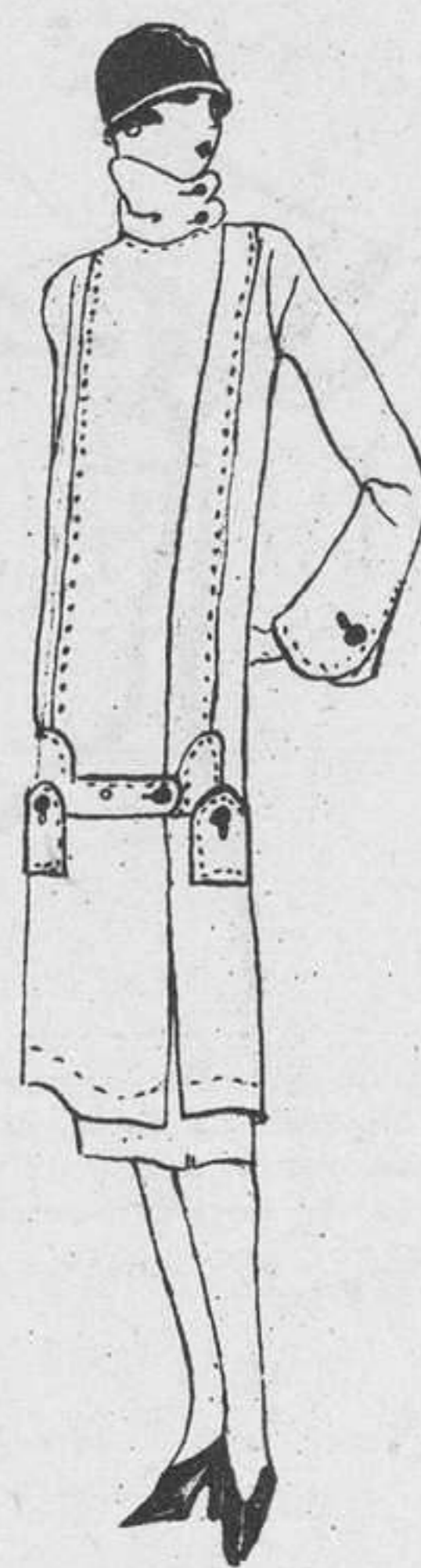
Empléase muchísimo la foca y el *castor*, y este invierno confirmará esta moda.

Sin embargo, como el abrigo de auto es una prenda para todas las estaciones, son numerosas las parisinas que han adoptado la combinación siguiente:

El abrigo forrado de *kasha* se coloca a voluntad sobre un *fourreau* de piel, sin mangas, independiente del abrigo.

El efecto es menos abultado y el conjunto más fácil de llevar en toda estación.

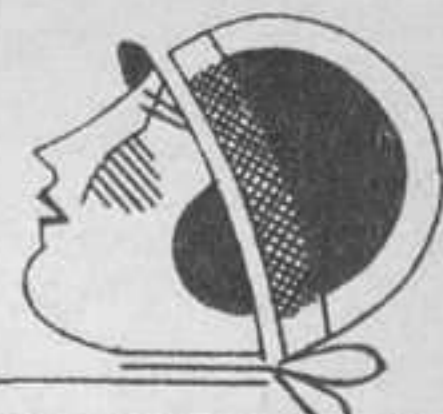
Inútil agregar, pues, que puede sustituirse la piel por un grueso punto de lana del matiz del abrigo. Un forro de este género, de quita y pon, es de un gran recurso para las largas excursiones.



Abrigo de cuero rojo con bolsillos abotonados. Pespuntes en seda del mismo tono.



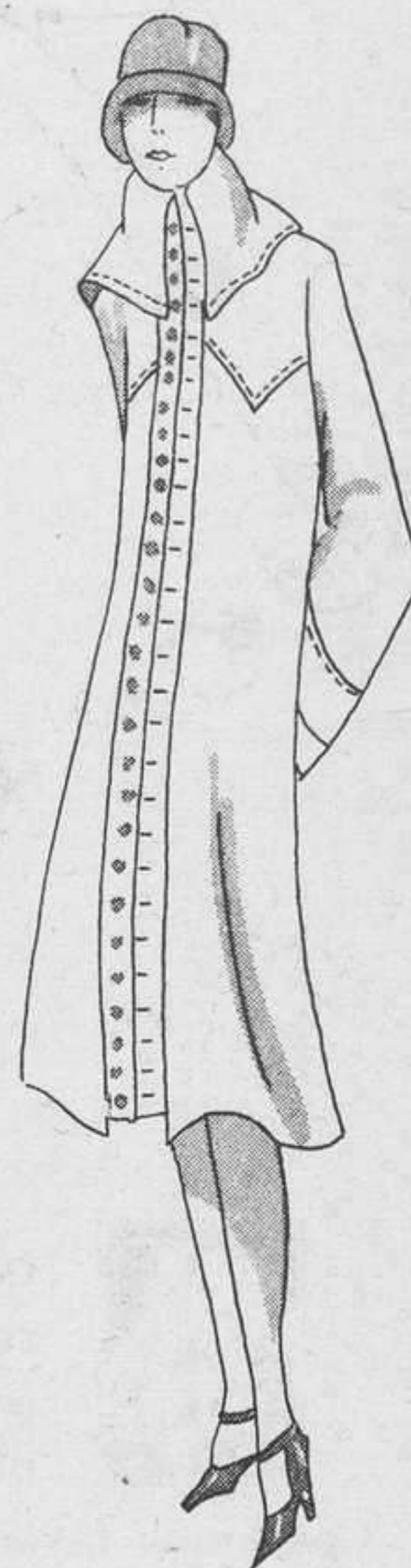
Sombrero de fieltro marrón, adornado con flores de cuero, con tonos amarillos y verdes.



Abrigo de auto, de tejido inglés.

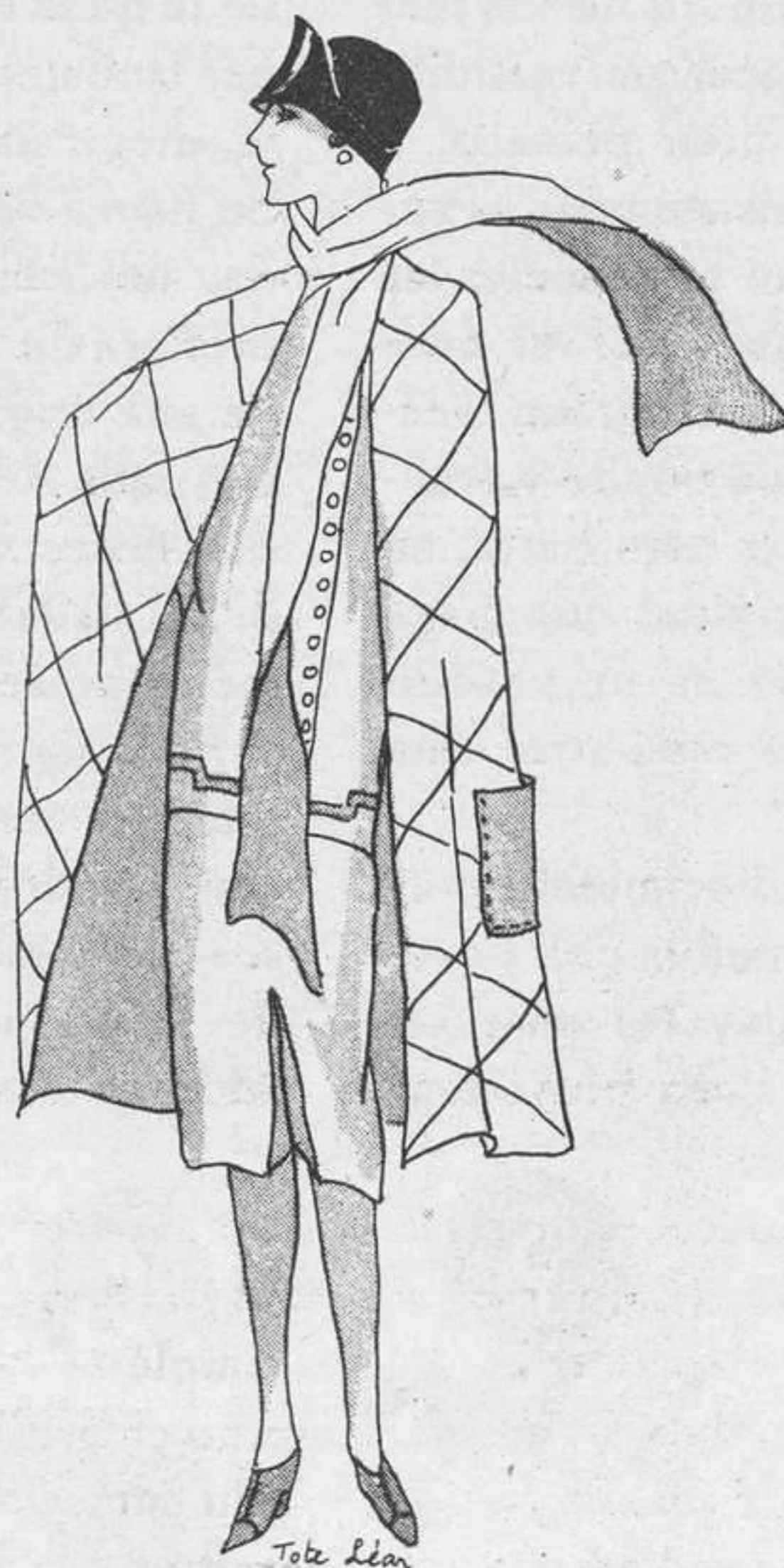
En esto también impera la moda de los *trois pieces*, y el traje de viaje o de auto se convierte fácilmente en un *quatre pieces*. Se compone entonces de un traje de sastre de forma clásica, de estilo *Norfolk*, o americana de hombre, bajo la cual, una blusa de crespón de China da una nota clara. Sobre este vestido se coloca, a voluntad, una gran capa «en forma» sujeta a los hombros, de modo que podamos envolvernos en ella completamente. Según mi opinión, nada más acertado que este conjunto; la capa puede ser, bien del mismo tejido del traje sastre, bien de un tejido escocés de anchos cuadros, cuidadosamente elegido. El efecto es muy elegante. La falda irá, naturalmente, a grandes tablas, y la blusa puede ser sustituida por un *sweater* de punto, bien abierto en punta, bien con un gran cuello.

El sombrero, de un fieltro flexible, será, naturalmente, de un matiz apropiado. Las medias de lana, *chinées* o de cuadros; los zapatos *Richelieu*, de piel de cocodrilo, y los guantes, de cuero curtido, con



Abrigo de cuero flexible abotonado de arriba abajo.

Amplia capa de lanilla escocesa, que se coloca a voluntad, ya sobre un vestido, ya sobre un traje de sastre, formando, entonces, un «4 pieces». Va sujeta alrededor del cuello con una «echarpe» que cruza y se echa hacia atrás.



Tote Léan



Los guantes de viaje son con manopla, pero siempre muy sencilla; el cuero curtido es el preferido, aunque el antilope lavable presenta grandes ventajas. Este se halla a veces adornado con un ligero dibujo perforado.

manopla. Es imposible no percibir la elegancia de una mujer vestida de este modo.

Desde hace algunas semanas, una tendencia nueva parece dibujarse, y observo en las viajeras elegantes una gran predilección por los trajes de dos matices netamente opuestos.

Así he visto una chaqueta azul marino sobre una falda gris oscuro; una chaqueta marrón acompañando una falda de *kasha* color natural.

¿Es esto una imitación de la moda

masculina, que nos ha mostrado numerosos pantalones *beige*, llevados con el chaqué negro en las carreras de *Auteuil* o de *Long-champs*?

Es, en todo caso, una idea nueva muy apropiada para el viaje y, hasta ahora, adoptada por mujeres muy elegantes.

Quizás sea una indicación para la moda de invierno, que esperamos con una gran impaciencia, y la que conoceremos dentro de unas semanas.



Sombrero flexible, de seda pespunteada, muy fácil de llevar en viaje e incluso de colocar en la maleta.



OS niños son siempre encantadores por su edad y por su gracia pueril. ¿Qué mamá no ha buscado maneras nuevas de vestirlos para que vayan al jardín a la hora de los juegos turbulentos? Fácil es hacer un vestidito de lujo y adornar una niña bien peinada, a quien recomendamos con insistencia: «Procura permanecer tranquila; no te ensucies las manos; no te arrugues el traje». Por el contrario, es difícil la tarea de hallar un vestido que sea a un mismo tiempo bonito y práctico, sencillo y elegante. Para esto basta, en algunos casos, una idea original que haga transformar un traje ordinario en un vestido maravilloso. Pero es preciso encontrar esta idea.

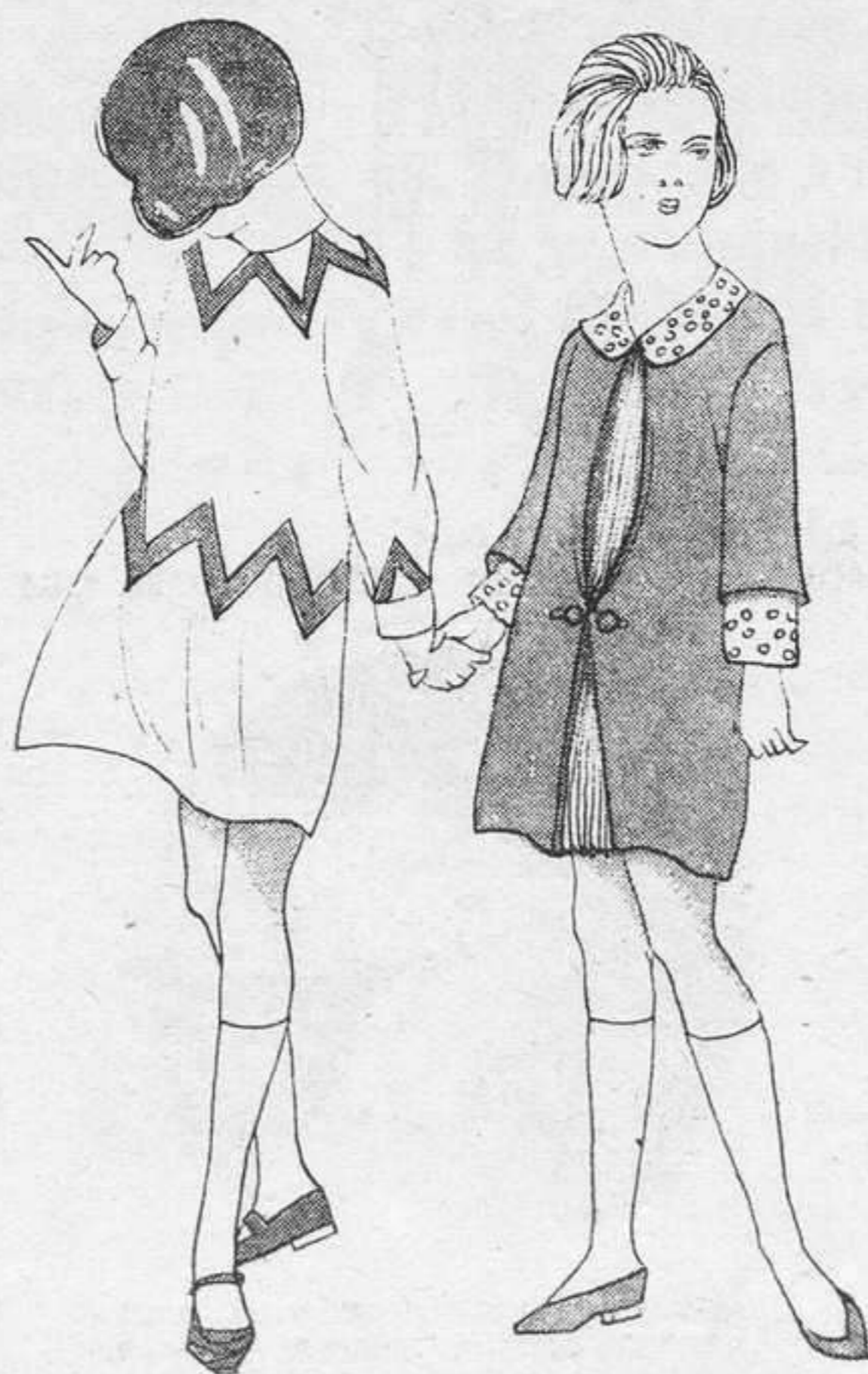
Acabo de ver, en un establecimiento muy elegante, vestidos confeccionados con bayetas que todas conocéis: esas bayetas amarillas atravesadas de listas rojas. Pues bien: esas listas están dispuestas de tal modo que forman un canesú redondo sobre los hombros y abajo una cenefa, y el conjunto ofrece un sello original y nuevo. La misma idea la he visto reproducida con pañuelos de aldeano, para niños pequeños, y el efecto era encantador. La cretona de los muebles, con dibujitos, también proporciona vestidos de jardín de una infi-

nita variedad. Esta cretona me gusta principalmente cuando se coloca sobre un pequeño camisolín blanco y se ribetea con un galón del color del dibujo. Este pequeñísimo detalle le quita el carácter banal que habría de tener fácilmente. Es indispensable, naturalmente, elegir un galón de algodón, fácil de lavar. Se hacen sombreritos, con el ala muy avanzada, del mismo tejido, a menos que se les prefiera de rafia. Son entonces muy ligeros y de una originalidad encantadora. Se bordean con rafia de varios colores para formar grandes flores y se forran de *toile* de seda. Es difícil hallar un sombrero más gracioso y que mejor preserve del sol.

Para los vestidos de *toile* de hilo o de *linon* el mejor adorno consiste en vainicas con algodón *perlé*. Los *filés tirés* son penosos de ejecutar, mientras que las vainicas de algodón *perlé*, rápidamente concluidas, adornan maravillosamente un vestido sencillo.

Conozco una mamá que ha hecho muchos vestiditos de este género, sobre los cuales se puede colocar, a capricho, una colección de casaquitas sin mangas de *toile* de hilo florida bordada o de cretona con dibujos. Ha conseguido así, con poco dinero, una gran variedad de vestidos.

Las vainicas bordadas forman sobre los vestiditos dibujos sencillísimos,



Dos vestidos adornados con vainicas. El primero es de «linon», plisado por delante; el segundo es de hilo azul, fuerte de color, con vainicas al cordoncillo blancas.

Vestido de «toile» de hilo rosa incrustado de tela roja, conforme a un dibujo de espiguilla, y pequeña capza de «jersey» azul, colocada sobre un vestido bordado a la inglesa.



bien si ligan el canesú al vestido, bien si imitan una pechera lisa cuadrada como las que nosotros tenemos en los vestidos de *toile* de seda. Veréis en esta página un delicioso vestidito de seda lavable, blanca, adornado con una larga pechera cuadrada, con plieguecitos que se sujetan con vainicas.

Están muy dentro de la moda los vestidos de céfiro o de *toile* de seda alistada, confeccionados con esos tejidos de camisa de hombre que recuerdan el vestido de las mamás. Se hacen muy sencillos, muy rectos, con dos bolsillitos que se abotonan sobre el vestidito, manteniendo plana la cintura o con un peto de *toile* de seda con las listas atravesadas. Otros, más sencillos todavía, están fruncidos en el escote por algunas hileras de frunces «panal» sujetas con una seda de color.

Si se quiere, puede sustituirse el vivo que ribetea el escote por una cinta recta bastante estrecha, sujeta delante con la ayuda de un cordón y dos borlas. Se repite el mismo cierre dos o tres veces a lo largo de la abertura, y ello solo constituye una graciosa coquetería. No lleva mangas, o, si acaso, pequeños «faroles» muy breves.

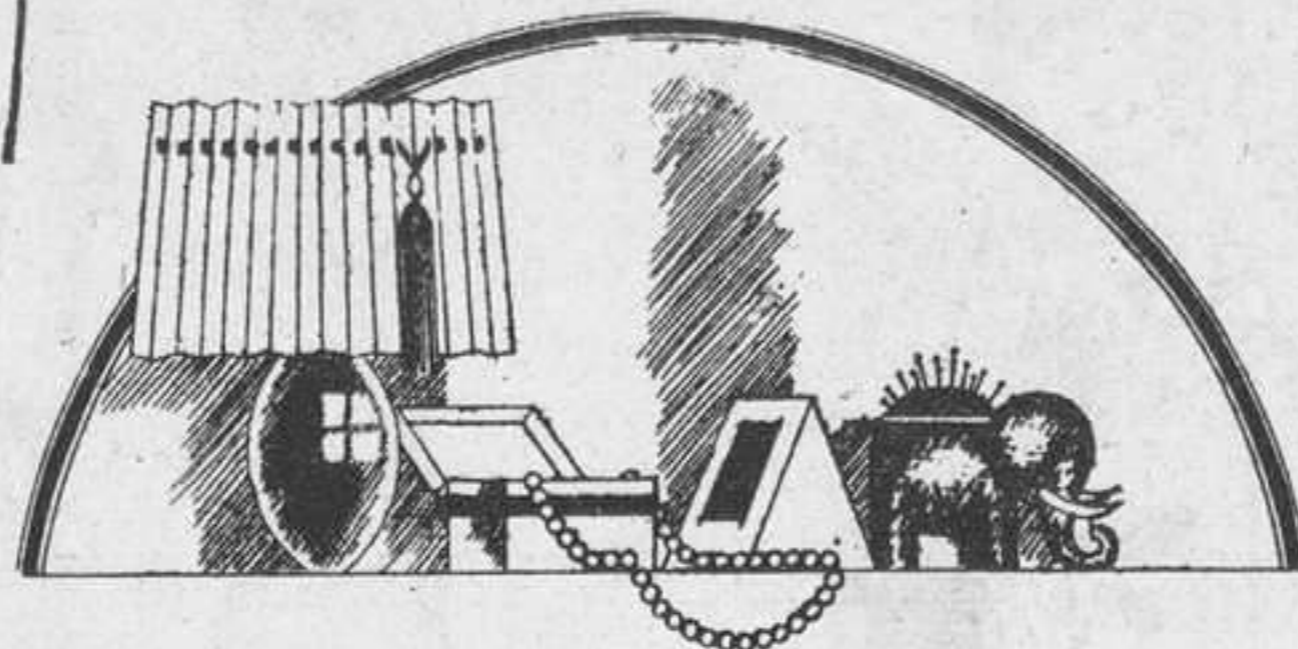
Para los días frescos, fuera del clásico gabancito de punto, he visto admirables abrigos de cretona antigua, respunteada y con «guatina», como los que usaron en otros tiempos ciertas viejas campesinas de Bretaña o de Arlés. Son de una elegancia encantadora y muy juveniles. Se les ribetea en color y se abren por los lados hasta la mitad, para facilitar los movimientos. Es necesario recordar en la elección de un vestido de niño, que la turbulencia es lo característico en esta edad y que nunca debe vestirse a los niños con prendas molestas. ¿Quién no ha compadecido a ciertos niños encantadores cuyos abrigos eran la copia de los de sus mamás, niños que ofrecían un lamentable aspecto de opresión y violencia? Dejemos correr libremente a nuestros hijos. Ya tendrán tiempo más adelante de sufrir los pequeños suplicios que nos inflige nuestra coquetería.



Abrigo corto de cretona con «guatina» respunteada, y sombrero de rafia bordado. Al lado, un delantal de bayeta amarilla con orla roja.

Delantal de «linon» blanco. Sobre el canesú y sobre un bolsillo se han colocado rosas recortadas en «toile de Jouy». Al lado, delantal de «toile» azul fuerte, ribeteado de azul marino

El peinado



UCHO se ha escrito y discutido sobre los cabellos cortos. Hoy día no existe duda con relación a esta moda que, lejos de disminuir, se extiende cada vez más, debido a numerosas y excelentes razones. En primer lugar, las mujeres que llevan el pelo cortado experimentan una comodidad tan grande que nunca consentirían en dejarlo crecer. Y si a esto, en último caso, se decidieran, confesaremos que hay luego un período tan molesto y desagradable, que volverían a cortárselos inmediatamente.

Aunque la cuestión se halla perfectamente resuelta, éste es un asunto delicado. Hay tantas maneras de arreglar los cabellos cortos como los largos, y conviene elegir un corte apropiado que favorezca visiblemente la belleza de cada una. En esta duda, os aconsejo primeramente que sometáis vuestro rostro a un detenido examen ante un consejero mudo: el espejo.

No busquéis entonces vuestras perfecciones físicas —siempre las encontraríais fácilmente—, sino los defectos, las pequeñas imperfecciones que deseáis disimular. Obrando de este modo estaréis en condiciones propicias para aprovechar los

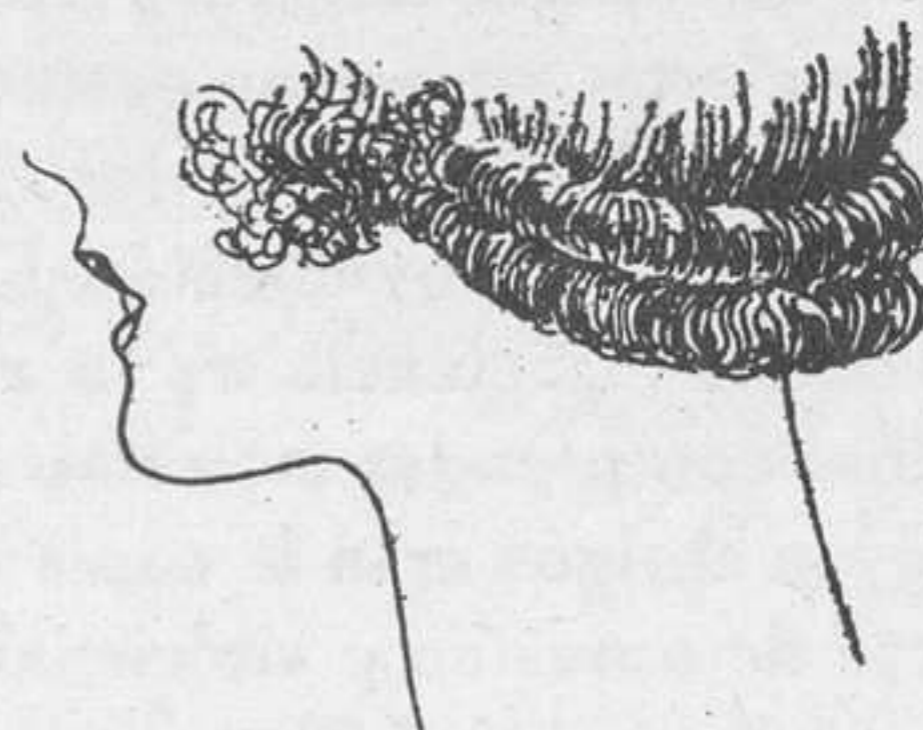
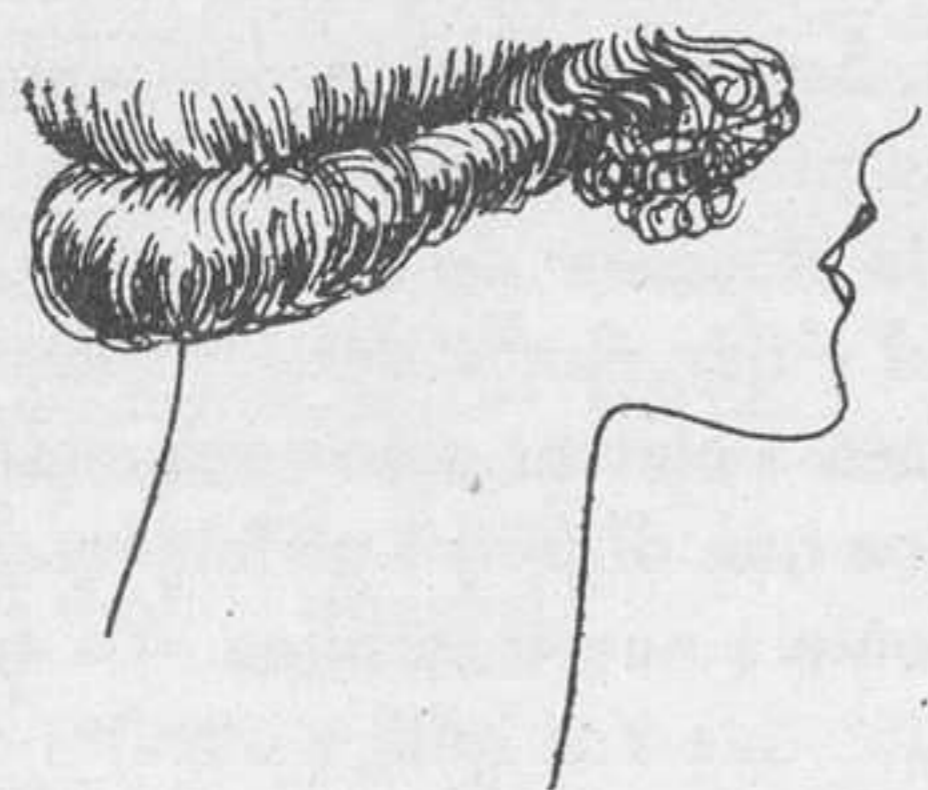
derablemente; pero deseosos de introducir alguna novedad, ahora se cortan los cabellos en redondo con el fin de dejar la oreja completamente descubierta.»

Antoine nos explica después que esta onda puede ser colocada a diferente altura, según el rostro. Los pómulos salientes reclaman una onda elevada, en tanto

que la línea de la barba, si es alargada, exige la onda muy baja. En la nuca, el pelo queda muy corto, formando una punta que afina el cuello.

Pero, ¿qué peinado llevaremos con los vestidos de noche? Confieso que hasta ahora apenas si he visto esos moños bajos que todas las mujeres se han comprado... pero que todas conservan aún en el cajón de la mesa tocador. En el invierno, quizás se vean más, en el teatro o en el baile. En cambio, las recientes fiestas de París han

vuelto a poner en boga la diadema. Se ha dado a beneficio de una obra de caridad un «baile de las diademas», de una elegancia insuperable. Al lado de las jo-



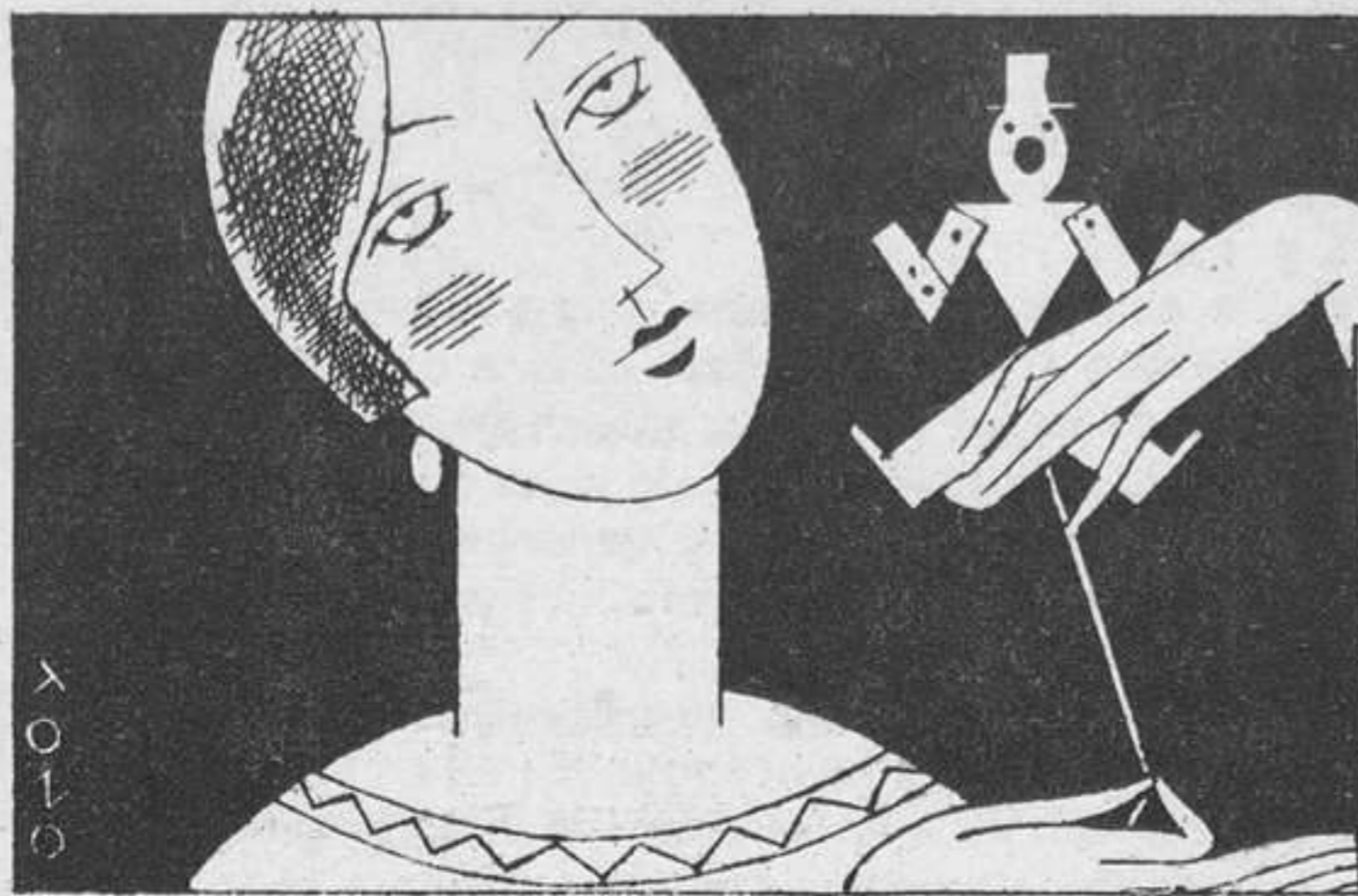
consejos que me ha dado Antoine, el gran peluquero parisién, que es un verdadero artista.

«Primeramente —me ha dicho Antoine— aconsejad la sinceridad a las mujeres. Muchas estarían más bonitas con los cabellos oscuros que con el pelo teñido. Un rostro cansado reclama la dulzura de unos cabellos blancos, del mismo modo que unos ojos fatigados precisan la sombra de un mechón ondulado o de un ligero flequillo. La frente completamente descubierta sienta sobre todo a las mujeres muy inteligentes que poseen una viva luz en la mirada.

»Se ha querido lanzar la moda de los cabellos echados hacia atrás, pero se ha reconocido prontamente que era muy difícil llevarlos. Hacían demasiado hombruna a la mujer y formaban además un contraste poco menos que ridículo con los vestidos de muselina de seda. Hemos vuelto nuevamente a los cabellos ligeramente ondulados y a la onda que afina el rostro consi-

derablemente, sacadas por este motivo, se han visto tiras de seda japonesa ribeteadas de perlas, cintas recamadas completamente trabajadas en strass y preciosas peinetas redondas que sujetaban atrás los cabellos. Los peines de onix y brillantes, o de concha y oro, son de una línea sencilla y tenue; pero, por su materia, de una gran suntuosidad. Sientan perfectamente con las bellas toilettes de noche y con las capas de lamé de oro.





MONINA

NOVELA

POR

GYP

I



A marquesa de Bracieux trabajaba para sus pobres. Clavó en el ovillo de gruesa lana su enorme ganchillo, de dorada concha, y, colocándole sobre sus rodillas, alzó la cabeza hacia su sobrino Juan de Blaye:

—¡Juan! ¿Qué miras con tanto interés? Te estás aplastando la nariz contra el cristal, lo mismo que cuando eras pequeñito... e insoportable.

Juan de Blaye levantó rápido la frente, que apoyaba en el vidrio de la ventana, y respondió con cierta vacilación:

—¿Yo?... Nada, tía... Nada absolutamente...

—¿Nada absolutamente?... Pues miras esa nada con mucha atención...

—No le crea usted, abuela —dijo la señora de Rueille, con su voz grave y agradable—; espera siempre la aparición de algún coche de punto por el recodo de la avenida.

La marquesa preguntó:

—¿Espera a alguien?

La señora de Rueille explicó, riendo:

—No; pero un coche de punto, aunque sea un simón de Pont-sur-Loire, le recordaría París, como dice en broma Bertrada.

Juan murmuró sin moverse:

—¡Oh!... No llega a tanto mi afición a París.

La señora de Rueille le observó asombrada, y volviéndose hacia su abuela:

—¡Hasta parece que es sincero!

—Sincero, pero abstraído —puntualizó la marquesa. Y dirigiéndose a un joven abate que jugaba a la lotería con los niños de Rueille, le preguntó—: Señor abate, ¿pasa algo interesante en la terraza?

Y el abate, sentado de espaldas al ventanal, miró hacia atrás por encima del hombro, y respondió:

—No veo nada interesante, señora marquesa.

—Nada... —afirmó Juan.

Y quitándose de la ventana fué a sentarse en el diván. Uno de los niños de Rueille, desentendiéndose de los cartones de lotería y dejando al abate repetir los números con una paciencia inalterable, se encaramó a una silla, y gesticulando parecía hacer señas a alguien por la ventana.

La abuela, intrigada, preguntó:

—Marcelito, ¿a quién haces esas horribles muecas?

—A Monina —dice el niño—; está allí cogiendo flores...

—¿Hace mucho que está ahí?

El abate intervino:

—Diez minutos o un cuarto de hora, señora marquesa.

—¿Y le parece a usted que Monina no es algo interesante que mirar? —exclamó la anciana—. Es usted difícil de complacer, señor abate.

El abate Courteil, recién llegado a la casa e increíblemente tímido, enrojeció desde el alzacuello a la raíz de sus cabellos, de un rubio pálido, y balbució azorado:

—¡Dios mío, señora marquesa!... Creí que al preguntarme si pasaba en la terraza algo interesante... usted quería decir alguna cosa... extraordinaria... y no pensaba que la presencia de la señorita Mon..., de la señorita Dionisia quiero decir..., que todos los días, a estas horas, coge ahí flores para sus canastillas..., pudiera considerarse como...

La frase terminó de manera ininteligible, mientras el abate, desatinado, removía los números en una bolsa.

—¡Pobre abate! —dijo muy quedo Bertrada de Rueille—. Usted le aturde, abuela.

—¡No!... ¡No!... no le aturdo. Tú exageras, niña.

Y después de un momento de reflexión, la señora de Bracieux continuó:

—¡Ni que fuera ciego ese muchacho!

—¿Qué muchacho?

—Tu abate, ¡caramba!... ¡Da unas respuestas estúpidas!...

—Pero, abuela...

—¡Nunca hubiese creído que un hombre pudiera ver a Monina enredando entre las flores sin encontrarla interesante!... ¡Nunca!

—Un hombre, sí. Pero el abate no es precisamente un hombre...

—¡Ah! ¿Qué es, pues?

—¡Vaya!... Un cura no es...

—No es un hombre que deba hacer tonterías, no. Por lo menos, así lo creo. Pero por muy abate que sea, tiene ojos, aunque se opusiera el diablo, y me concederás que si no tiene ojos de hombre, los tendrá siquiera de mujer... ¿Le permites a tu abate tener ojos de mujer?...

—Pero, abuela; le permito tener los ojos que quiera...

—Muy bien. Pues si una mujer mira a Monina, nota que es deliciosa y que da gusto verla, ¿por qué un abate no ha de notar lo?...

—Usted no quiere bien a este pobre abate.

—¡Oh! Yo, sabes, encuentro que los curas están hechos para las iglesias y no para las casas... Fuera de esto, le quiero como a los demás curas... Le quiero negativamente..., le respeto.

Bertrada se echó a reír y dijo con voz acariciante:

—No lo parece; le desconcierta usted a cada momento...

—Le desconcierto como a todos vosotros.

—Sí; pero nosotros estamos acostumbrados; mientras que él...

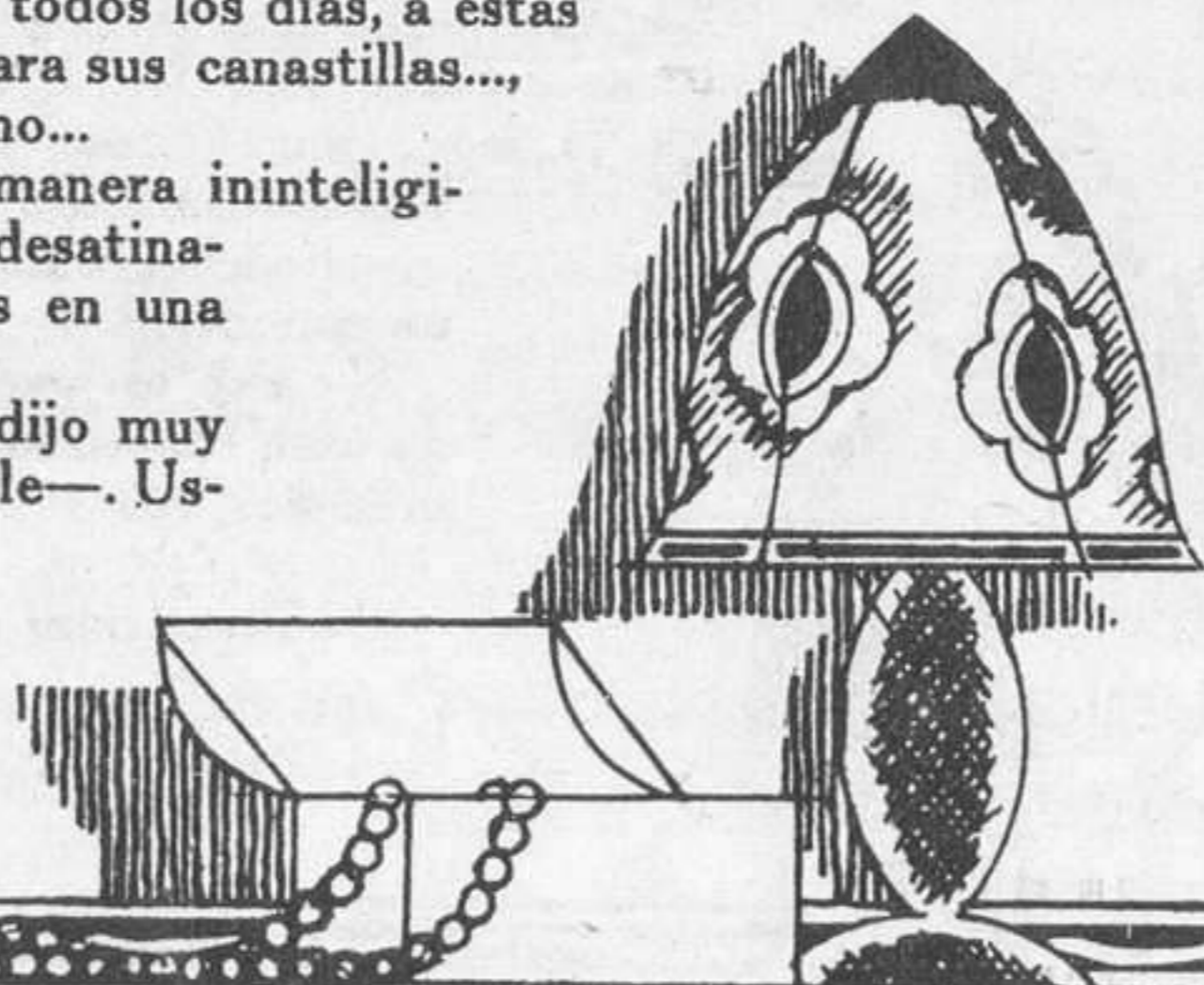
—Bueno, no le desconcertaré más; me contendré. Pero no puedes imaginarte hasta qué punto me fastidia. A mí, tan enamorada del hablar claro... ¡Vaya una idea chusca la tuya, tomar un abate para tus niños!...

—Ha sido Pablo. Para él es muy importante que los niños se eduquen con un sacerdote, por lo menos al principio. Es muy religioso.

—Yo también soy muy religiosa. Por eso mismo no tendría nunca un cura como preceptor. Si es un hombre inteligente, acaparamos su inteligencia para que aproveche a uno, a dos, a varios niños, un número reducido, cuando su verdadero destino sería dirigir un rebaño, perdonar, instruir, aliviar a otros seres que generalmente lo necesitan más que nosotros... Y si es un imbécil, se dedica a deformar a conciencia la pequeña mente que se le confía. Tanto en uno como en otro caso sois responsables del mal que hacéis o del bien que impedís hacer. ¡Bueno! Déjame ver a Monina; eso me divertirá más que hablar de tu abate.

Y la marquesa indicó a su nieta que entraba, semejante a una viviente canastilla de flores.

Dionisia de Courtaix, conocida por Monina, era una maravillosa criaturilla, esbelta y fina, aunque sembrada de graciosos hoyuelos, con grandes ojos violeta, profundos y limpidos; nariz recta, apenas levantada por la punta; boca pequeña, muy encarnada, de labios alegremente reman-gados, que dejaban ver los dientes diminutos, de un blanco lechoso. Los cabellos, suaves y sedosos, eran de ese rubio ceniciento, hoy ya casi perdido. Sus orejas, pequeñas, tenían reflejos de nácar dorado, reflejos que volvían a encontrarse, no solamente en las mejillas, sino en la frente, en el cuello, en las manos, iluminando con grandes fulgores rosados toda su piel. Las cejas cortaban con una línea finísima, casi negra y apenas interrumpida, la frente inteligente y



pura; ellas solamente indicaban cómo en este pequeño ser, tan lindo y delicado, pudiera alojarse una voluntad. Monina, que representaba quince o diez y seis años, era desde ocho días antes mayor de edad; pero de toda su persona, perfecta y chiquita, se desprendía un perfume de infancia y de candor. Su gracia, sin embargo, muy penetrante, muy sutil, era ya de mujer, y este contraste hacía a Monina turbulenta y rara. Y así enloquecía a los hombres, gustaba a las mujeres y se hacía adorar de todos.

Al entrar en el *hall*, toda rosa en el cendal de su rosado traje de muselina, con una especie de azafate rebotante de rosas, suspendido del cuello con cintas rosas también, todos la rodearon, gozosos de la alegría que entraba con ella en la gran sala, algo vacía antes de su llegada.

Pablo de Rueille, que jugaba al billar con su cuñado Enrique de Bracieux, vino a pedir una rosa del cestillo, mientras Enrique, detrás de él, tomaba una sin pedirla. Los pequeños de Rueille, abandonando al abate, que continuaba anunciando con monótono soniquete los números de la lotería, se escurrieron de un salto hacia la joven, colgándose ambos de ella. Su madre los llamó:

—¡Vamos! Dejad tranquila a Monina, hijos míos. ¡La abrumáis!

—¡Robertol... ¡Marcelol... ¡Venid aquí! —dijo el abate levantándose.

Monina protestó.

—¡No, no, déjenlos! Si me gusta tenerlos a mi lado.

Descolgóse del cuello el azafate y fué a dejarlo encima de la mesa de billar. De pronto se detuvo.

—¡Ah, no! Hay que respetar las carambolas.

Enrique de Bracieux murmuró, casi enternecido:

—Qué alhaja... Está en todo.

—Ven a abrazarme, Monina... —llamó la marquesa.

Dionisia colocó su cestito en un diván, escogió una rosa muy abierta y corrió hacia su abuela, abrazándola varias veces seguidas con mimos de niña. Luego, ofreciendo su rosa:

—Toma; es la más bonita.

Hablaba fuerte, con cierta retumbancia; pero su voz era joven y clara, articulada con admirable limpieza.

—¿No has visto a Pedrito? —preguntó la marquesa.

—¿Pedrito?... —repuso Monina, que parecía hacer memoria—. Sí; le he visto. Y hasta ha venido un rato a ayudarme a cortar las flores. Luego se fué a buscar a su padre, que está de conejos en el bosquecillo.

—Hubiera debido sospecharlo. No hace nada ese niño.

—¡Pero, abuela..., si está en vacaciones!...

—¡En vacaciones..., como tú quieras!... Pero no es menos cierto que si le han buscado un profesor auxiliar es, me parece a mí, para que trabaje.

—Pero hace falta que descansen de cuando en cuando el pobre Pedrito. Y su maestro también.

—No hace otra cosa... En fin, si mi hermano lo sabe y así le conviene...

—Le conviene hoy, sin duda, pues él es quien les ha dicho que fueran a buscarle al bosque.

—¿Quién «les» ha dicho?...

Y la anciana preguntó con picardía:

—¡Ah!... ¿También el auxiliar cogía rosas?...

—Sí... —contestó Dionisia con su agradable y cándida sonrisa, sin fijarse en la entonación burlona de su abuela—, también él cogía rosas...

La marquesa replicó, señalando a un buen mozo que entraba en aquel momento:

—Eso le divertía probablemente más que tirar a los conejos, pues si ha ido al bosque a reunirse con tu tío, no ha estado mucho tiempo con él.

—¡Pues es verdad! —exclamó la joven, asombrada.

Y dejando a su abuela, salió al encuentro del recién llegado.

—¿No ha encontrado usted a mi tío, señor Giraud?

Este se puso muy colorado.

—Sí, señorita, sí. Hemos encontrado al señor Jonzac..., sólo que yo... yo he tenido que volver para corregir los ejercicios de Pedro...

Quiriendo explicar, sin duda, su entrada en el *hall*, continuó, un poco azorado:

—Y... venía a ver si me había dejado aquí mis libros..., Creía... pero no los veo...

Cuando salía, sin dejar de mirar a Monina, la marquesa, indulgente y divertida, le llamó:

—¿No se queda usted a fumar aquí, señor Giraud?... ¿Es tan urgente la corrección de esos ejercicios?...

—No, señora —repuso vivamente el auxiliar, volviendo sobre sus pasos—, no hay prisa ninguna.

La anciana se inclinó hacia la señora de Rueille, que, silenciosa, trabajaba en una admirable tapicería, y la dijo sonriente:

—Este no es como el abate...

Bertrada levantó su bonita cabeza y respondió muy seria:

—No.

—¡Parece que lo sientes!

—Todo lo que puedo.

—¿Y por qué?

—Porque este buen muchacho, que ha venido a nuestra casa alegre como un pajarillo hace quince días, y que se ha hecho querer de todos nosotros, saldrá de aquí triste y desgraciado..., con el corazón lleno de pena o de odio.

—¡Oh!... ¡Tú te pones siempre en lo peor! Encuentra en Monina un encanto..., la admira..., le agrada estar a su lado... Nada más.

—Bien sabe usted, abuela, que Monina es adorable, y tan atrayente, que todos se prendan de ella.

La marquesa señaló a su sobrino de Blaye, quien desde que se separó de la ventana parecía extraño a todo lo que pasaba a su alrededor, y dijo casi con rabia:

—¡Todos!... ¡No todos! Mira Juan, tan ciego como tu abate.

Con rostro impasible, inmóvil en su gran sillón, Juan de Blaye parecía soñar, puesta la mirada en lo infinito. La joven le miró y repuso:

—Tengo miedo de que no sea tan ciego...

—¡Bah! —añade la señora de Bracieux, encantada—.

¿Crees tú que Monina podría interesar a Juan... lo bastante para distraerle, al menos por algún tiempo, de sus galanteos, de sus caballos, de sus teatros, de su vida estúpida?... ¿Tú lo crees?

—¡Lo creo!

—¿Desde cuándo?

—Desde hace un instante. Cuando nos ha dicho con tal convicción «que no llegaba a tanto su afición a París», he comprendido que decía la verdad. Y en seguida me he preguntado qué es lo que ha podido hacerle olvidar; he buscado y... he hallado...

—¿Monina?

—Justamente.

—Tanto mejor, si es así. Pero a mí no me parece... No se ocupa de ella...

—Cuando se le ve, no.

—Le encuentro triste... preocupado...

—¡No lo estaría tanto!... ¡Juan no es de los que hacen las cosas a medias! Cuando ame —y esto en el caso mejor— lo hará violentamente; y si ama violentamente a Monina o se da cuenta de que acabará por amarla, nada le divertirá, porque por muchas ganas que tenga, no puede casarse con ella. ¿No es verdad? No sólo es primo suyo, sino que además carece de la fortuna necesaria...

—Tiene quinientos mil francos, próximamente... Monina doscientos; a los que yo añadiré cien. Son trescientos... Total, entre los dos ochocientos mil francos...

—¿Y ha pensado usted nunca en Monina con veinticuatro mil francos de renta?

—¡No! Bien sé que ella lo encontraría muy suficiente. Ella —suele decirse así; pero esta vez, nada más cierto— se hace sus ropas. Es industriosa y dispuesta. Entiende como nadie el manejo de una casa. Desde cuatro años ella lo dirige todo, aquí y en París... Pero soy yo quien no puede hacerse a la idea de verla llevar una existencia mediocre..., y la suya lo sería de veras... ¡Con tal, Dios mío, que no se enamore de Juan!

—¡Oh! No lo creo.

—¡Es que encanta, el muy brutal!... ¡Y parece muy afortunado!

—¡Muchol... Pero Monina está tan adulada, tan rodeada, tan adorada, que no le queda tiempo de amar a su vez.

—¡Y luego es tan niña!

Y la marquesa contempló a su nieta con infinita ternura.

De pie, al lado del billar, Monina observaba la partida, riendo y dando broma a los jugadores. A pocos pasos de ella, el joven profesor, inmóvil, la contemplaba extasiado.

De pronto Juan de Blaye se levantó bruscamente, como enojado, y se dirigió hacia la puerta que conducía a la escalinata.

—¡Espera!... —le gritó Dionisia—. ¡Espera que te dé una rosa!...

Se acercó a la canastilla y tomó una amarilla, entreabierto apenas, que colocó en el ojal de su primo.

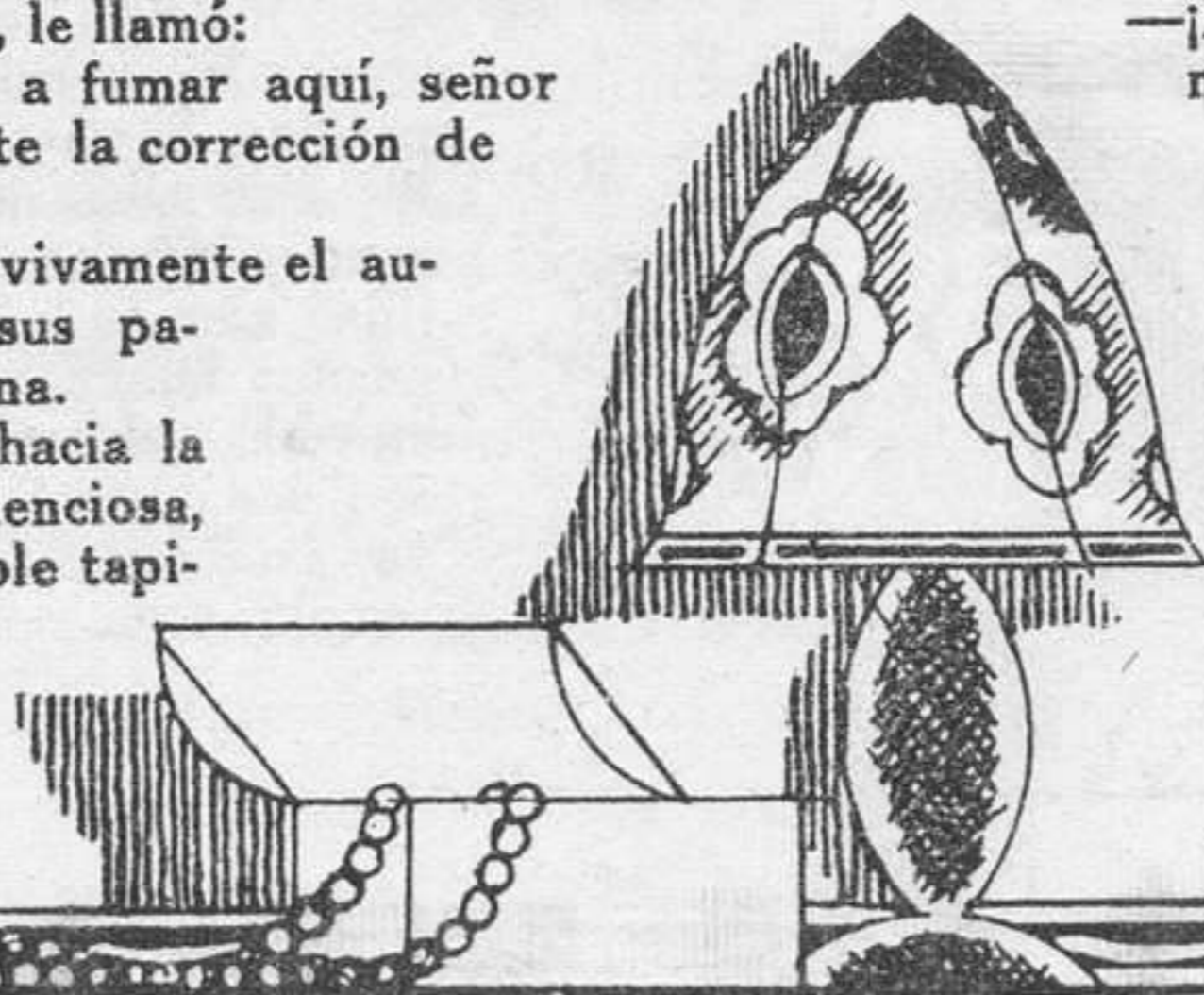
—¡Así! —dijo apartándose de él, satisfecha. Estás muy guapo así.

Luego, acercándose al auxiliar, dijo mimosa y deliciosamente coqueta:

—Señor Giraud, ¿quiere usted también un capullito?

Y como el joven, sobrecogido, temblando casi, intentase, sin conseguirlo, colocar la flor, ella se la quitó suavemente.

(Continuará en el número próximo.)





Los niños auténticos

La madurez no puede manosear lo infantil sin dejar en ello toques huellas digitales



¿CONOCÉIS literatura, en general, más falsa, más afectada que la literatura sobre temas infantiles o con personajes infantiles? ¿Qué madre sensible, qué padre atento no ha protestado de esa «candidez» falsificada, de esas agudezas zangolotinas con que escritores, a distancia planetaria del alma infantil, pretenden crear niños de ficción? Literatura odiosa, por lo mismo que el tema es tan inefable. ¿Se le ha ocurrido a alguien recoger y publicar verdaderos, auténticos gestos infantiles? Quizás. En todo caso, nosotros no tenemos noticia de ello (1). Y he aquí la idea de esta sección: **Los niños auténticos**. Sin duda hay niños planos y borrosos cuyo dinamismo se consume en grises travesuras de serie. En cambio, hay oriaturas extraordinarias, que a igual distancia del nefasto niño prodigio y del acecinado corazón adulto, tienen el alma florida y llena de gracia.

Propios o ajenos, todos tenemos niños más o menos cerca —todos, digo; y si hay quien los huye, peor para él— y todos sabemos que casi cada día, en cada casa donde bulle la pujante vitalidad de los niños, hay una ocurrencia, una frase, una actitud infantil, capaz de interesarnos, de conmovernos o de divertirnos.

Pues esa frase, esa ocurrencia, esa actitud, merecen publicarse para encanto de todos. Y, por eso, invitamos a las madres principalmente, pero también a todos los demás, a que nos envíen sin comentario, sin literatura, copia escueta, lo más exacta, directa y desnuda posible, de esos gestos infantiles *auténticos*, tomados de verdad del natural, que en esto es insuperable, inimitable e inconfundible.

Sobre todo huid de la *colaboración*. A veces os parecerá que un retoque mejora, matiza el rasgo infantil; y lo que hace es poner una sombra en la viva luz de la espontaneidad. No cabe colaborar con los niños sin serlo, como no cabe, sin serlo, aparentarlo. Por eso el título de esta página se ha completado con una frase que, sintetizando la idea, recuerde siempre a quienes honren la sección con sus envíos de rasgos infantiles, lo indispensable de transcribirlos en toda su original desnudez.

Los «rasgos» podrán publicarse a voluntad de quienes los envíen, con nombre y apéllido del niño o con el nombre solo. El remitente podrá firmar con su nombre o con seudónimo.

Sean ejemplo unas muestras, de cuya autenticidad no dudará nadie, por desafortunada que sea la transcripción.

Satur (cuatro años y medio) vino a buscar a su madre, y entregándole un lápiz viejo —supremo tesoro—, le dijo:

—Toma; te regalo este lápiz.

Días después había abusado Satur de las diabluras y su madre le castigó a no tomar postre en la cena.

Largo rato más tarde se lo encontró en un rincón, con los ojos húmedos y manifiestamente *picado*.

—¿Qué te pasa, hombre?

—¡Te regalé un lápiz y me castigas!

□ □ □

Unos meses más tarde, Satur va con su padre en auto por el Bois de Boulogne, en París. Cerca del hipódromo de Auteuil están los automóviles especiales que allí emplean para transportar los caballos de carreras.

—Mira; esos autos tan grandes son para llevar los caballos.

—¿Para los caballos?

—Sí, van dentro; como nosotros vamos en este auto.

—Pero entonces —dice Satur—, entonces serán caballos nuevos...

(El concepto es tan verdaderamente infantil que el padre de Satur no comprendió al pronto que *caballos nuevos* eran para el niño caballos *sin estrenar*, caballos aún no en uso, porque los caballos usados son para tirar y no para ir en coche... ¿Quién es el escritor *infantilista* capaz de encontrar tan lógica reflexión a través de las deformaciones que la vida pone en nuestro espíritu?)

□ □ □

Había de postre varias chucherías no habituales. Y como «papá» dijera que le gustaban, «mamá» dijo:

—Me alegro, para traértelas siempre que tenga ocasión.

—¿Y para mí? —dice Rafa (siete años).

—Todo lo que tengamos lo repartiré siempre con mis hijos —dice «mamá» con solemnidad cariñosa.

Mucho después, cuando se había hablado de mil cosas diferentes, Satur se dirige a su madre con gesto misterioso, en voz baja:

—¿Qué era lo que ibas a repartir entre tus hijos?

□ □ □

Había almorzado en casa un amigo: José B. De charla con los chicos, le estuvo contando cosas a Satur (que entonces acababa de cumplir cuatro años), y, con esa ligereza de los hombres que se olvidan de la seriedad de los niños, le dijo que le iba a traer una bicicleta.

Diálogo al día siguiente:

SATUR.—Mamá: ¿Pepe B. es hombre de honor?

SU MADRE (con extrañeza).—Sí...

SATUR.—Entonces, no dice mentiras.

SU MADRE.—No...

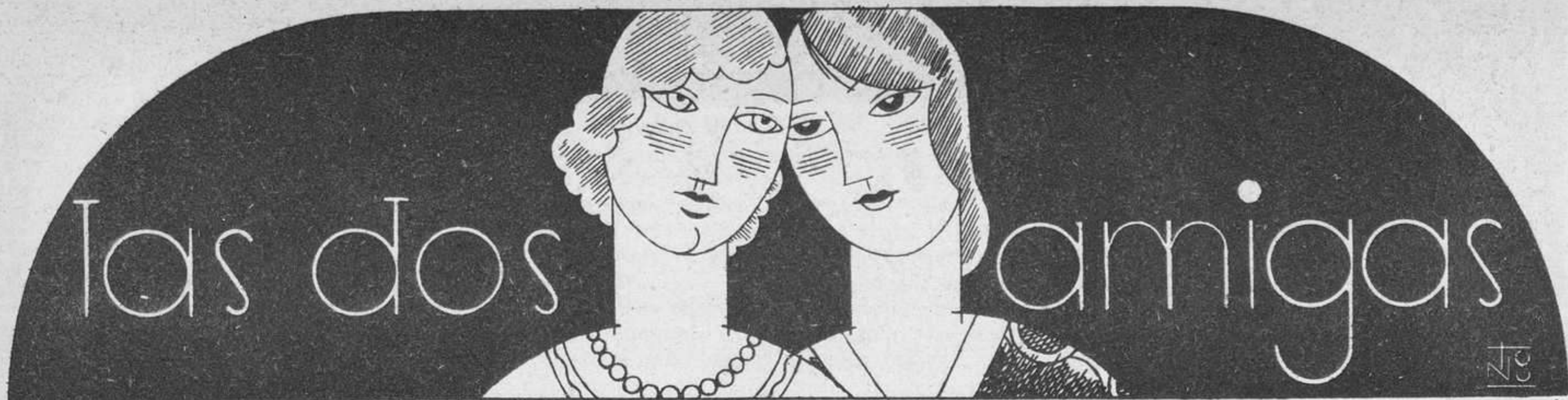
SATUR.—Porque ha dicho papá que los hombres de honor no dicen mentiras.

SU MADRE.—Sí...

SATUR (satisfecho).—¡Y, entonces, me trae la bicicleta!

R. C.

(1) Estando en prensa este número, se ha publicado en París un libro de *Histoires enfantines*, que no hemos visto aún, por lo que ignoramos si se trata de *niños auténticos*.



NOVELA, por René Le Cœur.

El autor ha oído exclamar a menudo a muchas jóvenes:

¡No escriben novelas para nosotras! ¡Verdaderamente, no tenemos nada que leer!

Y ha visto a vuestras madres buscar por todas partes, en los estantes de las librerías, en las bibliotecas, un libro para vosotras.

—Hija mía, puedes leer esta novela.

—¡Oh! —exclamó una vez una muchacha traviesa—. Si puedo leerla, debe de ser muy aburrida.

Parece, en efecto, que os cuentan frecuentemente historias color de rosa, como suele decirse, y a vosotras no os agradan estas historietas.

Creéis vosotras que os deberían hablar más seriamente; que sólo capaces de comprender los sentimientos profundos, sinceros y vehementes; que las muchachas tienen también, a veces, pasiones y penas, una vida interior y una vida amorosa. Y que tales sentimientos no están reservados exclusivamente a las mujeres casadas, a las viudas y a las divorciadas.

Y la historia tradicional del buen muchacho que al final de la novela se casa con su encantadora novia, ya no os entretiene.

¡El autor os comprende perfectamente!

Y por esto ha intentado en su novela Las dos amigas hablaros de cosas que trán derechas a vuestros corazones y que os harán pensar.

Pero..... la novela resulta un poco larga.

El autor desea que podáis llegar al final sin aburrirlos.

R. LE CŒUR

I



ODETTE Augerolle, sentada en su camita de soltera, la espalda apoyada en los almohadones y la bandeja de plata colocada sobre sus piernas, contempló, sin apetito, el resto de un tazón de chocolate, y dijo en voz alta:

—¡No quiero más!

Los volantes de las dos almohadas y del entreabierto camisón ponían una gracia suave en torno del busto, prolongado por los pliegues de la camisa. Hasta las cejas de su cabecita descendía el oro de sus cabellos, bajo los cuales se veía la doble mancha de las oscuras pestañas color zafiro. En un triángulo limitado por blancas telas, transparecía la carne nacarada que mostraba el escote.

Odette inclinó su talle flexible para colocar la desdeñada bandeja sobre la mesa de marquetería. Después, apartando el embozo, saltó de la cama. Calzóse, por último, sus puntiagudas zapatillas.

Los claros muebles de aquella alcoba de muchacha soltera mostraban un gusto delicado y una antigua fortuna. La cama directorio, verde nilo, con medallones, ocupaba poco sitio. Una profusión de grabados al aguafuerte, pasteles, acuarelas, dibujos al lápiz, *sanguinas*, representando paisajes, niños y flores, atraían las miradas y animaban la alcoba. Veíanse unos sauces de Daubigny en un marco de ébano y unas rosas rojas firmadas por Magdalena Lemaire, y rodeadas de varillas gris trianón, una serie de estudios al lápiz representando, entre grandes márgenes de oro, seis cabezas de mujeres jóvenes, atribuidas a Boucher. Eran regalos del padre de Odette, que tenía para su hija única las galantes atenciones de un viejo enamorado. A menudo le traía de una visita al hotel de ventas, de una vuelta por las tiendas de antigüedades, al salir del círculo, algún lindo cuadro, algún *bibelo* de precio. Encima de la chimenea, recubierta de antiguos encajes de Venecia, tres chiquillos de barro cocido, formando grupo, destacaban su desnudez morena y gordinflona entre retratos y blancos crisantemos. Sobre el tocador, ramitos de violetas rebasaban de un pequeño jarro sostenido por un pastorcito de Sajonia de traje pintoresco. Los cepillos de plata y los instrumentos de manicura brillaban. Los grandes espejos biselados del armario de tres hojas despedían una luz fría.

Por la ventana, velada de tul, divisábanse las temblorosas ramas violetas de los árboles de una avenida, y veíase también el cielo gris, el cielo húmedo, el cielo frío de una mañana de noviembre parisién, cuando la niebla, mal disipada, baña aún las anchas vías desiertas de los barrios ricos.

Odette se colocó delante del armario de lunas, y mirándose negligentemente, exclamó para sí:

—Hay línea. No obstante, es preciso que engorde un poco.

Estaba, en efecto, bien formada, y más que delgada, excesivamente esbelta, de formas gráciles. Pero le hacía falta un poco más de carne, un cuerpo más desarrollado, más en sazón. Tenía veintidós años.

Tosió. Siempre ese maldito catarro, del cual no podía desprenderse. Le habían dicho que se pintase la garganta con

tintura de iodo; pero no quería hacerlo porque ello impide llevar blusas escotadas y estropea la ropa blanca. Es una cosa que da asco.

Mientras tanto, abría y cerraba la puerta del alto armario. Colocó encima de la cama, bien plegada y perfumada suavemente, su fina ropa interior, sencilla y correcta, elegante. Después, llamó a la doncella:

—Sabina, prepárame el baño. Hoy me pondré el vestido de lana beige y los zapatos de piel de cocodrilo.

Odette cogió, además, un cuello a la marinera de crespón rosa y unas medias de hilo color *champagne* y se dirigió hacia el cuarto de baño.

El piso de los Augerolle era grande y estaba dispuesto según el gusto moderno. Las habitaciones de recibir daban a una galería; las alcobas, cuartos de baño, cuartos de ropa blanca, a un corredor. Odette encontró allí a su madre, llevando un peinador azul con ramos de dorados crisantemos.

La señora Augerolle, que tuvo siempre el pelo castaño, se había convertido, con la edad y las primeras canas, en una rubia color de fuego.

Alta, esbelta, elegante, flexible, retocada, producía todavía cierto efecto a la luz artificial. Por las mañanas aparecía amarilla, tenía los párpados pesados e hinchados, la piel del cuello estirada, el cutis macerado por los afeites, el trasnochador y veinticinco años de vida mundana; pero el cuerpo continuaba firme y esbelto. De modo que su cabeza no tenía el aspecto de ser la suya, y parecía colocada por error encima del cuello de una joven.

Al ver a Odette, preguntó:

—¿Has pasado buena noche, hija mía?

—Excelente. Gracias, mamá.

—¿No has tosido?

Con algo de vacilación, contestó Odette:

—He tosido un poco, sobre todo, esta mañana —y añadió vivamente—; ¡pero muy poco!

—De todos modos, hace ya dos meses que dura esa tos: desde el mes de septiembre; desde la noche que te enfriaste en la terraza del casino de Cabourg, al salir del baile. Te lo dije; debías haberte puesto un abrigo, una piel, una *écharpe*, algo, en fin, sobre tu escote. ¡Pero no! Quisiste echártela de niña deportiva, imitando a las americanas, que no temen al calor ni al frío. Y cogiste una buena bronquitis.

—Pero, mamá, si ya estoy curada.

—Pues no estás curada, toda vez que aún toses por las mañanas al levantarte.

—El abuelito también tosía todas las mañanas y vivió ochenta y siete años.

—El abuelito tuvo hacia los sesenta una bronquitis que con la edad se le hizo crónica, y era más fuerte que tú, chiquilla. ¡Tú no te cuidas! Lo mismo que el agua fría que todas las mañanas te echas sobre la espalda, en el baño. Te digo y te repito que no puede ser bueno. Hoy mismo vas a ir a ver a Bourgnagne, ¿me oyes? Voy a telefonearle que irás.

—Me recetará la tintura de iodo. ¡Y tendré que llevar vestidos sin escote!

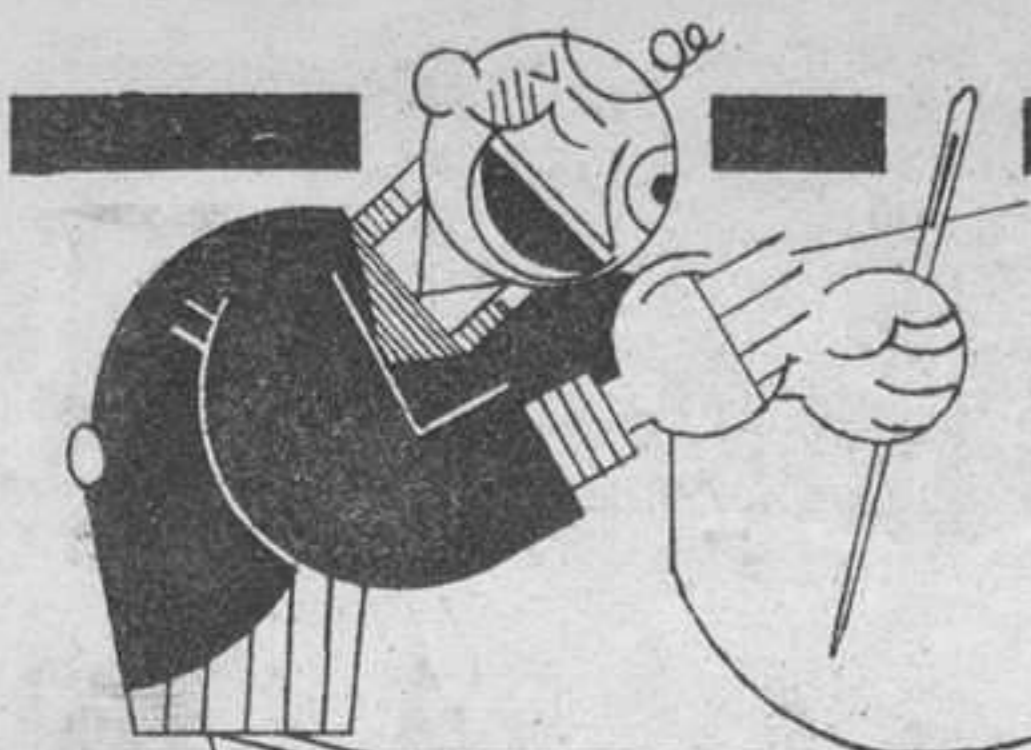
—Pues llevarás vestidos sin escote.

¿Por qué no llamas al doctor de Ansauvillers?

La señora Augerolle sonrió.

(Continuará en el número próximo.)





MODA HUMORISTICA

XOLO

EL CALZADO



Ante todo, comencemos por hacer resaltar lo doloroso que resulta para un hombre el tener que tratar, al hablar de las mujeres, de sus trajes.

Es algo como el condenado a la última pena, que riera las gracias del verdugo.

Y, sin embargo, somos los hombres los que más conspicuamente nos ocupamos de las *toilettes* de las mujeres. Nunca nos lo agradecerán bastante, pero es así.

Unos crean las modas, otros las pintan y dibujan, otros hacen su crítica, otros, hombres también, más

pequeños y con muchos botones dorados, llevan los trajes a las casas y las facturas.

Todo pasa entre hombres; la mujer se limita a elegir y a decirnos: «Te aseguro que no es caro».

Vamos en esta sección a ir analizando las prendas de vestir y aun los atributos que usa la mujer, y distraernos viendo el cambio que, a través de las edades, han sufrido.

Como somos hombres y nos preciamos de catadores, empezaremos a mirar a la mujer como se debe: por los pies.

Los pies son toda la mujer; una mujer mal calzada no vale, está perdida.

En los felices tiempos del esplendor de Grecia, las mujeres no usaban zapatos. Esto se prueba con sólo ver a las danzarinas que se agitan por esos escenarios reproduciendo aquellas danzas.

Ni una lleva calzado.

Mirado desde el punto de vista económico, es indudable que esa costumbre tiene un gran atractivo.

Pero, por otra parte, no podemos responder de su comodidad.

¿Es posible que no se clavasen la infinidad de piedras y pinchos que hay siempre en el suelo?

Se me podía contestar diciéndome que en aquel tiempo no había botellas.

Ni ustedes, ni yo, nos conformaremos con esa afirmación.

Tal vez no hubiera botellas, pero lo que había, sin duda, eran chinches de dibujante por el suelo. Todos tenemos una visión de la Grecia de aquel tiempo bastante parecida. Unas colinas muy verdes, sobre las cuales unas colegialas con túnicas ligeras como una sonrisa, y coronadas de flores, brincan haciendo como si soplasen en dos flautas a la vez, que no suenan; (nunca ha sonado esa clase de flautas). Un fauno, al pie de un árbol, toca en una flauta de verdad, el «Momento musical».

Ese «Momento musical» que han conseguido hacer aborrecible a fuerza de prodigarlo.

Otro de los aspectos de la Grecia de nuestra imaginación es el teatro. Unos actores, cubriendo el rostro con carátulas, declaman obras pesadísimas en griego, que, claro, no entiende nadie; ¿quién entiende el griego?

El público, terminada la función, se va a sus quehaceres; quehaceres que, por lo visto, consistían en hacer al carboncillo esos perfiles de señora sin pupilas que luego hemos tenido que reproducir nosotros en segundo año de dibujo.

Para esos menesteres son necesarias chinches, y pensad en las que se les caerían al suelo a un pueblo entero usándolas.

¡Aterra pensar lo que sufrirían las pobres bailarinas de los pies descalzos!

Así se explica que inventasen las sandalias.

Ese fué el primer paso.

De Grecia pasó a Roma, donde las señoras eran más ligeras de cascos, y, quizás por eso, cargaron las ligeras sandalias de oro y pedrería.

Pero, claro, todo esto fueron los principios del calzado, y los zapateros de la época se limitaban a fabricar sandalias sin tacón y anchas en su parte delantera.

Tardaron mucho tiempo en darse cuenta de que el pie humano terminaba en punta.

Se resistieron a aceptar esa idea hasta la Edad Media, época en la que tuvieron que rendirse a la evidencia, y comenzaron a construir los zapatos terminados en afilados picos.

Hubo muchos modelos, algunos cuya punta había de curvarse hacia arriba por la presión de una cadenita, y terminados con un cascabel.

Algún tiempo transcurrió sin que variase la moda. Hasta que llegó el siglo XVIII.

La mujer en esa época se vió en peligro: si ella usaba un costisísimo traje a lo Pompadour, el esposo lucía unas casacas cuajadas de bordados de oro. El hombre se preocupaba de su *toilette* tanto o más que la mujer, y el gasto en las familias era doble.

Las esposas, siempre pendientes de la economía, no podían tolerar esto. Bueno estaba que ellas vistiesen lujosas galas, ya que se sabían viviendo un momento decisivo en la historia del traje, pero sus maridos debían comprimirse.

—Piensa, querido —les [decían a sus esposos—, que si no vistiésemos así en esta época, nuestros bisnietos, cuando quieran disfrazarse de siglo XVIII, no encontrarán los trajes lo suficientemente bonitos e interesantes. Además, que el vestirnos así ahora tiene por objeto el asegurar una lujosa presentación a los autores y empresarios que en el porvenir se decidan a hacer operetas de nuestra época.

El marido protestaba: —Pero, y nosotros, ¿no estamos bien con casaca y calzón corto?...

La esposa se indignaba y daba con el pie en el suelo, pero apenas se la oía.

De aquí la invención del tacón.

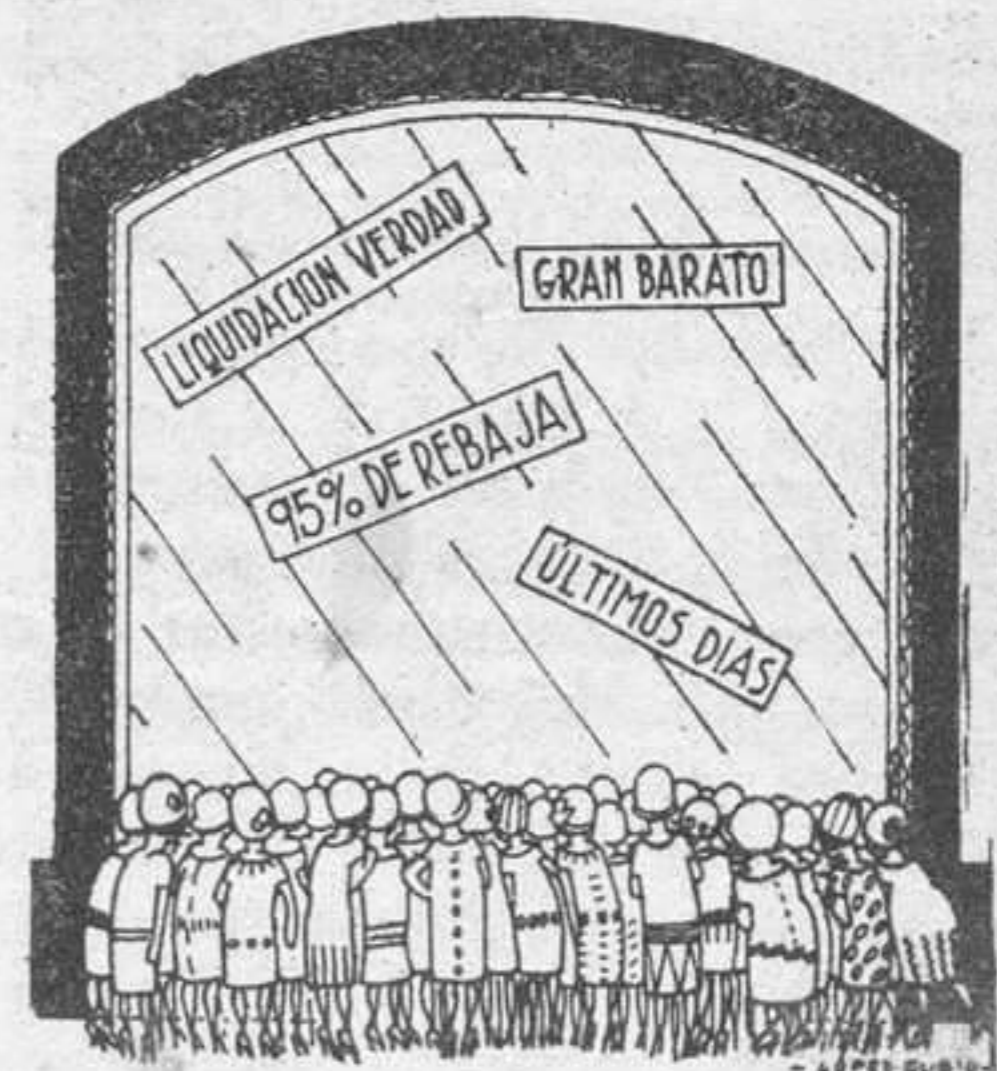
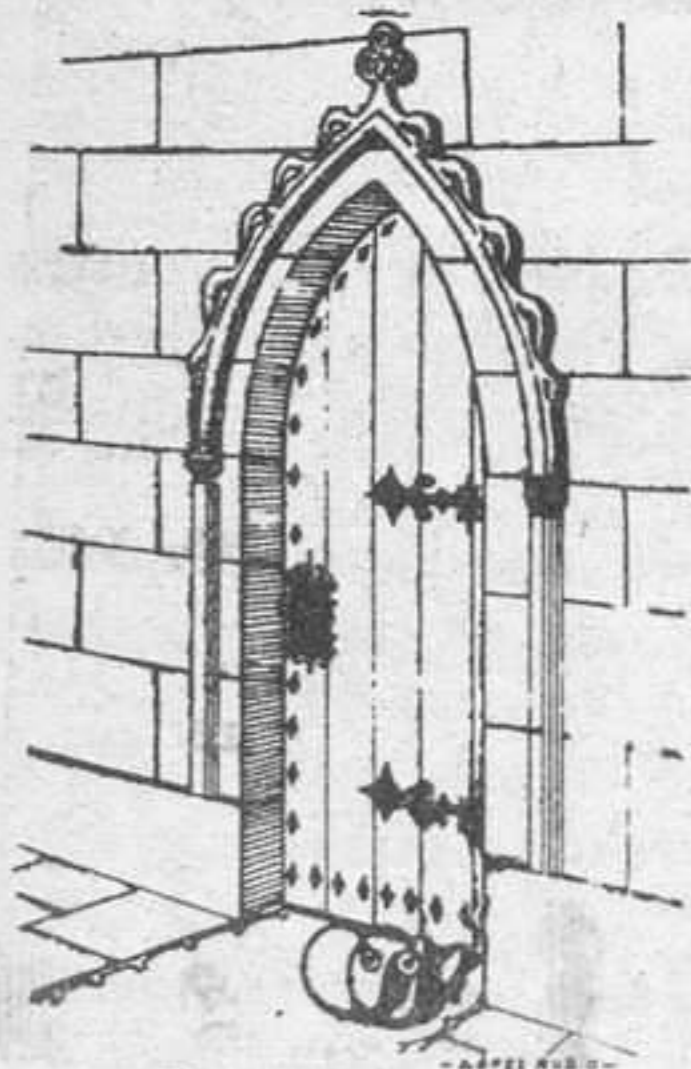
El tacón fué, pues, inventado para ayudar a la mujer en sus rebeldías, y por eso se explica su extraordinaria duración.

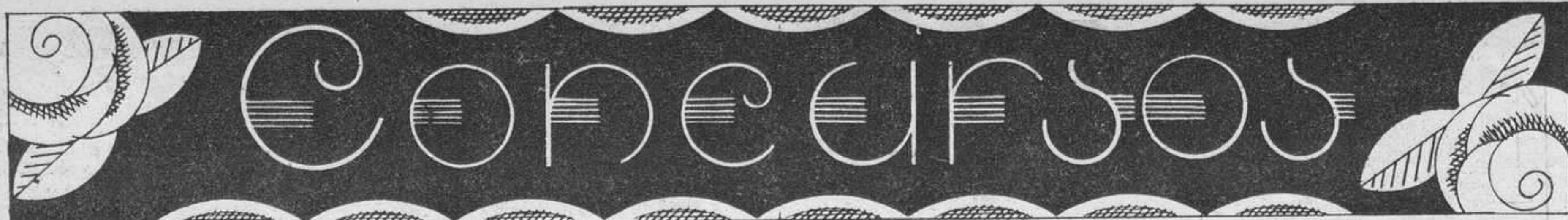
Claro está, que ahora sería imposible suprimirlo a causa de las bailarinas españolas, que verían en ello una merma considerable para sus bailes.

El tacón se tiene en pie gracias a eso, y, para terminar, digámoslo todo, gracias también a los escaparates de los saldos de ropa blanca, cuya contemplación es el supremo ideal femenino, superior en el fondo a las perlas y a la vida de hogar; el escaparate de un saldo de ropa blanca tendrá siempre una triple fila de admiradoras..., y, sin tacones, sólo podrían extasiarse ante las sábanas y los pañuelos las que, habiendo madrugado, estuviesen situadas en primera fila...

A los pies de ustedes.

EDGAR NEVILLE.





LO PASADO — LO PRESENTE — LO FUTURO

Desearíamos reflejar, por medio de este primer Concurso, el auténtico espíritu de la mujer española contemporánea. ¿Cómo hacerlo? Si os preguntásemos, amables lectoras, inteligentes, sensitivas lectoras, *cómo sois*, difícilmente lograríamos nuestro propósito. El espíritu es aún más pudoroso que su habitáculo (cuyos menudos pies, si del vuestro se trata, beso reverente).

Veamos un medio indirecto. Veamos, si es posible, que os defináis sin decirlo, que os descubráis sin saberlo, que nos contestéis cómo sois sin que os lo hayamos preguntado.

PASADO, PRESENTE, FUTURO. Los tres lados del triángulo eterno. ¿Qué son para vosotras? Por aquí está tal vez la solución. Si nos decís algo de vuestro pasado, algo de vuestro presente, algo que con vuestro porvenir se relacione, habréis esculpido una estatua a imagen y semejanza vuestra.

¿Os agrada este ejercicio? La vida no es nada o es un arte de mejor conocerse y de mejor conocer a nuestros semejantes. Por eso creemos que nuestro primer Concurso ha de interesaros grandemente y ha de resultar lleno de belleza y de exquisitez, puesto que ha de reflejar el espíritu de la mujer española.

El Concurso consistirá en relatar **UN BUENO Y UN MAL RECUERDO** (*Lo Pasado*) de vuestra propia vida. En declarar cuáles son en la actualidad vuestras **PREFERENCIAS Y ANTIPATIAS** (*Lo Presente*). En describir **UN DESEO Y UN TEMOR** (*Lo Futuro*) que surgen en vosotras cuando miráis al porvenir.

CONDICIONES DEL CONCURSO

1.ª Las respuestas, escritas a máquina o con letra muy clara, por un sólo lado del papel, contestarán separadamente a cada una de las tres partes del cuestionario:

- I.—Un bueno y un mal recuerdo.
- II.—Mis preferencias y mis antipatías.
- III.—Un deseo y un temor.

2.ª Como el espacio de que disponemos es limitado y esperamos muchas respuestas, encarecemos a nuestras lectoras la posible concisión. La brevedad aquí, como en todas partes, será una virtud.

3.ª Las respuestas podrán firmarse con el nombre de su autora o con un seudónimo. Cuando deban publicarse con seudónimo convendrá (pero no lo exigimos) que se nos diga el nombre verdadero y dirección de la autora para el caso de que sus respuestas obtengan premio.

4.ª Concederemos cuatro premios, que se repartirán en la siguiente forma:

- 1.º A la mejor respuesta sobre las tres cuestiones.
- 2.º A la mejor respuesta sobre la primera cuestión.
- 3.º A la mejor respuesta sobre la segunda.
- 4.º A la mejor respuesta sobre la tercera.

5.ª Los premios se adjudicarán mediante votación de las lectoras de MUJER. Oportunamente publicaremos la forma de la votación.

PREGUNTAS INDISCRETAS

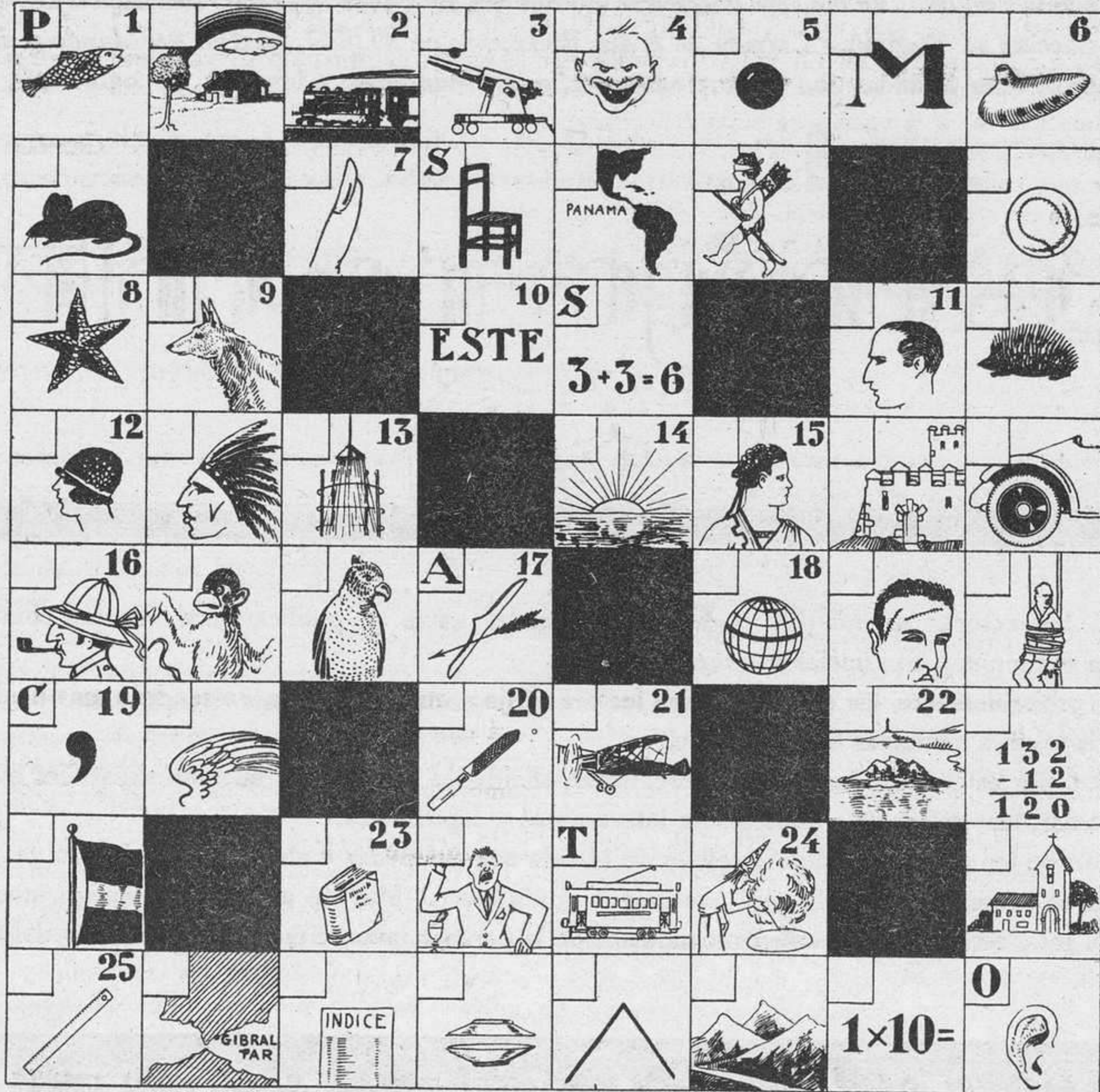
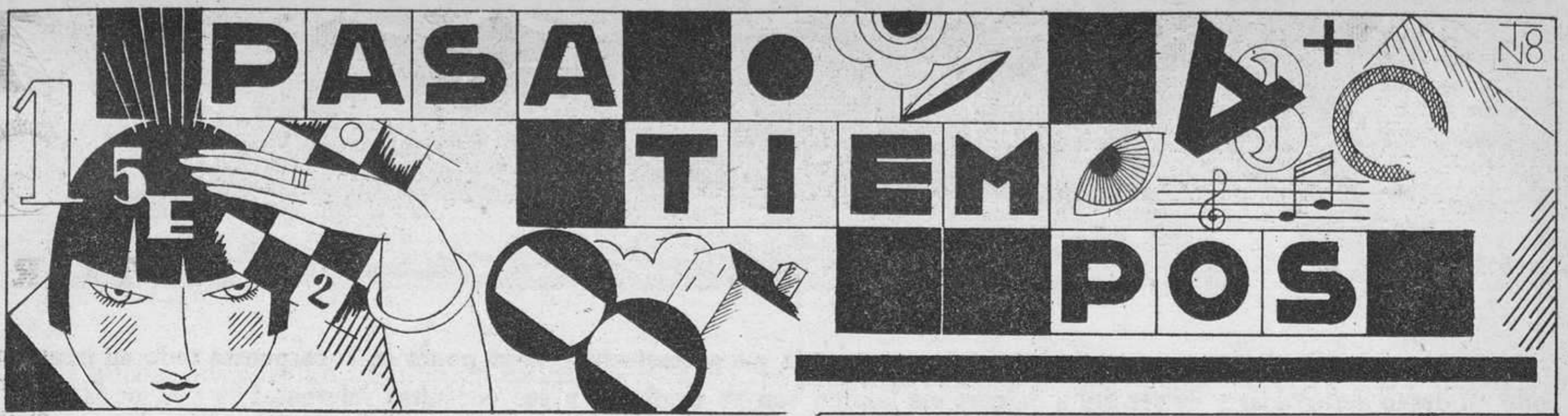
¿Qué es flirteo?

Si consultáis la última edición del Diccionario de la Academia obtendréis este resultado: *Flirteo, flirtear* no son palabras españolas. En cambio, lo son *espichón, crascitar* y *rosmarino*. ¿Lo hubieran sospechado ustedes? ¿Qué deducir? ¿Que en España hay rosmarinos y espichones, pero no flirteo? ¿Que si en nuestra tierra es frecuente el crascitar, no se ha visto jamás a nadie flirteando? ¿O que eso de definir lo que es flirtear y flirteo es cosa de más cuidado de lo que parece? Sea como quiera, a nosotros se nos ha ocurrido intentar el suplir tamaña deficiencia del Diccionario nuevo, e invitar a nuestras lectoras a que definan el *flirteo*. ¿Qué es, pues, *flirteo*? Publicaremos todas las respuestas ingeniosas o interesantes que recibamos. Para las mejores, concederemos premios oportunamente. Al remitir las respuestas (que deben escribirse con letra clara por un sólo lado del papel) debe indicarse la firma con que se han de publicar.

¿CÓMO SUSCRIBIRSE A MUJER, REVISTA DEL MUNDO Y DE LA MODA, COMPLETAMENTE GRATIS?

Muy sencillo. Buscáis seis amigas que se suscriban por un año (gratis también; ahora veréis cómo). Nos enviáis vuestra dirección y la de vuestras seis amigas (total, *siete*) con el importe sólo de seis suscripciones; la suscripción vuestra la serviremos gratis. Como cada amiga vuestra puede reunir otras siete suscripciones, también para ellas será gratis la suscripción, porque el importe de una de las siete suscripciones puede guardárselo para reembolsarse lo que pagó por la suya.

Ejemplo: María obtiene que se suscriban sus amigas Luisa, Mercedes, Lola, Matilde, Pilar y Margarita; son siete suscripciones de un año. María nos manda el importe de seis suscripciones y nosotros le enviamos siete: una (la suya) gratis. Pero después Luisa obtiene que se suscriban Julia, Milagros, Teresa, Lucía, Rosa, Carmen y Casilda y recoge el importe de siete suscripciones; pero como una de las siete se la enviamos gratis, Luisa puede enviarnos solamente el importe de seis, y el importe de la séptima se lo guarda para reembolsarse lo que pagó a María por su suscripción, que, por tanto, le resulta también gratis. Y lo mismo que Luisa pueden hacer Mercedes, Lola, Matilde, Pilar..., todas, en fin, las que tengan siete amigas a las que haga ver que sólo con buscar otras siete puede suscribirse a MUJER, *completamente gratis*. También puede María suscribirse, desde luego, antes de hablar a sus amigas, y después, en vez de seis, buscar siete amigas (como Luisa), con lo que tendrá, por de pronto, su suscripción sin esperar a reunir las siete; y cuando las reúna, se reembolsará el pago hecho.



GRAN CONCURSO DE PALABRAS CRUZADAS ILUSTRADAS

PREMIOS por
pesetas 1.000 en metálico.

| | |
|-----------------------------------|----------------------------------|
| 1. ^{er} | premio, 500 pesetas en metálico. |
| 2. ^o | — 200 — |
| 3. ^o | — 00 — |
| 4. ^o a 7. ^o | — 25 — |
| 8. ^o a 17 | — 10 — |

Total.. 1.000 pesetas en metálico.

Este concurso presenta una interesante novedad en el universo del pasatiempo de palabras cruzadas, que apasiona a millones de lectores en el mundo entero, y además ofrece, a los solucionistas, premios en España excepcionales. Basta para tomar parte en este concurso, adivinar qué objeto representa cada dibujo. Una vez adivinado esto, sabemos que la inicial de lo representado es la letra que corresponde a cada cuadrado. Estas letras tienen que formar entre sí una palabra, cuya palabra ha de empezar siempre en un cuadrado numerado y terminar en un cuadrado negro. Veamos un ejemplo:

| | | |
|------|-------|-------|
| ALTO | RAMA | OLLA |
| MULA | | RESTA |
| ONCE | SANTO | ASA |

En este ejemplo vemos que Alto, Rama y Olla, las tres cosas representadas en los dibujos, forman con sus iniciales la palabra Aro. Las palabras Alto, Mula y Once, Amo; y las de Once, Santo y Asa, forman la de Osa, así como Olla, Resta y Asa, forman la de Ora. De manera que lo que hay que averiguar es el nombre de los objetos representados y poner la inicial en el cuadrado de la derecha. En algunos cuadrados las letras están ya escritas para hacer más fácil la solución. Por lo tanto, es bien sencillo. ¡Alguien tiene que ganar 500 pesetas!

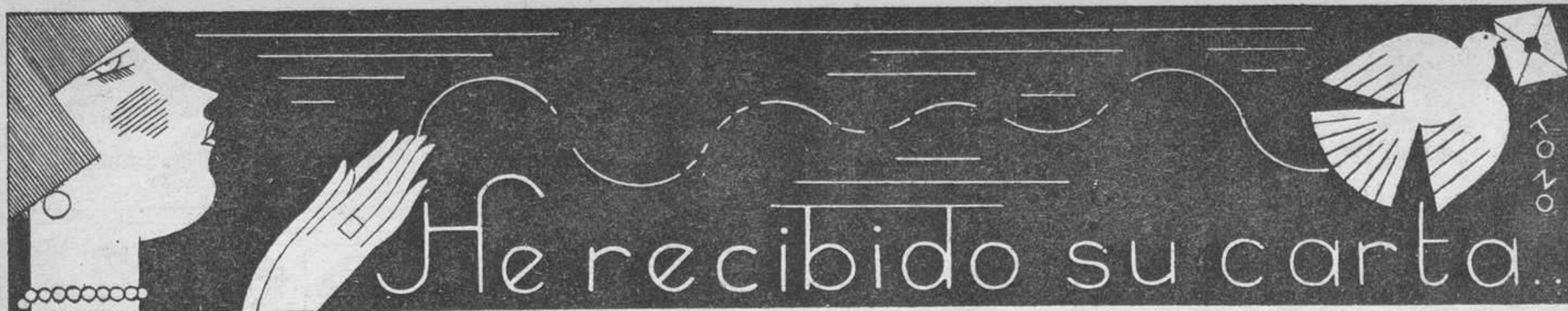
Advertimos aquí que en el texto de las palabras cruzadas ilustradas existen algunas abreviaturas corrientes, tales como S. M., Vd., Ptas., etc., como también se incluirán nombres geográficos e históricos.

Si los problemas os parecen un poco complicados, acordáos de que, aunque mandéis una solución incompleta, podéis alcanzar el primer premio.

Si ningún concursante envía una solución perfecta, los premios serán, por su orden, para las más aproximadas.

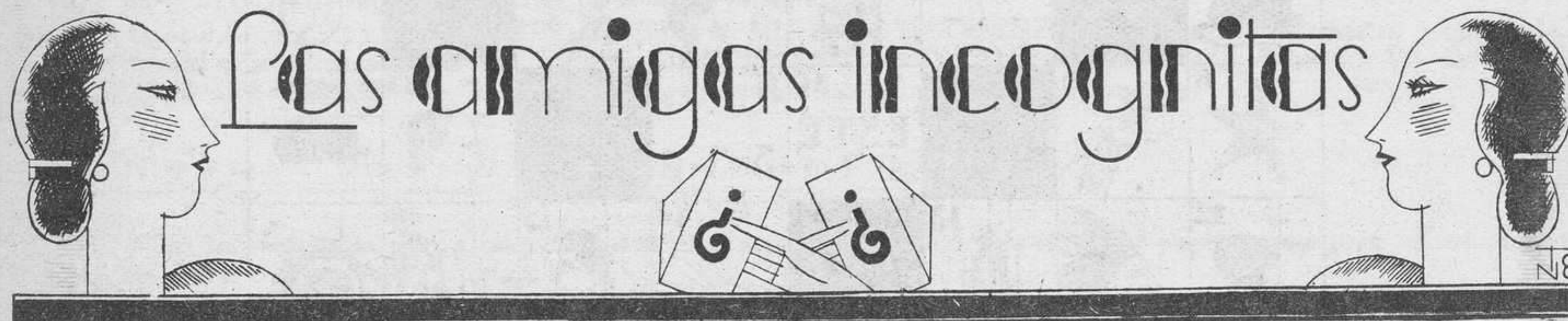
REGLAS

- 1.^a Este concurso constará de 14 problemas. Estos problemas se publicarán en la revista MUJER. La Editorial «Saturnino Calleja», S. A., se reserva el derecho de extender este concurso a otras revistas tuyas si así le conviene.
- 2.^a La solución consiste en escribir en los cuadritos blancos que hay a la derecha de cada cuadrado grande, la letra que corresponda a la inicial de la cosa representada por el dibujo. Después de escribir todas las letras en los cuadritos correspondientes, se recortará la página para enviarla de acuerdo con la regla siguiente.
- 3.^a Las soluciones habrán de enviarse todas juntas al final del concurso. Cualquier solución que llegue suelta no será tomada en consideración.
- 4.^a El tomar parte en este concurso supone la aceptación de todas las condiciones y la renuncia a toda reclamación.
- 5.^a Cada lector podrá mandar tantas series de soluciones como crea conveniente. El primer premio de 500 pesetas será adjudicado al concursante que mande todos los problemas con su solución exacta. Si no hay ninguno que envíe todas las soluciones exactas, el premio será adjudicado a aquél que tenga menos faltas en sus soluciones.
- 6.^a EN CASO DE EMPATE, el Jurado se reserva el derecho de dividir los premios como le parezca más conveniente.
- 7.^a Aunque todo lector tiene derecho a mandar tantas soluciones como desee, un lector no podrá ganar más de un premio.
- 8.^a Si un lector manda más de una serie de soluciones, tendrá que mandarlas en sobres separados.
- 9.^a Las soluciones tendrán que estar escritas claramente y con tinta sobre el mismo dibujo aquí publicado. Aquellas que estén confusas o hechas sobre calcos, etc., serán descalificadas.
- 10.^a No se mantendrá correspondencia acerca de este concurso.
- 11.^a La lista de premios será publicada lo más pronto posible.
- 12.^a Ningún empleado de la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., ni de la Redacción de MUJER podrá tomar parte en este concurso.



... lectora amable; es decir, por ahora me limito a esperarla y a prometerle a usted poner en la respuesta todo mi interés, todo mi deseo de agradar y de ser útil a quienes me honren con su confianza y sus consultas referentes ya a la moda, ya al hogar o a la puericultura, los cuidados de la belleza y la pedagogía, así como a la vida sentimental o cultural y, en fin, a cuantos problemas puedan requerir un consejo desinteresado del que mi buena voluntad sea capaz. Las cartas que hayan de contestarse en esta Sección se dirigirán a Carmen de Avila, Redacción de MUJER, Revista del Mundo y de la Moda, Apartado 447, Madrid. Podrán venir firmadas con nombre auténtico, o con seudónimo o iniciales. Se contestarán por riguroso orden de recepción.

CARMEN DE ÁVILA.



En esta sección, las lectoras de MUJER podrán corresponder entre sí; publicaremos cuantas comunicaciones se nos envíen, firmadas con seudónimo, con iniciales o con el nombre.

En un principio, probablemente, las cartas que una lectora dirija a otra, o a otras, no tendrán más finalidad que la de pedir o dar consejos respecto a cualquier orden de la vida.

Pero poco a poco, por este medio sencillo, se descubrirán afinidades y simpatías; nacerán amistades que, por su carácter exclusivamente epistolar, han de resultar dóblemente interesantes y espirituales.

Y en el transcurso de los días, en el flujo y reflujo de la vida con sus penas y alegrías, más de una vez, una amistad entablada a través de las columnas de MUJER será consuelo y ayuda eficaz. Más de una vez, la «amiga incógnita» resultará la más comprensiva, la predilecta, como si el desconocimiento de la persona favoreciese el conocimiento del alma y del corazón.



Un prejuicio infundado y un confundir cosas, no ya distantes y distintas, sino opuestas—la literata pedante, marimacho y rata sabia, con la mujer que transmite a su pluma la agilidad de su inteligencia y la emotividad de su corazón—, es la causa lamentable de que infinidad de españolas oculten, cuál pecado, *que escriben*.

Escribir es quizá la más noble actividad humana y la más placentera. Y las españolas, en general—pese a una leyenda estulta—, escriben muy bien; porque si a veces les falta entrenamiento, casi siempre les sobra buen gusto y espiritualidad.

A todas: las que escriben y no se ruborizan por ello, las que escribían *en secreto* y para ellas solas, las que nunca han probado a escribir, MUJER les invita a hacerlo y a enviarnos sus producciones. ¿Cuáles? ¿Sobre qué? Todas, y sobre todo: los fragmentos de un diario en que anotáis momentos de vuestra vida; la crónica en que se refleja la emoción producida por un paisaje; las impresiones, los relatos, los comentarios sobre temas diversos... ¿Cuál de vosotras no ha escrito algo así, aunque no fuese sino en vuestra correspondencia epistolar? Algunas han dado un paso más, y han compuesto un poema o han escrito unos cuentos, o unos diálogos de pura imaginación. Enviádnoslo todo. Aquí tendremos siempre espacio reservado para honrarnos publicando lo que nos enviéis. Queremos demostrar que en esto, como en todo, la mujer española no cede a la de país alguno, apenas se le dan medios de ejercitar las cualidades admirables que pueden, en algún caso, estar dormidas, pero que existen y merecen todos los cuidados y no pocos homenajes.

Los trabajos que se nos envíen para *La página de las lectoras* (los hombres quedan excluidos de esta Sección) pueden, a voluntad de la autora, publicarse con su nombre, seudónimo o con unas simples iniciales.

En números sucesivos daremos mayor cantidad de texto de las novelas **MONINA** de Gyp y **DOS AMIGAS** de *Le Cœur*, que hemos tenido que reducir a límites excepcionales en los números 2, 3 y 4, en beneficio de la variedad y abundancia de otras secciones.

GRATIS, Y DINERO ENCIMA

En otro lugar de este número explicamos el sencillo procedimiento mediante el cual todo el mundo puede suscribirse a nuestra Revista "MUJER" COMPLETAMENTE GRATIS. No bastándonos esto, ofrecemos, además, a los primeros diez mil suscriptores por un año, COMPLETAMENTE GRATIS TAMBIÉN, el regalo de uno (el suscriptor puede elegir el lote que prefiera) de los lotes de libros siguientes: (Se marcan con asterisco aquellos libros que pueden dejarse en todas las manos.) Se puede sustituir un libro de un lote por otro de un lote distinto con tal que ambos sean del mismo precio.

Lote 1.—Un ejemplar de LOS MAESTROS DEL ARTE MODERNO, por el autorizado crítico español Juan de la Encina, obra ilustrada con 45 magníficas láminas fuera de texto, en papel *couché*, y que vale 12 pesetas.

Lote 2.—Cinco tomos, a elegir, de la COLECCION POPULAR DE ARTE, ilustrada con láminas, en papel *couché*, y que cada uno de los cuales vale 2,50 pesetas. Los títulos son los siguientes:

A. SÁNCHEZ RIVERO. *Los grabados de Goya.* * RICARDO DE ORUETA. *Gregorio Hernández.* * V. LAMPÉREZ ROMEA. *Los Grandes Monasterios Españoles.*
 JUAN DE LA ENCINA. *Julio Antonio.* * F. J. SÁNCHEZ CANTÓN. *Los arfes.* * J. MORENO VILLA. *Velázquez.*

Lote 3.—Cuatro tomos, a elegir, de los libros siguientes:

| | <u>Ptas.</u> | | <u>Ptas.</u> |
|--|--------------|---|--------------|
| ANDRENIO. <i>Novelas y novelistas</i> | 4,50 | MANUEL BUENO. <i>En el umbral de la vida</i> | 4,— |
| EUGENIO D'ORS. <i>Glosas</i> | 4,50 | * MANUEL GÁLVEZ. <i>El solar de la raza</i> | 4,50 |
| * G. K. CHESTERTON. <i>Pequeña Historia de Inglaterra</i> | 5,— | * RAFAEL CALLEJA. <i>Rusia, espejo saludable para uso de pobres y ricos</i> | 5,— |
| * J. CASARES. <i>Crítica efímera, I</i> | 4,50 | * RAMÓN PÉREZ DE AYALA. <i>Política y toros</i> | 4,50 |
| * — — — <i>II</i> | 4,50 | — — — <i>Las máscaras, I</i> | 4,50 |
| * G. DUHAMEL. <i>Vida de los mártires</i> | 6,— | — — — <i>II</i> | 5,— |
| * G. K. GHESTERTON. <i>El candor del Padre Brown</i> | 6,— | — — — <i>Prometeo, Luz de domingo, La caída de los limones</i> | 5,— |
| * — — — <i>El hombre que fué jueves</i> | 6,— | — — — <i>El sendero andante</i> | 6,— |
| ANDRÉS GIDE. <i>La puerta estrecha</i> | 6,— | * CONDE WHITE. <i>Sus memorias, dos tomos</i> | 12,— |
| * F. ISCAR-PEYRA. <i>La bolsa y la vida</i> | 6,— | * J. FRANCO RODRÍGUEZ. <i>Días de la regencia</i> | 4,50 |
| * E. DE GORBEA. <i>Magerit</i> | 4,50 | ARMANDO DONOSO. <i>Dostoevski, Renán. Pérez Galdós</i> | 5,— |
| * JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA. <i>El poema de la pampa</i> | 4,— | ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ. <i>Las señales furtivas</i> | 3,50 |
| * — — — <i>La intimidad literaria</i> | 4,— | — — — <i>El romero alucinado</i> | 3,50 |
| J. MORENO VILLA. <i>Evoluciones</i> | 4,— | | |
| * LUIS BELLO. <i>Ensayos e imaginaciones sobre Madrid</i> | 4,— | | |
| MANUEL AZAÑA. <i>Estudios de política francesa contemporánea</i> | 4,50 | | |

Lote 4.—Cinco tomos, a elegir, entre los siguientes:

| | <u>Ptas.</u> | | <u>Ptas.</u> |
|--|--------------|---|--------------|
| JUAN DE VALDÉS. <i>Diálogo de la lengua, un tomo</i> | 2,50 | * CIRICÍ VENTALLÓ. <i>La tragedia del diputado Anfruns, un tomo</i> | 2,50 |
| * BALTASAR CASTIGLIONE. <i>El cortesano, un tomo</i> | 2,50 | * LAS CASES. <i>Napoleón explicado por sí mismo, tres tomos</i> .. | 7,50 |
| E. GÓMEZ CARRILLO. <i>La sonrisa de la esfinge, un tomo</i> | 2,50 | * PLUTARCO. <i>Vidas de hombres ilustres, un tomo</i> | 2,50 |
| * DON JUAN MANUEL. <i>El conde Lucanor, un tomo</i> | 2,50 | | |

Lote 5.—Cuatro libros, a elegir, de la COLECCIÓN PALMA, cuyo precio es de 3 pesetas, y cuyos títulos son los siguientes:

SHAKESPEARE. *Hamlet.* G. D'ANNUNZIO. *Sueños de las estaciones.* MOLIÉRE. *El avaro. El casamiento y la fuerza.*
 — *Macbeth.* A. DE MUSSET. *No hay burlas con el amor.* MARIVAUX. *Juegos de amor y de azar. El legado.*
 A. DUMAS (Hijo). *La Dama de las Camelias.* — *Fantasio. El candelero.* LOPE DE VEGA. *La estrella de Sevilla.*
 H. MURGER. *La vida de bohemia.* GOETHE. *Fausto.* ANDREIEF. *Gaudeamus.*
 A. DUMAS (Hijo). *Demi-monde.* * E. AUGIER Y J. SANDEAU. *La felicidad de Antonieta.* A. DE MUSSET. *Lorenzaccio.*
 M. MAETERLINCK. *Peleas y Melisenda.* BJORNSON. *Leonarda.* M. GORKI. *En el fondo.*
 — *La Princesa Malena.*

Lote 6.—Seis libros, a elegir, de la preciosa COLECCIÓN IRIS, cuyo precio es de 2 pesetas cada uno, y cuyos títulos son los siguientes:

GOETHE. *Germán y Dorotea.* JOAQUÍN MONTANER. *Los iluminados.* SCHILLER. *Primavera de amor.*
 J. GORDINE. *Sol de la aldea.* TOMÁS BORRÁS. *El hombre más guapo del mundo.* DUMAS. *Cesarina.*
 TURGUENEF. *Canción del amor triunfante.* MERIMÉE. *La venus de Ylle.* ALBERTO INSÚA. *Las alas rotas.*

Lote 7.—Un ejemplar de todos los libros siguientes:

SALOMÓN. *Proverbios*..... 2 pesetas. * JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA. *El muchacho español*..... 3 pesetas.
 EPICTETO. *Máximas*..... 2 — SILENO. *Caricaturas*..... 3 —

Lote 8.—Cinco tomos, a elegir, de la interesante COLECCION DE MANUALES CALLEJA, de *Ciencia, Literatura y Conocimientos prácticos*. El precio de cada tomo es de **2,50** ptas., y sus títulos son los siguientes:

| | | |
|---|---|--|
| ADAM. <i>Platón. Sus ideales morales y políticos.</i> | * TH. ACHLOESING FILS. <i>Química Agrícola.</i> | * BARDIN. <i>El motor de explosión aplicado a la aviación.</i> |
| * CARPENTER. <i>Vida de los insectos.</i> | * CORNEVIN. <i>Las vacas de leche.</i> | C. H. W. JOHNS. <i>Babilonia.</i> |
| | * VERMAND. <i>Motores de gas y de petróleo.</i> | |

Lote 9.—Un ejemplar de la obra

F. BARÓ. *La locomotora moderna*, ilustrada con infinidad de grabados en el texto y fuera del texto, en papel couché..... 18 pesetas.

Lote 10.—Un ejemplar de la obra

A. GÉNOVA. *Submarinos*, ilustrada con láminas fuera de texto, grabados y gráficos..... 18 —

Lote 11.—Un ejemplar de la obra

* SPITZY. *La educación física del niño*, magnífico tomo ilustrado con 195 grabados fuera del texto 15 —

Lote 12.—Un ejemplar de los dos libros siguientes:

| | |
|---|-----|
| * <i>Atlas postal de España y Marruecos</i> , un tomo en folio, con 50 mapas tirados sobre papel de lujo..... | 5 — |
| * BARÓ Y VILLAR. <i>Atlas Enciclopédico de España</i> , cuadernos de las provincias de Coruña, Lugo, Orense, Pontevedra, Madrid y Vizcaya; precio de cada cuaderno 1,50 pesetas, total..... | 9 — |

Lote 13.—Un ejemplar de todos los libros siguientes:

| | | | |
|--|---------------|--|-----|
| * G. LEROUX. <i>El hombre que ha visto al diablo</i> | 1,50 pesetas. | * FELIPE SASSONE. <i>La señorita está loca</i> | 4 — |
| ROBERTO LEVILLIER. <i>La tienda de los espejos</i> | 4,50 — | — — — <i>La rosa del mar. A campo traviesa.</i> | 4 — |

Lote 14.—Cuatro libros, a elegir, de la espléndida COLECCIÓN DE GRANDES ESCRITORES MODERNOS, tomos de 300 a 400 páginas. El precio de cada tomo es de **4,50** ptas., y sus títulos son los siguientes:

| | | |
|---|--|--|
| * B. BJORNSON. <i>La pescadora</i> | PIERRE LOTI. <i>La tercera juventud de Madame Endrina.</i> | L. PERGAUD. <i>La novela de «Miravi», perro de caza.</i> |
| * J. K. HUYSMANS. <i>Vida de Santa Liduvina.</i> | * CARLOS FOLEY. <i>Silvia y su herido.</i> | E. THEURIET. <i>Corazones llagados.</i> |
| PAUL ADAM. <i>Los corazones nuevos.</i> | ARTSEBACHEF. <i>Sanin.</i> | PIERRE LOTI. <i>La primera juventud.</i> |
| KARIN MICHAELIS. <i>La edad peligrosa.</i> | * CARLOS DERENNES. <i>El Pueblo del Polo.</i> | ENRIQUE DE REGNIER. <i>La ilusión de heroísmo de Tito Bassi.</i> |
| * FRANCIS JAMMES. <i>El señor cura de Ocerón.</i> | ABEL HERMANT. <i>Los grandes burgueses.</i> | ABEL HERMANT. <i>Confidencias de una pájara.</i> |
| * JORGE RODENBACH. <i>Museo de Beguinias.</i> | — <i>Los transatlánticos.</i> | G. D'HOVILLE. <i>El seductor.</i> |
| EDUARDO ROD. <i>El sentido de la vida.</i> | MARCELA TINAYRE. <i>La rebelde.</i> | E. JALOUX. <i>Lo demás es silencio.</i> |
| B. BJORNSON. <i>Mary.</i> | GYP. <i>La felicidad de Ginette.</i> | JEAN PSICHARI. <i>La prueba.</i> |
| LEÓN DE TINSEAU. <i>El dolor de amar.</i> | JORGE RODENBACH. <i>El carillonero.</i> | CARLOS FOLEY. <i>El príncipe loco.</i> |
| * HÉCTOR MALOT. <i>Micaelina.</i> | * B. BJORNSON. <i>Un muchacho feliz.</i> | |
| CLEMENCEAU. <i>Los más fuertes.</i> | | |

Lote 15.—Tres libros, a elegir, de la COLECCIÓN NOVELAS PARA MUJERES. El precio de cada tomo es de **4** pesetas, y sus títulos los siguientes:

| | | |
|--|---|--|
| PEDRO DE RÉPIDE. <i>El maleficio de la U.</i> | ANTONIO DE HOYOS. <i>El remanso.</i> | ALBERTO INSÚA. <i>Maravilla.</i> |
| EDUARDO MARQUINA. <i>El beso en la herida.</i> | F. GARCÍA SANCHIZ. <i>El corazón astrónomo.</i> | * MAURICIO LÓPEZ ROBERTS. <i>El novio.</i> |

Lote 16.—Cuatro libros, a elegir, de la COLECCIÓN GRANDES NOVELAS DE AMOR. El precio de cada tomo es de **3,50** pesetas, y sus títulos son los siguientes:

| | | |
|---|--|-----------------------------------|
| GOETHE. <i>Werther.</i> | * B. DE SAINT-PIERRE. <i>Pablo y Virginia.</i> | JORGE SAND. <i>Ella y él.</i> |
| EL ABATE PREVOST. <i>Manon Lescaut.</i> | A. DUMAS (hijo). <i>La Dama de las Camelias.</i> | TURGUENEF. <i>Nido de nobles.</i> |

Lote 17.—Cuatro libros, a elegir, de la COLECCIÓN FÉMINA. Su precio es de **3** pesetas, y los títulos los siguientes:

| | | |
|--------------------------------------|------------------------------|----------------------------------|
| * LEOPOLDO ALAS. <i>Superchería.</i> | * A. KUPRIN. <i>Oliesia.</i> | * TURGUENEF. <i>Primer amor.</i> |
| * ALFREDO DE MUSSET. <i>Margot.</i> | B. CONSTANT. <i>Adolfo.</i> | — <i>Y así pasó el amor.</i> |

Lote 18.—Un ejemplar de todos los libros siguientes:

| | | | | | |
|---|-----------|---|-----------|-------------------------------------|-----------|
| KUPRIN. <i>El desafío</i> | 1,65 pts. | * HEADON HILL. <i>El misterio de Monksglade</i> | 1,65 pts. | * DICKENS. <i>Tiempos difíciles</i> | 4,50 pts. |
| * HAWTHORNE. <i>Cuando la tierra era niña</i> | 4,50 — | * — — <i>Su culpa heroica</i> | 1,65 — | PIERRE MAEL. <i>El ogro</i> | 1,65 — |

Lote 19.—Una colección completa de la BIBLIOTECA VARIORUM, cuyos títulos son los siguientes:

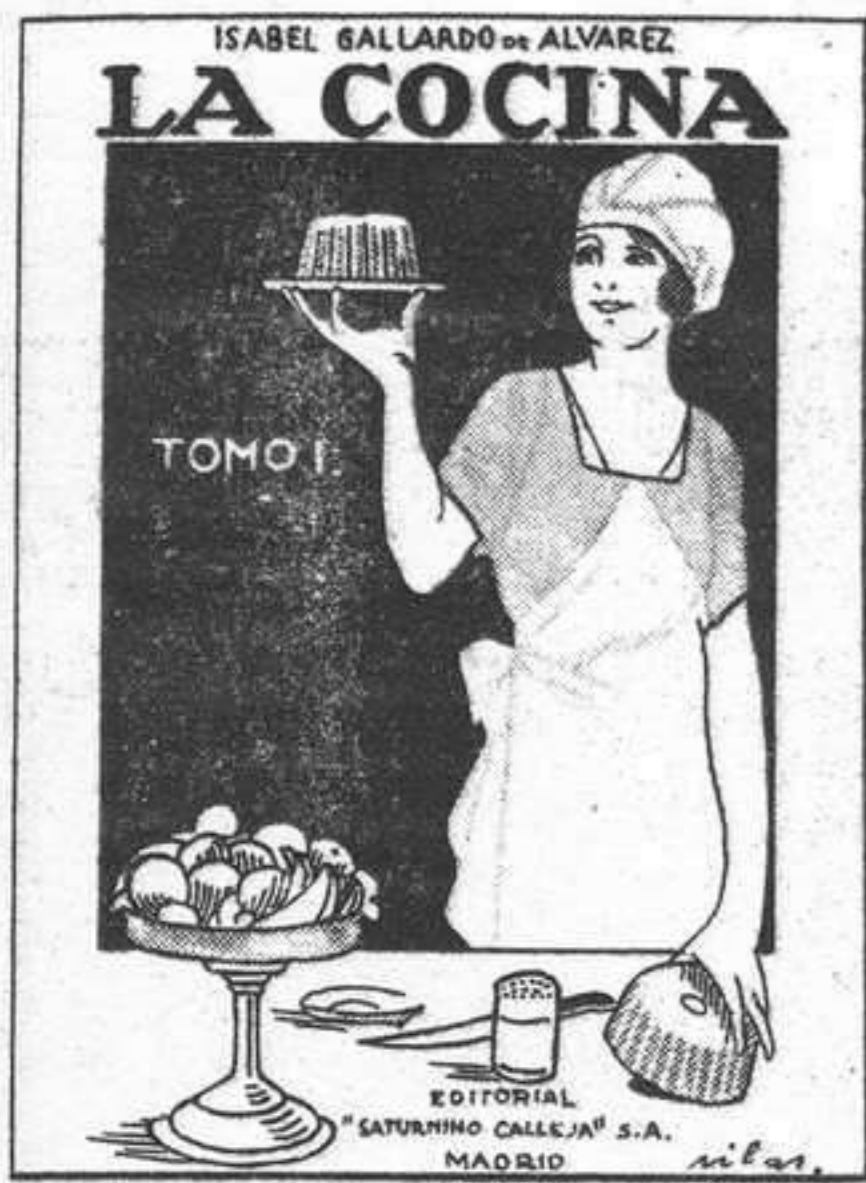
| | | | |
|--|----------|--|-----------|
| CARMEN SILVA. <i>Casado</i> | 4,— pts. | CYRIL BERGER. <i>La maravillosa aventura de Santi Stapleton.</i> | 4,50 pts. |
| DOSTOIEVSKI. <i>Nietotchka Nezvanova</i> | 4,50 — | TURGUENEF. <i>El espadachín</i> | 4 — |

El suscriptor que además de recibir gratis su LOTE de regalo desee adquirir otros libros de los comprendidos en esta lista, podrá hacerlo siendo suscriptor de "MUJER", con un descuento del treinta por ciento sobre su precio marcado.

El LOTE de regalo se podrá recoger completa y absolutamente gratis en la Administración de "MUJER", calle de Valencia, núm. 28. El suscriptor que desee recibirlo a domicilio deberá enviar con el importe de la suscripción **dos** pesetas para gastos de envío del LOTE correspondiente.

LA COCINA

Gran Enciclopedia gastronómica, publicada por la EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA"



DOS TOMOS
175 grabados
6 láminas,

200 Sopas, consommés
y cocidos.
100 Guisos de huevos.
409 Pescados.
448 Carnes.
Infinidad de fórmulas
para tés, meriendas,
etcétera.

3.000

recetas

Definitivamente incorporadas
a la Ciencia culinaria.

PARA TODOS LOS GUSTOS
PARA TODAS LAS BOLSAS
PARA TODOS LOS CASOS

PARA MESAS LUJOSAS
PARA HOGARES MODESTOS
PARA RICOS O HUMILDES BOCADOS

PARA GRANDES COMIDAS
PARA ESCUETOS YANTARES
PARA HACER COMPATIBLES EL GUSTO Y EL GASTO



DOS TOMOS
1.076 páginas
de texto.

317 Caza y aves.
260 Verduras y legumbres.
35 Arroces.
44 Ensaladas.
500 Dulces y postres.
Etc., etc., etc.

Señora...!

Ensaye usted este libro.

... y lo consultará todos los días
... y mejorará su mesa
... y reducirá su presupuesto.

Tan seguros estamos que devolveremos a usted su dinero si no comprueba que **LA COCINA** es el mejor, y más completo, y más útil, y más práctico libro de cocina.



PRECIOS DE LA OBRA COMPLETA:

18

pesetas en rústica con
cubierta en colores.

En tela, sólida encuadernación,
pesetas

21



SE VENDE A PLAZOS

PÍDANSE CONDICIONES

A LA

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.

CALLE DE VALENCIA, 28. MADRID

NUEVAS EDICIONES DEL "QUIJOTE"

Las ediciones Calleja del **Quijote** han sido siempre renombradas y preferidas a todas las similares, por la gran superioridad que sobre ellas siempre alcanzaron.

Dos ediciones nuevas presenta la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» de la obra del príncipe inmortal; y las dos no son superiores a las demás, porque no hay otras que con ellas puedan siquiera compararse. Nuestras anteriores ediciones, con ser tan justamente estimadas, no pueden resistir el parangón. Así lo reconocen cuantos las han visto. Así será juzgado unánimemente por cuantos las admiren.

Supone esta edición tantos y tan considerables esfuerzos editoriales, que seguramente no se reimprimirá. Encuadernación en piel. Ningún bibelot de buen tono es más elegante ni más decorativo sobre el secreter de una señora.



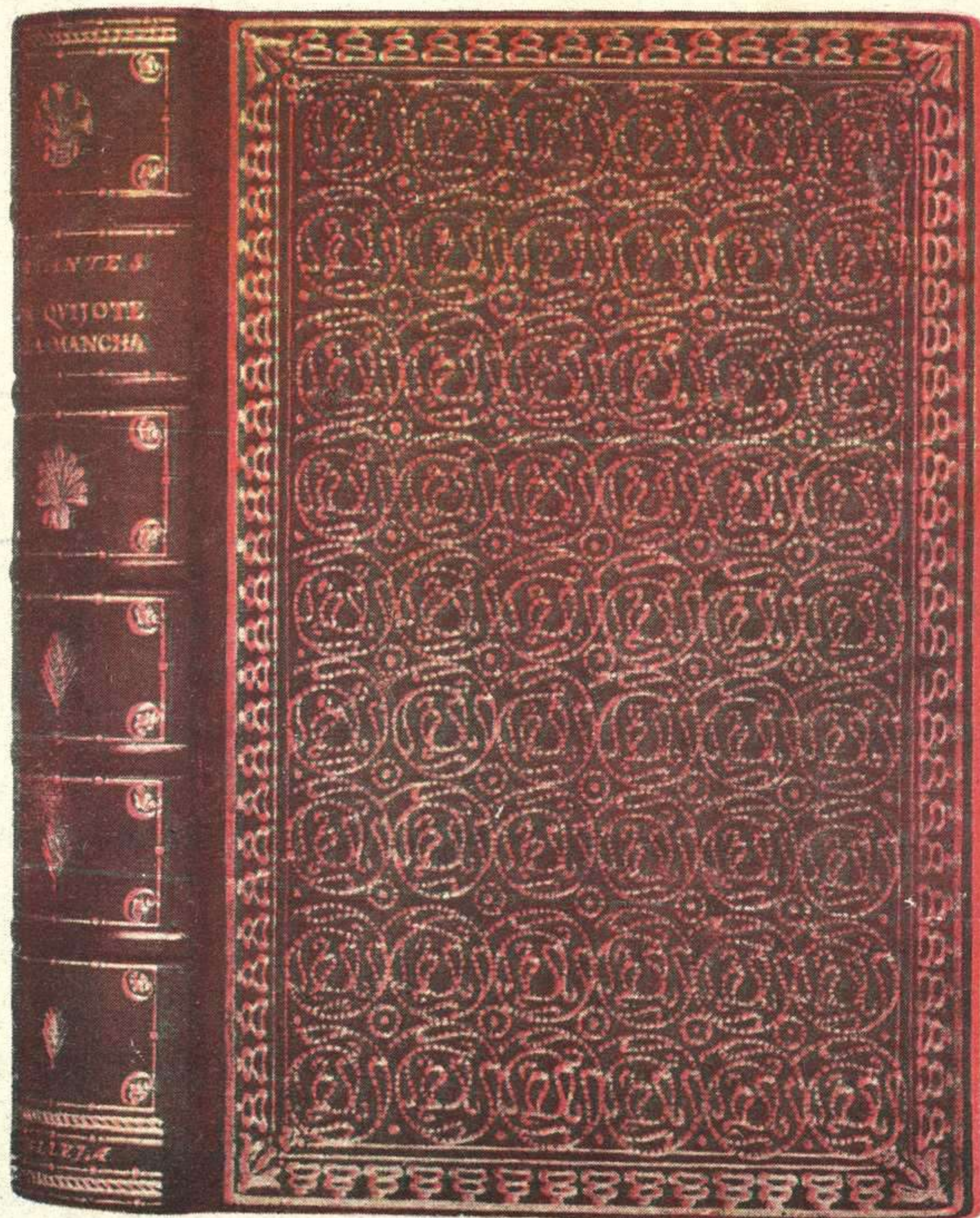
Facsimile, a su tamaño exacto, de **Don Quijote**. Edición miniatura. Texto absolutamente integro. Impresión diminuta, pero perfectamente legible. Dos tomos, 1893 páginas.

Precio, en piel, con estampaciones en oro fino, **24 pesetas.**

*La edición de bolsillo es como un breviario: por su forma, por su tamaño y por su uso. Son muchos, por ventura, los amigos de Cervantes que tienen el **Quijote** por su libro de horas. Son muchos, pues, los que necesitan la edición cómoda, que no abulte ni estorbe; que les acompañe en el paseo, en el viaje; que esté siempre a nuestro alcance, discreto camarada, sobre la mesa, en el saco de mano, en el bolsillo. Y a la par, que sea de fácil lectura, no tanto para el largo recorrer los capítulos imponderables, como para la breve consulta o corto homenaje de los que abren diariamente, siquiera unos minutos, el libro supremo, para regalarse y confortarse en el río, vivo siempre, de tantas galanuras, de tantos siempre nuevos, siempre acrecidos tesoros.*

Encuadernado en piel, con estampaciones en oro fino,

25 pesetas.



Facsimile a su tamaño, de **Don Quijote**, edición de bolsillo.